



Mi
Futuro
marido

ELEANOR RIGBY

Mi futuro marido
Eleanor Rigby

© 2024, Eleanor Rigby

Título: *Mi futuro marido*

Primera edición: diciembre de 2024

Sello: *Independently published*

Diseño de portada: H. Kramer

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Capítulo 1



Escuela de señoritas de lady Mabry

Finca de Arlington Abbey, Canterbury, condado de Kent

Diciembre de 1847

—Ya ha llegado el doctor. Te espera en la salita verde.

Tan concentrada estaba en la lectura que le había sorbido el seso que la voz de Lavinia Vallans la sobresaltó.

Con timidez, Sarah levantó la cabeza del libro para lanzarle una mirada de disculpa a la nueva maestra de pintura; mirada que perdió su fuerza cuando se quitó los anteojos que le corregían la miopía y los guardó en uno de los bolsillos de la falda.

—Gracias por avisarme, Lavinia, querida. —Cerró la novela igual que si se tratara de un tomo con quinientos años de antigüedad—. ¿Lleva mucho rato esperando?

—Apenas diez minutos.

—Estupendo.

Sarah compuso una mueca de dolor al incorporarse de la cama. Se llevó instintivamente una mano al vientre, ahí donde miles de agujas se le clavaban así ejecutara un movimiento o permaneciese en reposo. Lavinia se apresuró a auxiliarla ofreciéndole una mano y el apoyo de su hombro. Sarah lo agradeció con una sonrisa tambaleante y, aunque era proclive a rechazar ayuda con tal de no preocupar a sus compañeras, esta vez sí permitió que la escoltara a la puerta.

—No disimules tus males como tienes por costumbre, Sarah —la advirtió Lavinia con ese temido tono admonitorio que aterrorizaba a las alumnas más impresionables—. Dile al médico lo que te sucede con exactitud. Exagera de ser preciso. Las dolencias de las mujeres son desoídas a no ser que las planteemos como el preludio de la muerte súbita.

—¡Eso ni lo insinúes, que no planeo morirme hasta los ochenta años!

—Pues deshazte de tu absurda modestia, que muy flaco favor te haría en este caso, y defiende tu vida ante quien corresponde, que es el que puede alargártela.

Sarah suspiró al pie de la escalera y se resignó a darle la razón a Lavinia.

Llevaba bastante menos tiempo conviviendo con ella como maestra en la escuela de señoritas y se había impuesto al nivel de la directora con su admirable disciplina y su carácter más bien huraño. Poco cooperaba el aspecto de Lavinia en su mal disimulado deseo de pasar desapercibida. El rostro despejado en el que resplandecían los ojos más claros del mundo, dueño de la clase de belleza que granjeaba marido a una mujer incluso entrados los treinta años, era la tumba de su perfil bajo.

Nunca antes había conocido a nadie por quien se sintiera inclinada a disculpar una actitud esquiva rayana en la grosería, pero Sarah no podía evitar adorarla.

Cuánto no habría dado por ser así de bella, cultivada y competente...

... Y por no adolecer de una debilidad tortuosa capaz de postrarla en la cama una vez al mes.
¿Qué tan diferente habría sido su vida con una cara angelical y una salud de hierro?

—Lo tendré en consideración, Lavinia.

Le apretó las manos en un gesto de infinito agradecimiento y empezó a bajar las escaleras sin esperarla, indicando así que pretendía reunirse a solas con el médico.

Todavía arrastraba consigo la ilusión efervescente de las últimas páginas leídas, que le había teñido las mejillas y apostaba por que también hacía brillar sus ojos como los de un enfermo de fiebres. Era la vigésima vez que se zambullía en la obra *Orgullo y prejuicio*, el *magnum opus* de su adorada Jane Austen.

La señorita Vallans, que impartía literatura en la escuela, había tratado de corregir su error de clasificación apelando a criterios meramente académicos: «No es una novela romántica, Sarah, sino un relato costumbrista con una insinuación de crítica social», le decía con aquella voz de ultratumba a través de la que el Señor Omnipotente parecía manifestarse, tal era su compromiso con la Única Y Gran Verdad.

Cualquiera le llevaba la contraria.

Y, aun así, Sarah le replicaba sin ningún género de vergüenza.

«¿Cómo no va a ser una novela romántica si la protagoniza el señor Darcy?».

«¡No la protagoniza el señor Darcy!».

«¡Para mí sí!».

A su parecer, el señor Darcy era la conclusión del virtuosismo masculino. Lo imaginaba al menos dos o tres cabezas más alto que ella..., claro que el orgullo con el que se erguiría para someter al mundo a exhaustivo estudio sería responsable de, al menos, cinco centímetros del metro ochenta final. «Los hombres de tamaño estatura no abundan en el mundo. Deberías ser realista», le decía Lavinia cuando ella arrancaba a soñar despierta. Pero una vez Sarah se enzarzaba en la descripción de sus amores platónicos, no había quien le pusiera freno. Entonces realizaba un análisis pormenorizado propio de biólogo acerca del azul índigo de unos ojos rasgados y permanentemente entornados por el pálpito a veces esperanzador, a veces alarmante, de que el mundo pudiera sorprenderle aún. La amplitud de sus hombros desafiaría la línea del horizonte, a su cabello negro irían a apagarse todos los colores y tal sería su magnetismo que, al cruzar las piernas con lentitud nada más sentarse, sería capaz de detener el trasiego del servicio, el parloteo de sus invitados y hasta el latido de los corazones obstinados.

«De verdad, Sarah, querida. A veces pienso que el señor Darcy es el culpable de que nunca llegaras a casarte», acababa suspirando Lavinia.

Y no le faltaba razón.

En eso andaba pensando, a punto de suspirar como una enamorada Julieta en su balcón, cuando salvó los últimos escalones y un nuevo calambre le atacó el bajo vientre. Tuvo que apoyarse contra la pared del pasillo un instante hasta recuperar el aliento, una de las múltiples afirmaciones de independencia que le arrebatava el dolor, además del tiempo libre, las clases que debía impartir a sus alumnas y, debía admitir, también la ilusión de vivir.

Renqueó hasta la salita verde que le había indicado Lavinia y entró sin llamar para acto seguido cerrar con la sospechosa prisa de quien iba a cometer una ilegalidad. La comparación no

quedaba muy lejos de la realidad, porque Sarah pretendía someterse a un minucioso examen ginecológico y aquella no era una tarea para la que estuvieran preparados los médicos, ni profesional, ni mentalmente; en todo caso las parteras, quienes a menudo eran elegidas para atender dolencias femeninas pese a poseer menos conocimientos que el galeno promedio.

Por desgracia, dos días antes de Navidad, cuantas obstetras vivían en Canterbury parecían haber iniciado un período de hibernación. El doctor Harrington era el único profesional al que había logrado contactar que viviera en un radio de diez kilómetros y tuviese a bien prestar una visita urgente.

Nada más alzar la vista, sus ojos miopes localizaron una figura negra y estilizada junto al ventanal que enmarcaba el paisaje nevado. El médico la había estado aguardando con las manos enguantadas entrelazadas a la espalda y una pose a todas luces nostálgica que espabiló su lado creativo: ¿en qué habría estado pensando?

¿Un amor perdido, quizá?

Se regocijaba de pensarlo.

—Doctor Harrington, lamento en el alma la tardanza —fue lo primero que dijo. El aludido apenas la miró por encima del hombro con aire abstraído antes de girarse muy despacio, como si algo en Sarah, a la par que vagamente peligroso, se le hubiese antojado de pronto demasiado llamativo como para pasarlo por alto—. Sepa que valoro muchísimo que se haya tomado la molestia de acudir a valorarme en estas fechas, cuando bien podría estar con su familia; no es excusa, pero el dolor menstrual ralentiza mis movimientos y, cuando no, me paraliza. Estaba guardando cama hasta que ha llegado.

Durante la disculpa había estado rebuscando en los bolsillos con frenetismo, impaciente por alcanzar unas gafas que le permitieran conocer el gesto de quien podría erigirse como su salvador. Para cuando dio con ellas, el doctor ya se había girado por completo hacia ella y la observaba refugiado en un silencio analítico, desde donde Sarah comprendió que tomaba sus firmes determinaciones. Colocó la montura metálica sobre una nariz demasiado pequeña para sostenerla. Estaba preparada para comenzar la descripción sintomatológica cuando el mismísimo señor Darcy se presentó en cuerpo y alma ante sus ojos.

No habría sabido decir cuál fue su reacción física, solo que con toda seguridad exteriorizó de un modo vergonzoso el vuelco que el corazón le dio en el pecho. Sospechaba, también, que se habría ruborizado de puro bochorno al haberse quedado boquiabierta y sobreexcitada ante un perfecto desconocido que era, a la vez, tan familiar para ella como solo podía serlo el fruto de sus fantasías recurrentes.

Ahí estaba, pensó con la garganta apretada. El héroe de estatura desmedida que podría partir el mar con sus manos elegantes o con la furia brava de sus ojos si es que alguna vez la dejaba asomar, ojos del mismo azul que había pintado las mareas y que por esa razón debían influenciar los océanos; ojos que la recorrieron de arriba abajo con la persuasiva lentitud que erizaba el vello de los impresionables.

Impresionables como ella.

—Ese no es el atuendo de alguien que guarda cama —le dijo con una voz robada del núcleo de la tierra, grave y profunda—. Si padece dolores menstruales, ¿no ha pensado que llevar el corsé ajustado incluso durante el descanso puede empeorarlos?

—Sí, p-p-por supuesto —tartamudeó con la barbilla temblorosa—. Me... me deshago de toda esta parafernalia en cuanto concluyo las lecciones, pero no iba a presentarme ante usted con el camisón, ¿no? —Se le escapó una risita histérica. Tuvo que plantar una imagen cuanto menos interesante en su cabeza, porque la luz de la imaginación despejó el rostro del médico, por lo demás severo, durante un instante—. Verá, yo... eh... Trabajo en la institución como maestra de costura desde hace años. Y antes de que comience con la batería de preguntas habitual, déjeme hacerle un resumen pormenorizado: siempre he padecido cólicos, que aparte de ser de terrible intensidad, se suceden con disciplinada constancia durante el ciclo. Por desgracia, el reposo no obra milagros conmigo. Haga lo que haga, ingiera las infusiones que ingiera, el dolor lumbar y en el bajo vientre, por no hablar de la fatiga generalizada, persisten hasta postrarme con la puntualidad del ciclo lunar. Por si no fuera suficiente, a menudo los acompañan náuseas, cefaleas y mareos.

El médico prolongó el silencio unos segundos para cerciorarse de que había concluido su exposición.

—Se ha preparado el cuadro sintomatológico con sorprendente precisión para tratarse de una dolencia impopular con tratamientos muy limitados —señaló sin alterar el tono neutro—. ¿A cuántos profesionales ha consultado a propósito de los nervios del útero^[1]?

—Oh, ¡si usted supiera! La primera vez que me atendió un galeno yo apenas levantaba unos palmos del suelo; ¡los benditos doce años! Como podrá figurarse, el consabido no tuvo el valor de revisarme como Dios manda, ni con una tela cubriendo las zonas más indecorosas, ni sin ella. Luego conocí al doctor Olsen. Después, cuando me mudé a Londres, al doctor Tabs y a una partera llamada Renata Toll, ¡una santa! Me proveyó de uno de los escasos remedios que me han sido de gran ayuda. En Canterbury me trata el doctor Eager, pero su parentela es *scouser* y se ha marchado al norte para disfrutar de las fiestas. ¡Bien por él! —apostilló con su entusiasmo natural, si acaso viciado por la emoción pulsante que acabaría por delatarla.

¡Pero qué hombre más bello!

—Y nadie ha sabido curarla —dedujo él con aquella voz que todo lo acaparaba. Parecía que pudiese absorber el eco de lo que quiera que ella hubiese dicho antes; hacer enmudecer al mismo silencio. No colaboraba con la merma de su efecto que acompañara las palabras de una mirada directa como el cañón de un fusil—. ¿Tendría la bondad de decirme con quién estoy hablando?

—Con Sarah Reeves, doctor Harrington.

—¿Señora o señorita?

—Señorita.

Se preguntó si habrían sido imaginaciones suyas o de veras el galeno había asentido en señal de regocijo.

—Asumo, entonces, que no sabría establecer si mantener relaciones íntimas mejora o empeora sus dolores menstruales.

Sarah enrojó miserablemente.

Sintió el calor extenderse hacia el esternón, incluso.

—Yo... no... no... eh...

—No habría sido mala técnica recurrir a la intimidad para descartar la dismenorrea nerviosa,

que es la que afecta a la unión carnal. También se asocia a menudo a los trastornos emocionales, la melancolía femenina y la histeria. Una mujer tan versada como usted habrá oído hablar de estos diagnósticos.

—Por supuesto, pero yo no sufro cambios de humor, doctor. La menstruación rara vez ha afectado a mi ánimo. Si acaso, la fatiga me amodorra y, al dormir más de la cuenta, enfurezco a mis interlocutores por andar demasiado despistada como para ponerles plena atención.

Harrington decidió que era el momento perfecto para romper la postura de manos entrelazadas a la espalda y dirigirse a ella con decisión.

Sarah solía verse en la triste obligación de asegurarse de que no vislumbraba un ápice de interés lujurioso en el rostro de sus médicos, que en más de una ocasión se habían mostrado anormalmente entusiasmados con la idea de realizar un reconocimiento íntimo. Pero por más que escudriñó el semblante pétreo del doctor, no apreció ni siquiera un brote de interés profesional: tanto había interiorizado su oficio que en el papel de médico se desenvolvía igual que se desenvolvería en su vida personal.

¿Y cómo sería su vida personal?, se preguntó, muerta de curiosidad.

Vestía un chaqué que no era de estreno, anticuado según los estándares capitalinos, pero aun así impoluto dentro de su sobriedad. Parecía haber sido confeccionado sobre su piel, como el vestido de agua de las ninfas, y con telas de una riqueza al alcance de muy pocos bolsillos. Una barba de varios días, cuidada, no obstante, con el riguroso respeto que merecía una cara como la suya, trataba en vano de añadirle informalidad al conjunto, de una seriedad fúnebre.

Harrington hizo un elegante ademán hacia un lado.

—Tumbese en el canapé, señorita Reeves.

Sarah enrojeció de nuevo.

Por alguna razón, no le parecía apropiado —ni siquiera justo— que un hombre con su impresionante planta ejerciera de galeno. Deleznó admitir para sí misma la clase de argumento que no había tolerado jamás cuando había sido dirigido hacia sus compañeras del gremio; que una apariencia de gallardía fuera de lo común hacía de los nobles trabajos una actividad indigna. Pero se le antojaba peligroso que una mujer en estado de vulnerabilidad, como era el caso de las enfermas en necesidad de atención médica, tuviera que enfrentarse a una belleza semejante a la par que una dolencia grave.

Era mucho más de lo que una persona a pie podría soportar.

Pero obedeció con el rostro congestionado de angustia por lo que pudiera suceder si le rozaba con un solo dedo de sus manos.

Harrington se arrodilló ante ella en ese silencio de sacerdote que le envolvía en el misterio.

A punto estuvo Sarah de gritarle que iba a ensuciar sus magníficos pantalones.

Había algo que no cuadraba en el asunto, pensó. Un halo de rancio abolengo, la clase de elegancia que se legaba por vía sanguínea, le hacía destacar de un modo que convertía en irrisorio, si no en escandaloso, el hecho de que se manchara las sagradas manos tocando a una mujer humilde.

Una que, para colmo de males, menstruaba.

Los hombres de a pie no se acercaban a sus esposas ni a sus hijas en tanto que duraba el periodo, y la decencia de aquel que ahora se doblaba ante ella era no solo incuestionable, sino sobrecogedora.

Y, aun así, no se le cayeron los anillos por palpar con suavidad el bajo vientre de Sarah.

—La falta de higiene puede empeorar los males mensuales —le explicó él, concentrado en la labor—, pero huele usted a jabón de lavanda. Asumo que se asea con regularidad y se preocupa de mantener limpios y frescos los paños.

Sarah cerró los ojos, mortificada pese a la naturalidad con la que el doctor teorizaba.

Nunca se había cohibido delante de un especialista. Al contrario: había escandalizado a quien la había asistido con descripciones dolorosamente detalladas de su flujo. Hasta tal punto había sido descriptiva que uno de ellos no pudo soportar tanto dolor heredado de Eva y anunció que no volvería a atenderla ni por todo el oro de la China.

Pero con él era... diferente.

«¿Será porque le encuentro atractivo? ¿Será porque me he enamorado de él nada más verlo? ¿Esto es amor a primera vista? ¿Así es como se siente? ¿He perdido el juicio?».

—Los cambio varias veces al día, doctor.

—Percibo inflamación —confirmó en tono pensativo. Alzó la mirada hacia ella. Sarah se planteó arrancarse las gafas y arrojarlas al suelo para mermar el efecto de sus ojos intensamente azules—. ¿Llegaron a diagnosticarle dismenorrea, señorita Reeves? ¿Alguna categoría en concreto? ¿Puede que fuera dismenorrea congestiva, la relativa al exceso de sangre en la pelvis?

—Así... así es, doctor Harrington. He buscado segundas y terceras opiniones y han sopesado también la dismenorrea espasmódica por la recurrencia de los calambres.

—Del uno al diez, ¿en qué número situaría el efecto doloroso de esas contracciones? Porque no tiene usted mal aspecto, señorita Reeves. Luce un rubor saludable y le brillan los ojos como a una niña con un juguete nuevo.

«¡Eso es porque estoy en presencia de un hombre bellísimo!», estuvo a punto de protestar.

—Estaba leyendo antes de bajar a recibirle, doctor. Una de mis novelas preferidas, de hecho. Reencontrarme con sus personajes me suele sumir en este estado de apacible disociación, lo que es de agradecer cuando una necesita distraerse de los cólicos.

—¿De qué novela se trata? Precisamente andaba en busca de emociones nuevas —comentó con naturalidad pero sin perder el rictus severo, ahondando aún en la palpación de la zona íntima.

—*Orgullo y prejuicio*, doctor.

—Ah, la señorita Austen. No es mi predilecta, pero comprendo el entusiasmo. —Ni siquiera hizo una pausa lo bastante prolongada para que Sarah pudiera prepararse para la pregunta que dejó caer—. ¿Le duelen los pechos, señorita Reeves? ¿Los nota pesados?

Sarah cerró los ojos, creyendo que así se sobrepondría antes a la oleada de vergüenza. Pidió a Dios que se la tragara la tierra, al mismo tiempo aterrada por si el doctor se tomaba la libertad de tocarle los senos.

—Sí..., ¡pero no vaya usted a comprobarlo! —exclamó con voz ahogada.

Le pareció intuir con el rabillo del ojo que el doctor controlaba a tiempo una sonrisa

inoportuna y mucho más que inapropiada.

—El cólico de doncellas se ha asociado históricamente con un desequilibrio de humores o una retención del flujo debido a malformaciones uterinas o problemas nerviosos —le explicó, impertérrito—. Existe una tercera razón que no se menciona a menudo por una cuestión de decoro y apariencias; la virginidad. La dismenorrea severa está asociada a una falta de desarrollo del aparato reproductor femenino. Una forma de curarlo es a través del sexo y el embarazo.

Sarah aguantó la respiración al escucharlo.

Habría jurado que era la primera vez que oía a un hombre pronunciar la palabra «sexo».

¡Y había tenido que ser *ese* hombre!

—¿Me está recomendado que... que... que me case para curarme?

La mirada circunspecta del doctor se encontró con la suya.

Le dio la impresión de que encontraba intrigante semejante inocencia viniendo de una señora de treinta y cinco años, y Sarah no le quitaría la razón.

—No necesariamente. No sería usted la primera mujer que disfruta del placer carnal fuera del lecho conyugal, señorita Reeves. Si se baja las medias y separa las piernas —prosiguió con una formalidad aplastante si se comparaba con la agitación de Sarah—, puedo realizarle un examen pélvico.

Excedido todo límite tolerable, se incorporó con brusquedad. Se abrazó a los hombros en una postura defensiva, dispuesta a proteger su cuerpo de intrusiones terriblemente deseadas pero indecorosas, y le lanzó una mirada con la que dejaba claro que antes preferiría morir desangrada...

... cuando no era cierto.

—¡Ni se le ocurra! ¡He tenido suficiente! —tronó con un nudo en la garganta. Se apresuró a levantarse del canapé y a rodearlo como si temiera que el galeno le contagiase una enfermedad infecciosa—. Ya hemos terminado, doctor Harrington. Le agradezco de corazón sus consejos, y... y... ¡No pienso tenerlos en cuenta, por supuesto! ¡Soy una señora respetable! Pero entiendo que vienen del profundo conocimiento de la anatomía y que desea lo mejor para su paciente. Le acompañaré a la puerta, donde le haré entrega de sus honorarios...

—¿Qué es un instante de mortificación comparado con el goce de una vida larga y sana? Nunca he entendido los arranques de mojigatería de las mujeres cuando es su salud lo que está en juego —reconoció en voz alta, manteniendo el tono distante.

—¡Si no la entiende, será porque no se ha mirado en un espejo! —le espetó ella, ruborizada por encima de sus posibilidades. Si no se marchaba pronto, el galeno acabaría diagnosticándole la rabia, la varicela o la fatalidad que indicase una rojez insistente—. Por favor, doctor Harrington, márchese.

—Al menos permítame recomendarle antes algunos remedios fructíferos —se defendió él con un tono de voz ligeramente expresivo, como si la risa estuviera tratando de filtrarse pero la represión feroz lograra imponerse—. La tintura de opio, la manzanilla y los tés de jengibre y artemisa podrán regular sus síntomas. También los baños calientes han demostrado aliviar el malestar de la paciente. Dicen que el reposo absoluto es la clave de la mejoría, pero le recomendaría que se ejercitase el resto de los días del ciclo para que la inflamación no se cebara

con la flacidez de la musculatura.

—Lo sé, gracias —lo cortó con impaciencia, y añadió con voz chillona—: ¡Un placer!

—Antes de irme... —continuó, ya bajo el umbral de la única salida y con la tonalidad grave de las conclusiones finales—, existe una vinculación entre los humores y la alimentación de las mujeres.

Sarah no supo cómo aguantó en pie en el corazón de la estancia. Las piernas la sostenían a base de empeño, pero sentía que el corazón había adquirido diez veces su tamaño normal y ahora su caja torácica era demasiado pequeña para contenerlo.

Le aguantó la mirada, consciente de que toda la piel a su vista, desde el escote hasta las orejas, exhibía un insalubre color escarlata.

Él no se marchó enseguida. Parecía hallar un placer absurdo en el testimonio de su vergüenza, como si alimentarse de la mortificación virginal fuese el secreto detrás de que hubiese mantenido intacto su demoledor atractivo bien entrado en la mediana edad.

El doctor le regaló una elegante genuflexión a modo de despedida. Con el movimiento se soltó de su grave represión uno de los mechones negros, hasta el momento retirados de la cara para mayor exasperación de las sensibles a la belleza.

Hasta su alma se estremeció atestiguando aquello, la más sencilla expresión de magnetismo. Solo lo empeoró haciéndole una caída de ojos sugerente desde la puerta y añadiendo con una impasibilidad indignante:

—... pero no me perdonaría mandarle una dieta ligera de caldos sabiendo que esto haría peligrar sus curvas.

Capítulo 2



Era curioso que se hubiera topado con una acérrima lectora de Jane Austen el mismo día que divagaba sobre la frase que inauguraba su obra maestra. Y es que, en efecto, era una verdad mundialmente conocida que un hombre poseedor de una gran fortuna necesitaba una esposa.

Lucien Henshawe, duque de Maybourne, había cumplido las ordenanzas austenianas desposando a una mujer a los diecisiete años de edad. Pero este esfuerzo no había sido suficiente, y de ahí su tedioso viaje hasta la escuela de señoritas de lady Mabry.

No le habría molestado entrevistarse con la autora para hacerle una corrección más cercana a su realidad: era una verdad, y una no muy conocida, que un hombre poseedor de una gran fortuna necesitaba dos, tres y hasta cuatro esposas.

Las que fuesen requeridas hasta engendrar un heredero.

Nada más conocer la inestimable honestidad de su objetivo, que le había sido transmitido mediante carta, Madeline Lacraft, directora de la escuela, le había concertado una visita a la mayor brevedad para prestar a Lucien un servicio personalizado.

Helo allí, pues, de nuevo en la casilla de partida del cuento de nunca acabar; empujando otra vez la piedra cuesta arriba de la ladera.

Con la diferencia de que, en esta ocasión, lo motivaba una orden real.

—¿Excelencia? —interrumpió una voz femenina. Lucien se giró con una lentitud acusada de tedio existencial. Desde la puerta del salón al que había sido trasladado, una belleza de mitología escandinava le dirigía una torpe reverencia. No por los nervios, sino por la rigidez de las mujeres amargadas y la falta de costumbre—. Bienvenido a la escuela de lady Mabry. Soy la señorita Vallans. Disculpe la tardanza. He mandado a su guía al lugar equivocado. Empecé a trabajar aquí hace tan solo unos meses y aún confundo unas salas con otras.

—No se apure, que al menos ya ha interiorizado los valores del profesorado. Es usted la segunda maestra que me acompaña los buenos días de un burdo pretexto para justificar su impuntualidad.

La señorita Vallans se limitó a agachar la cabeza en señal de disculpa. Intuyó que la expresión que ocultaba con la postura no era la de una mujer avergonzada, sino la imagen de la irritación. A esas alturas, con más de veinte años en cada pierna y suficientes lutos para haberle curado de toda vanidad, Lucien no osaba indignarse con la insolencia ajena.

Siempre y cuando fuese llevada con inteligencia y no volviera a repetirse.

—Tengo entendido que mantuvo usted correspondencia con la señorita Lacraft. Lamento también informarle de que un asunto personal la ha obligado a viajar a su ciudad natal y no regresará hasta dentro de tres días. Yo he de marchar a Canterbury en este preciso momento.

—¿Me está invitando a volver por donde he venido, señorita Vallans?

—Por supuesto que no. La señorita Reeves le hará el pertinente recorrido por la escuela y se sentará a departir con usted sobre las particularidades de su caso.

Era difícil que una imagen tan nítida acudiera a la mente de un hombre carente de

imaginación, como era el caso. Pero había oído «señorita Reeves» y el recuerdo le había ayudado a perfilar unos vivarachos ojos castaños, los dos con un afán de protagonismo que habría de despertar los rencores de sus labios carnosos, competencia más que digna por el primer premio de belleza del rostro redondo.

—¿A qué espera para traérmela? —se oyó preguntar con impaciencia.

La señorita Vallans volvió a limitar el reconocimiento de sus protestas a una breve genuflexión, que sirvió también de despedida. En lo que la maestra desapareció en busca de Sarah, Lucien pensó en lo improbable de que la susodicha se tomara con humor la inocente confusión de hacía unos minutos.

Suerte que gozaba de los privilegios de clase que garantizaban que un hombre viviera con la conciencia tranquila. Aunque la vida supiera vengarse de las grandes fortunas empleando los mismos reveses que aquejaban a las clases bajas, al menos a los duques no se les amonestaba por sus travesuras.

Una llama débil pero testaruda chisporroteó sobre el tronco carbonizado de la chimenea, pidiendo auxilio. Lucien se resignó a azuzar el fuego por su propia mano con el atizador que descansaba contra la piedra del hogar.

Justo entonces, la doncella entró empujando un carrito con el reglamentario servicio de té.

Estaba dispuesto a disculpar que se hubiera demorado tanto únicamente porque la señorita Lacraft ya le había advertido del poco personal que se encontraría en fechas señaladas. Por eso y porque la cara de Sarah Reeves al cruzar el umbral y toparse con él, cruzado de piernas y con una taza humeante en la mano, fue impagable.

No despegó los ojos de ella, intrigado con la que fuera su reacción consciente. ¿Echaría a correr en el sentido contrario? Debía de haber cumplido ya los treinta, si no más, pero el insólito candor juvenil que la hacía deliciosa y que debían de haberle contagiado sus alumnas le hizo temer que lo decepcionara comportándose como una niña.

¿Y si se deshacía en disculpas acto seguido?

Eso le decepcionaría aún más. No hacía falta ser un lumbreras para concluir que el urdidor del análisis médico había sido Lucien, y que si pedir perdón no fuese contra la naturaleza de su excelencia ducal, le correspondería a él agachar la cabeza.

Sarah actuó girándose en redondo hacia la señorita Vallans, oculta a sus espaldas con el mismo gesto circunspecto que en todo momento, y entornó la puerta tras ella para recriminarle en voz baja:

—¿Este es el doctor Harrington! —Pausa—. ¿O no? —Había temor en su pregunta.

Lucien se enderezó desde su sitio con la ceja inquisitiva amenazando con salir propulsada.

¿Era consciente de que podía oírla con meridiana claridad?

—Es el duque de Maybourne —le confirmó Lavinia con una apatía indignante.

¿Qué era lo contrario de estar impresionada?

—¿Lavinia! —aulló Sarah por lo bajini—. ¡Me habías dicho que el doctor estaba en la salita verde!

—Verás... Resulta que el doctor estaba en la salita azul, y el duque en la salita verde. Ha sido

una desafortunada confusión.

Si aquello era una disculpa, no la estaba enunciando con la obligada mortificación. Sonaba como las feligresas que repetían el rosario en tono de ultratumba, sin un ápice de entusiasmo.

—¡Desafortunada confusión! ¡El eufemismo de la década! ¿Cómo es posible que una mujer tan inteligente confunda los colores primarios? ¡Ese hombre casi me toca los pechos!

—¿Disculpa?

Lucien pestañeó, todavía con la taza a punto de tocar sus labios.

Aquella última puntualización había sido... inesperada.

E injusta con la verdad, porque no iba por ahí tocando pechos a diestro y siniestro.

Por más que le apeteciera.

No obstante, la acusación formó una especie de sonrisa en sus labios, sorprendiéndole a él y a cualquier conocido suyo que pudiera haber captado el gesto.

—Olvidalo. De todos modos —seguía la agitada Sarah con una voz aguda que recordaba al falsete del bufón de un teatro cómico. No resultaba desagradable, aun así—, ¿el duque ya había llegado a Arlington Abbey y me has avisado mucho antes de la visita del médico?

—Poca culpa tengo yo de que parecieran ponerse de acuerdo para acaparar tu atención a la vez —resolvió con desdén—, y opino que tu salud es considerablemente más importante que quienquiera que sea la esposa de Maybourne.

Sarcasmos y exageraciones aparte, la señorita Vallans y él estaban de acuerdo en eso: la salud era lo primero... Aunque el nivel de trascendencia de la esposa en cuestión dependería de la mujer a la que se refiriese. De las que había tenido —un número bastante alejado del quince, pero superior al uno—, alguna hubo que le gustó más que las otras.

—¡Eres de lo que no hay!

—Espero que sea un halago.

—Hablaemos de esto cuando haya concluido mi entrevista con su excelencia, no lo dudes.

Sonó afable incluso en plena amenaza.

Debía de ser una cruz vivir en la piel del cordero en un mundo de lobos.

El apelado Lucien se enderezó para recibir a la señorita Reeves, que logró aparentar un sosiego más o menos verosímil para enfrentarlo con la requerida solemnidad. Estaba ruborizada, pero sospechaba que era un rasgo tan inherente a ella como la personalidad.

Debería haber contribuido a su relajación desviando la vista al té, donde quedara libre de su mirada penetrante; tal vez haciendo un comentario para distender el ambiente. Sin embargo, Lucien siguió por gusto y con inquietante fijación el paseo de Sarah hasta el asiento enfrentado al suyo, una silla estrecha por la que apostaba que sobresaldrían sus generosas caderas, fáciles de imaginar pese a la prudente caída de la falda.

Sarah tomó aliento con una discreta inspiración, cuadró los hombros donde debían de estar para enunciar un discurso ceremonial y lo miró por fin. Compuso una sonrisa absolutamente inapropiada para el asunto que les ocupaba, una sonrisa carente de toda cordialidad o distancia cortés, lo que habría cabido esperar en una empleada profesional. En su lugar se atrevió a dirigir

contra él toda la potencia de su candor, haciéndolo sentir incómodo aun a salvo al otro lado de sus aristocráticas barreras.

—Bienvenido a la escuela, excelencia. Es un honor que nos haya elegido para ayudarle en el honesto empeño de encontrar a su nueva compañera. Como ya le habrá mencionado la señorita Vallans, nuestra querida directora ha debido ausentarse a causa de una fuerza mayor. ¡Espero poder servirle de ayuda!

Entonces iba a actuar como si no «hubiese estado a punto de tocarle los pechos».

Lucien se preguntó cómo se las habría arreglado para mirarlo a la cara si finalmente hubiera valorado sus senos.

Supuso que nunca lo sabría, y descubrió que ese desconocimiento le pesaría de por vida.

—A modo de introducción le diré que esta institución se enorgullece de haber casado a un total de doscientas sesenta y tres alumnas, una media de entre dos y tres al año, a lo largo de un siglo. No todas ellas eran inglesas; hemos contado con jóvenes italianas, francesas y españolas, y, en los últimos tiempos, americanas.

—Se agradece una chispa de variedad, señorita Reeves. Justamente estaba pensando que me ha llegado el momento de probar con otra raza, ya que con el producto local no he tenido mucha suerte —comentó con sarcasmo—. Continúe, por favor.

Sarah pestañeó, aturdida por la muestra de cinismo.

—Nuestros números... —obedeció su petición, aunque sin tenerlas todas consigo—. Nuestros números componen toda una proeza considerando que los maridos de las susodichas no ostentaban títulos menores ni posiciones sociales desdeñables en la *ton* londinense. Se nos puede atribuir la unión entre personajes tan célebres como los duques de Saint-John, los marqueses de Leverton, los condes de Standish y Clarence..., esto por mencionar nombres que pudiera usted asociar a una cara.

—También se les podría atribuir el matrimonio entre los duques de Maybourne —no pudo resistirse a señalar—. Mi segunda esposa estudió aquí entre los dieciséis y los dieciocho años.

La señorita Reeves cerró los puños sobre los pliegues de la aburrida falda azul.

—Oh, yo... yo... no sabía que usted ya...

—No la culpo de no acordarse de una de las bodas por las que desde luego merece que la escuela se dé golpes de pecho. En aquel entonces, señorita Reeves, usted no solo no era todavía maestra de costura, sino que con toda probabilidad aún se chupaba el dedo. ¿Algo más que deba saber?

—Sí, bueno, eh... —Tragó saliva. La estaba poniendo nerviosa. Debía apiadarse de ella, pero no podía; como un vil gamberro, se regodeaba sabiéndose responsable de su turbación—. Desde su inauguración hace ya cien años, la noble institución ha impartido a sus alumnas materias de imperativo conocimiento para garantizar su desenvoltura en sociedad. Hablamos de costura, baile, literatura, etiqueta y modales; historia, francés y aritmética.

—¿Qué asignatura imparte usted?

Ella se enderezó, inevitablemente halagada por la apelación directa.

—Costura, excelencia. —Carraspeó para deshacerse de un entusiasmo que ella misma

encontraba absurdo—. En los pasados años, a petición popular, se incluyeron las asignaturas de pintura o dibujo y deportes, esta última por recomendación de la comunidad médica. Insisten en la importancia del ejercicio para gozar de buena salud, y no esperamos menos que una larga vida para nuestras alumnas. Es una novedad algo excéntrica, pero ha traído muy buenos resultados.

La mención del gremio le distrajo momentáneamente, guiándolo a recuerdos mucho más apetecibles que la venta a sangre fría de una mujer. Se preguntó sin ninguna clase de trasfondo lascivo cómo se encontraría en ese momento la señorita Reeves. Si estaría padeciendo calambres. Si habría encontrado útiles sus recomendaciones. Si las pondría en práctica una vez se marchase.

La visualizó enterrada hasta el cuello en una mole de agua espumosa, pero con los ojos bien abiertos sobre las páginas de su libro preferido; libro que la imaginaba arrastrando de un lado para otro como un talismán.

Aquella visión le inspiró una paz tal que podría haber combatido con eficacia la nube negra de resignación que había traído consigo.

—¿Cómo es que ha preferido visitarnos en lugar de esperar a la primavera, cuando podría conocer en los salones a la multitud de solteras disponibles, estudiantes de la escuela o no? —retomó ella al verlo callado.

—Encuentro francamente deleznable la frivolidad y la falsa ilusión en la que consiste la temporada social. Prefiero encontrar a mi esposa durante los meses fríos, cuando las veladas de la capital no pueden suavizar la ferocidad de lo que al final es una compraventa simple y llana.

A Sarah le costó disimular la opinión que le merecía su frialdad.

—No estoy del todo de acuerdo con su definición, excelencia —replicó con prudencia.

—¿Qué diferencia un compromiso de una transacción comercial? Un hombre observa el conjunto de los caballos y paga por el que tiene la dentadura más sana.

—¿Eso es lo que busca en su futura esposa?, ¿su única preferencia?

¿Había atisbado acaso una chispa de ironía en la dulce señorita Reeves?

—Lo primordial es que esté sana, sí. No soy un cliente exigente. Además, tengo prisa.

—¿Ha dicho... —pestañeó rápido— *cliente*?

—Definiéndome como «enamorado» estaría faltando a la verdad. En su día recurrí a esta escuela, como vuelvo a hacerlo ahora, porque entendía que aquí no se disfrazaba el mercado matrimonial de lo que no es. ¿Estoy equivocado, señorita Reeves?

—No, pero creo que debería darse la oportunidad de conocer poco a poco a una mujer de su agrado; regalarle mediante cortejo el tiempo de fomentar un afecto que pueda hacer las delicias de su convivencia. Si no, en un posible futuro turbulento no podrán superar los obstáculos matrimoniales como una sola entidad.

Ejemplificó lo que quería exponer uniendo las manos y entrelazando los dedos.

—Ya se habrá fijado en que no soy ningún jovencito, señorita Reeves. No me sobra el tiempo para memeces de tamaño calibre.

—¿El amor le merece esa opinión? —se horrorizó.

—Mire, no me importaría entrar en complejas disertaciones románticas o que me convenciese

usted de la existencia del amor a través de las cinco vías de Santo Tomás^[2] —continuó antes de dar pie a un intercambio de opiniones—, pero voy justo de tiempo. ¿Por qué no manda llamar a la señorita Tandy, la que, según se me informó, sería la única soltera presente en la escuela para estas fechas? Su padre me hizo llegar su conformidad para pronunciar el compromiso si la encontrara de mi gusto. Resueltas ya las formalidades burocráticas, la única tarea pendiente es conocer a la novia.

Sarah puso los ojos como platos.

—¿Está hablando de mi Quitterie?

—Desconozco quién sea su dueña, señorita Reeves. No me diga que la directora no la informó de que mi visita relámpago estaba fijada para conocer a la elegida. Cabe preguntarse cómo ha prosperado esta institución durante un siglo con tan serios problemas de comunicación entre el personal.

La mención de la muchacha había erizado a la señorita Reeves, que se esforzó por volver a la postura recta del principio. Se puso en pie con una impaciencia de la que convenía recelar. Su ceño advertía que no estaba conforme con la elección de pareja, que no le importaría pecar de audaz rebatiéndosela, pero que aprovecharía cualquier excusa para huir de él.

Lucien la echó de menos antes incluso de perderla de vista.

No podía decirse que fuera una mujer bella, como las tres a las que había desposado y las muchas que habían desfilado sin título oficial por el dormitorio ducal. Pero era tremendamente adorable, un género del sexo débil que convenía temer.

Las bien llamadas «monadas» engañaban con su apariencia, en teoría mediocre pero a la vez atrayente; así guiaban a los hombres, obtusos o brillantes, a la trampa letal de la devoción sin condiciones. Si estas criaturas llegaban a descubrir el poder que ostentaban y lo entrenaban modulando sus voces, componiendo dóciles expresiones y aprendiendo a invocar un llanto moderado pero efectivo, lograrían doblegar la voluntad de un amante sin que este se diera cuenta de que había quedado reducido a una mera marioneta.

Para Lucien tenían más peligro que la más sensual y experimentada de las Cleopatras que regentaban burdeles de lujo.

Sarah Reeves se disculpó con un asentimiento y, ahora sí, echó a andar en busca de Quitterie. Hasta su brioso paseíto hacia la salida estaba imbuido de esa graciosa torpeza que le arrancaba una sonrisa bobalicona hasta al colmo de los cínicos.

La había deseado nada más verla entrar en la habitación, azul o verde, qué más daba, y cómo no hacerlo. Había irrumpido en un caos de faldas y rubores, desparramando balbuceos sobre su sintomatología con el tonillo pedante de habérsela estudiado de cabo a rabo y la conmovedora vulnerabilidad de no saber qué sería de ella. Era tal y como Lucien definiría a la monada venenosa: sus ojitos eran los de una cría de gacela, trataba de esconder su atractivo tras unas gafas que apelaban a los oscuros fetiches de los hombres y unos hoyuelos juveniles sellaban su sonrisa soñadora.

Nunca le habían interesado las mujeres menudas porque no se sentía cómodo sometiendo en la cama a una criatura que compartía hechuras con una niña. Pero la señorita Reeves, aparte de pequeña, era redonda y voluptuosa donde debía serlo; la máxima expresión de la mujer hecha carne.

Para cuando reparó en el efecto físico de su meditación, fue tarde. Una erección de caballo le apretaba en los pantalones, y no fue a mejor cuando la responsable regresó siendo deliciosamente ajena al curso de sus pensamientos.

Lucien tuvo la gentileza de ocultar sus genitales bajo la chaqueta, que se quitó para apoyarla sobre el regazo.

—Excelencia, le presento a la señorita Quitterie Tandy.

No había esperado gran cosa de su cuarta incursión en las lides matrimoniales. Ya había tenido una esposa bella, una esposa inteligente y una esposa que sabía dejarlo tranquilo; la colección estaba más que completa y no echaba en falta ningún modelo nuevo. Pero considerando que el objetivo de la Corona al mandarle casarse de nuevo era que engendrara un heredero a toda costa, había pensado que la muchacha habría de ser un escándalo de sublimidad física... o solo lo bastante bonita para apañarle la noche de bodas.

La niña tímida que dejó la cabeza gacha después de la pertinente reverencia no encajaba en la descripción ni por asomo.

Lucien se levantó del asiento, sosteniendo la chaqueta del modo menos sospechoso posible, y la examinó de cerca.

Era más joven que su hijo Sean. Apenas habría cumplido los veinte años, y eso era de por sí un problema para un hombre demasiado curtido en las batallas de la vida para encontrarle el encanto a la juventud.

Pero la reina había sido explícita al exigirle una novia.

Debía ser fértil, y no había nada más fértil que una cría.

Tenía un cabello rubio lustroso y brillante. Era alta, esbelta; debía de estar sana y ser muy ágil, por la edad y por los entrenamientos de equitación a los que era sometida por la agenda escolar. Y no era fea, como comprobó tras levantarle la barbilla con un dedo. Más allá de que le estuviese dirigiendo una mirada aterrorizada capaz de matar la pasión del más ardiente, el conjunto de sus rasgos dulces auguraba para su futura madurez un atractivo afilado.

Para su sorpresa, porque unas horas atrás la habría encontrado más o menos de su gusto, se sintió profundamente decepcionado. Si alzaba la vista por encima del hombro de la muchacha, localizaría a una mujer con pechos y caderas generosas; una mujer que, pese a su edad, se ruborizaba si pronunciaba la palabra «sexo».

Una mujer que le había devuelto el deseo después de años de aburrimiento.

Aun así, el deber era lo primero.

Soltó la barbilla de la temblorosa Quitterie y miró a la maestra de costura.

—La señorita Tandy y yo nos casaremos mañana. Dispóngalo todo para que sea posible.

Capítulo 3



—¡Por favor, señorita Reeves! ¡No lo permita! —sollozaba Quitterie, hecha un mar de lágrimas—. ¡No puedo casarme con él!

Sarah estaba de acuerdo en que no existía pareja más inconveniente que la que pudieran formar la señorita Tandy y el duque de Maybourne, pero no podía darle la razón a la muchacha. Su padre ya había pactado el matrimonio con su excelencia, y lo último que Quitterie necesitaba era que confirmaran que sus miedos eran legítimos.

—Tranquila, cielo —la apaciguó, frotándole los brazos con paciencia—. Puedo comprender que te impresione la idea de marcharte a un lugar desconocido. Aun así, ¿no sueñas con tener tu propia vida?, ¿con ser ama y señora de tu casa? Piensa que, desde que el mundo es mundo, las jovencitas de tu edad han abandonado el nido, lo quisieran de entrada o no, y ahora las respalda un éxito monumental: Clarissa, Prim, Verity... ¡Incluso Rebecca, que tan difícil lo tuvo, la criatura! —suspiró de acordarse de la última, quien había sido su mayor cruz durante cuatro años.

El temor a que la infelicidad de la señorita Wargrave se transformara en algo peor y la llevara a tomar medidas drásticas llegó a impedirle pegar ojo.

—¡No todas las mujeres hallan paz y estabilidad en sus matrimonios! ¡Y las compañeras que has mencionado como ejemplos de triunfo se casaron con hombres que como mucho les sacaban seis años! Además, ¡yo no quiero casarme! —tronó Quitterie con los ojos encharcados. No estaba triste, o no solo triste, sino conmovida por la inminencia de la boda; aterrorizada por el hombre al que habían escogido como marido sin preguntarle antes—. ¡Tengo ambiciones de libertad, señorita Reeves! ¡No deseo experimentar el amor, ni gozar de riquezas!, ¡ni siquiera me llena la compañía, sea masculina o sea femenina! ¡Solo quiero...!

—Quieres pintar —completó Sarah con una sonrisa benigna a la par que compasiva.

Se dolía de corazón por Quitterie, porque no estuviera a salvo ni en sus pasiones. La censura a la que su padre había sometido sus mayores deseos en la vida había terminado por acomplejarla de tal modo que ni en la soledad de su habitación se atrevía a expresarlos a viva voz.

Pero la colección de obras de arte que acumulaba en el reducido espacio, todas ellas de su autoría, clamaba al cielo. Había tres años de dedicación exhaustiva entre su primer cuadro y la última pincelada del proyecto que ahora la ocupaba. En la técnica de los casi veinte cuadros al óleo se percibía un progreso milagroso; el de una joven promesa de la pintura.

Quitterie agachó la cabeza, debatiéndose entre dos emociones a cada cuál peor: la vergüenza de habitar la anormalidad en un mundo de casaderas que matarían por estar en su lugar, y la resignación de saber que jamás vería cumplido su sueño.

La sola alusión de su vocación la hacía sentir reprendida. Esto debería haberla convencido de abandonar toda pretensión artística, aunque fuera para no pasar el día penando. Sin embargo, ni el odio que se tenía a sí misma por no haber nacido hombre —o por haber nacido con ambición— había logrado apagar sus sueños.

Sarah la admiraba de corazón.

Le levantó la barbilla con suavidad.

—El duque no parece un hombre intransigente, cariño. No te prohibiría pintar.

—La nobleza no perdona que las mujeres tengan aficiones. Vosotras mismas me lo enseñasteis —le recriminó con una mirada inyectada en sangre. Se deshizo de la mano con la que Sarah la había estado sujetando amorosamente y se levantó de la cama para huir de ella.

—Quitterie... —la llamó, exasperada—. ¿Qué podría hacer una humilde maestra por ti? Si mi labor aquí es, de hecho, garantizar tu unión con un buen partido. Y no hay mejor candidato que el duque de Maybourne. Es influyente, acaudalado..., y no se puede decir que sea desagradable a la vista —añadió con la boca pequeña, procurando no traslucir su opinión.

«¡Si es el hombre más bello del mundo!».

Quitterie la condenó con un vistazo fulminante que sin embargo no lograba su efecto amedrentador.

No dejaba de ser una niña aterrada.

—Se ha casado tres veces. Eso quiere decir que ha enviudado tres veces. —Dejó correr el silencio para que su voz tuviera una mayor proyección al declarar—: Hay quien dice que él mismo mató a sus esposas.

—¡Tonterías! —se escandalizó Sarah.

Pero no sonó creíble, porque ella también había prestado sus oídos a las habladurías con placer culpable y no podía negar que la habían estremecido.

—Me da miedo —confesó Quitterie con las manos apretadas contra el pecho. Doblaba y estiraba los dedos, se crujía los nudillos de manera compulsiva y a cada tanto se encogía sobre sí misma con la ilusión de desaparecer en una mota de polvo. Ya no sabía qué hacer, y Sarah se sentía tentada de arrancar a llorar con ella—. Me da miedo que sea tan grande, que pueda reducirme con una sola mano. Me da miedo su frialdad; parece que nada le importe, yo lo primero. Me da miedo que ninguna de las tres duquesas le haya sobrevivido. Me da miedo que el señor Connor, su propio hijo, le odie tanto que hasta rechazara llevar su apellido aun cuando el precio era ser tratado como un bastardo. Me da miedo que me aceptara como esposa sin verme siquiera la cara. Me da miedo, señorita Reeves —concluyó en un murmullo agitado.

Hasta el momento, Sarah había permanecido sentada en un taburete que había arrastrado hacia la cama para hacerla entrar en razón. La justa y sincera descripción de Quitterie le hundió los hombros hacia delante. Un temblor en la barbilla advirtió que la barrera de su sensibilidad no aguantaría la preocupación por mucho más tiempo.

—Iré a hablar con él —decidió en voz alta. Quitterie levantó la mirada del suelo con los ojos muy abiertos—. Es lo único que puedo hacer por ti. Convencerlo de buscarse otra novia.

—¿Haría eso? —sollozó antes de lanzarse sobre ella. La potencia del abrazo a punto estuvo de volcarla de espaldas—. ¡Gracias, señorita Reeves! ¡Se lo deberé todo! ¡Todo!

—No seas tonta. El amor solo puede pagarse con más amor —musitó Sarah con un nudo en la garganta—. Recurriré a todo cuanto esté en mi mano para persuadirlo, pero has de comprender que un duque de Su Majestad no tiene una voluntad que ceda con facilidad. Debes prometerme que no me odiarás si fracaso.

Quitterie se separó para mirarla con los ojos aún inundados, pero ahora relucientes de

esperanza.

—Jamás podría odiarla, señorita Reeves. Es usted la persona que más quiero en el mundo.

Llorosa, agradeció con un sonoro beso en la mejilla el amor que irradiaban aquellas palabras. Todavía la sostuvo contra su pecho unos segundos más, y entonces consultó el reloj de cuco del dormitorio del alumnado para confirmar que se le estaba haciendo tarde para detener esa boda.

Casi era medianoche.

Estaba deambulando por el pasillo principal, pensando en excusas convincentes para sacar al duque de Maybourne de la cama, cuando se cruzó con una doncella ruborizada. Esta le contó que había tropezado por casualidad con el aristócrata en el invernadero y que había quedado extasiada con su belleza.

—¡Qué afortunada es Quitterie!

Comprendía de dónde salía tan frívola afirmación, pero en el camino hacia su encuentro, Sarah despotricó para sus adentros por la falta de sensibilidad del mundo entero.

¿Tanto costaba ver que la criatura era demasiado joven, demasiado débil, demasiado tímida para un poderoso y tiránico semental bien entrado en los cuarenta años?

Sarah lo encontró disfrutando de una taza de té en el invernadero. Estaba de pie ante el único punto de la cristalera que no había quedado cubierto por trepadoras y enredaderas; el único a través del que se atisbaban las luces lejanas del pueblo.

En tan solo unas horas en Arlington Abbey, había descubierto cuál era el recodo secreto donde la naturaleza dejaba de ser encantadora para convertirse en algo mágico.

No era un hombre taciturno, pensó Sarah mientras lo vigilaba en la distancia. Sospechaba que su mente era un engranaje bien engrasado, que nunca le abandonaban los pensamientos. Lo había visto exasperarse con la banalidad de una conversación, por lo que debía ser enemigo de la trivialidad; eso no significaba, aun así, que le consumiera la negatividad o fuese callado. Había descubierto que buscaba siempre las ventanas, la luz, la amplitud del paisaje. Ya lo había encontrado en tres ocasiones con la nariz casi pegada a los cristales, frunciéndole el ceño a la nada como si desafiara o maldijese al destino.

Su postura seguía sin parecerle nostálgica, no obstante, y ni mucho menos derrotada.

El duque de Maybourne se había reconciliado con su propio tedio. La edad le había servido para encontrar sosiego en la vida contemplativa, aunque a ratos fuera mortalmente aburrida.

Lamentó tener que romper el silencio.

—Discúlpeme el atrevimiento, excelencia —dijo en voz alta—. Sobre todo a estas horas. No podía irme a dormir sin antes tratar de razonar con usted.

Lucienladeó la cabeza hacia ella con la que era su expresión por antonomasia.

Los ojos almendrados irradiaban un azul solo encapotado por el amenazante reposo de las cejas negras, inmóviles en una mueca que había pretendido transmitir algo pero se había rendido antes de tiempo. Dudaba que un hombre de su orgullo hubiese querido esconderse de alguien; la única razón de que se dejara crecer la barba, ensombreciendo medio rostro de ensueño, era declarar que estaba muy por encima de las convenciones sociales. En un mundo de barbilampiños y obsesos de la pulcritud, su excelencia ducal podía permitirse cuantas

extravagancias se le antojaran.

El corazón se le encogió al volver a mirar a la cara a su imperturbable señor Darcy.

En el vacío de cristal del invernadero, su voz sonó atrapada.

—Deduzco que viene a reprocharme que no le evitara una situación incómoda resolviendo el malentendido esta mañana.

—Bueno... —Sarah se mordió el labio—. Es cierto que siento curiosidad por las razones que pudieron llevarlo a hacerse pasar por médico, pero lo hecho, hecho está. No creo que fuera su intención burlarse de mí.

Lucien le sostuvo la mirada, que no perdía intensidad ni al amparo de las sombras.

—En absoluto. Me preocupó de veras su padecimiento.

—Eso sí que voy a ponerlo en duda.

—Cuando un hombre ve entrar en una habitación a una mujer renqueante, abrazada a su vientre como si estuviera desangrándose, se acuerda antes de que es humano que de que ostenta un título nobiliario.

—Entonces fue buen samaritano antes que duque. Algo así puedo entenderlo.

Lucien posó la taza sobre el platillo que había estado sosteniendo la otra mano y se agachó hacia el banco más cercano para depositarlo con suavidad.

Sarah pensó que si bien Quitterie estaba en su derecho de temer las hechuras de su excelencia, era improbable, por no decir imposible, que llegara a utilizarlas contra una inocente. Todo en él exudaba parsimonia y cortesía.

—¿Por qué me buscaba? —le preguntó sin rodeos.

—Porque he estado conversando con la señorita Tandy y ha puesto de manifiesto que no es su deseo casarse con usted.

Sus labios se curvaron en una sonrisa torva.

—¿Es Quitterie de la escuela de la señorita Reeves, que opina que el amor ha de ser el impulso escondido tras nuestras decisiones?

—No, excelencia. —Entrelazó los dedos sobre el regazo a fin de parecer más firme—. Muchas jovencitas han pasado por aquí con ilusiones románticas en sus corazones, yo entre ellas..., pero la señorita Tandy no posee esa clase de sensibilidad.

—¿Y de qué clase de sensibilidad adolece?

«Adolece».

Como si la sensibilidad fuese una enfermedad.

—Aspira a la tranquilidad y a la consecución de sus deseos personales, y sospecha que al lado de un hombre con su abolengo y responsabilidades no hallará paz alguna.

—¿Acaso me he abalanzado sobre ella como para que tema un matrimonio tempestuoso?

—Debe entender que la impresione la leyenda negra de sus tres esposas.

Sarah habría preferido no verse en la obligación de mencionarlo, pero se consoló pensando que eran las palabras de la joven y no las suyas...

... Aunque no le importaría conocer la opinión de su excelencia acerca del mito.

—Y supongo que debo entender también que la niña sea una estúpida redomada —soltó sin contemplaciones, pero sin un ápice del enojo que habría estado en el derecho de sentir—, porque no murieron durante la noche de bodas y en cuanto les puse la mano encima. Si la señorita Tandy se hubiera quedado a escuchar la segunda parte de la leyenda, habría descubierto que una murió al cabo de un año, la otra al cabo de siete, y la última tardó una década en hacerlo, y que a cada una se la llevó una causa distinta.

«Tardó una década», repitió para sus adentros, intrigada.

Una elección de palabras cuanto menos inquietante, pues parecía denotar que había estado esperando ansioso el día del funeral. No había desprecio u odio en su semblante sobre el que cimentar una teoría de maquinaciones homicidas, sin embargo.

Tampoco había amor o dolor por la pérdida, por otro lado.

¡Qué hombre tan enigmático!

—Discúlpeme por sacar a colación sus lutos. Sepa que le acompaño en el sentimiento —le aseguró con una mano en el pecho—. Mi única intención era transmitirle con plena sinceridad las preocupaciones de la señorita Tandy.

—¿No tiene la señorita Tandy una boca y un cerebro para estar aquí en su lugar? Tal vez los órganos y la oratoria se desarrollen a partir de los veintiún años.

—Comprenda que es solo una niña, excelencia. Usted mismo lo ha dicho. ¡Mírelo por ese lado! —continuó con brío. Se acercó a él con una sonrisa esperanzada—. Es usted un hombre de mundo que ha conocido el amor en todas sus facetas; que ya ha transitado la adultez, con las alegrías y tragedias que eso conlleva y que siempre resulta en una experiencia con la que los jóvenes no se pueden identificar. ¿De veras cree que una muchacha lograría satisfacer sus exigencias?, ¿comprenderle?, ¿hacerle feliz?

El duque la estaba mirando desde su imponente altura con una frialdad apabullante. Eso transmitían los párpados entornados, el rictus despótico de los labios finos.

Pero el vibrante fulgor de sus ojos decía algo distinto.

—Lo que creo es que está usted convencida de saber mejor que yo lo que me conviene.

—No me atrevería, excelencia —se defendió con las manos en alto—. Aunque he de admitir que me confunde su decisión. Siendo usted un colmo de inteligencia, ¿cómo no ha llegado sin ayuda a la conclusión de que desposar a la señorita Tandy es una pésima idea?

—¿Se ha planteado que quizá llegara a dicha conclusión y me importase un bledo?

Sarah vaciló, escarmentada con su réplica punzante.

—¿No le preocupa pasar el resto de su vida con una mujer que le teme, le desprecia o ambas?

—Apoyándonos en la leyenda de marras, señorita Reeves, todo apunta a que no pasaré el resto de mi vida con ella; enviudaré por cuarta vez a su debido tiempo y usted tendrá que volver a hacerse cargo de mi visita en este mismo lugar y por este mismo motivo.

Se estremeció de imaginarse asistiendo al entierro de la pequeña Quitterie.

—Ni siquiera lo insinúe —le reprochó, ofendida.

—No insinúe usted, pues, que contraer nupcias conmigo sería un insulto de primera categoría —contraatacó él con desdén—. Usted no solo tiene ojos en la cara, sino unas gafas que le facilitan la visión. ¿Cómo es que le cuesta ver que un duque es el mejor candidato al que una soltera podría aspirar?

—No solo comprendo el inmenso privilegio que es vincularse con un título de renombre, sino el honor que supondría poder decir que una le tiene a usted como marido —soltó sin pensar. Debería haber callado cuando pudo, nada más recibió la mirada inquisitiva del duque, pero los nervios le jugaron una mala pasada y arrancó a balbucear—: Quiero decir... Desde mi punto de vista, el de una mujer de cierta edad y humilde en todos los sentidos, un hombre bien parecido y pudiente encarnaría una tentación irresistible. Pero Quitterie no cuenta con mi experiencia o mi manera de ver el mundo, y es demasiado joven para valorar según qué ventajas.

—Y, sin embargo, es a mí a quien viene a convencer de dar un paso atrás y no a ella de darlo hacia delante.

—Como usted comprenderá, a la señorita Tandy la quiero y me preocupa más que usted, que parece que nació ya de pie y con el frac puesto. —A modo de respuesta a su insolencia, recibió un nuevo vistazo inquisitivo, como si diera igual que fuese atrevida o sumisa, que él la encontraba idénticamente interesante en ambos casos—. Excelencia... —probó de nuevo tras suspirar—. No creo que vaya a suponerle un inconveniente anular el compromiso. Todavía no se ha dado a conocer, y el hecho de que contactara a su padre antes de verle la cara siquiera demuestra que no tiene una preferencia por ella; solo estaba ahí, como podría haberlo estado cualquier otra. ¿Por qué no busca una nueva candidata?, ¿una que se enorgullezca de llamarse duquesa de Maybourne?

—A lo mejor me gustan las mujeres difíciles —la provocó con un gesto impávido que no se correspondía con la sorna de sus palabras—. Quizá me guste comprarlas rebeldes y testarudas para persuadirlas, someterlas; enseñarles disciplina.

Sarah volvió a estremecerse, pero no de miedo hacia la imagen que sembró en su cabeza con aquella sugerente descripción. Por más que le habría gustado asquearse, se imaginó a sí misma atrapada entre sus fuertes brazos, su mano dominante agarrándole la melena con ferocidad, y le costó tragar saliva.

—Está claro entonces que no puedo ni figurarme lo que podría hacerle feliz, excelencia..., pero sí sé lo que es mejor para Quitterie. Estoy aquí en su nombre, al fin y al cabo. Por eso no me va a quedar otro remedio que insistirle hasta que dé su brazo a torcer. Y si me tiene que sorprender aquí el amanecer, con la garganta dolorida y los tobillos hinchados de estar de pie, así sea.

Su testarudez despertó el interés del duque.

Se enderezó con un casi imperceptible tic en la ceja de las indagaciones.

—Ha pasado usted tanto tiempo recluida en el campo que ha olvidado cómo debe dirigirse a un duque, señorita Reeves.

—Pero sé perfectamente cómo se ha de tratar a un tirano.

Desconocía de dónde había salido ese contraataque envalentonado, pero no se arrepintió ni de pronunciarlo ni de alzar la barbilla para que la mirara bien, porque una parte de ella se doblaba, halagada, siendo objeto de la detenida observación de aquel hombre.

Le pareció que el destello caprichoso de sus ojos azules insinuaba la sonrisa que su orgullo no iba a permitirse.

—¿Y qué propone? No pretenderá dejarme sin prometida, echarme con cajas destempladas de Arlington Abbey y luego sacudirse las manos con la satisfacción del trabajo bien hecho, ¿verdad? De alguna manera habrá de compensarme.

—Haré lo que usted me pida a cambio de retractarse. Si lo desea, le prepararé una lista detallada de las solteras más solicitadas del mercado matrimonial; organizaré una fiesta con las interesadas para que no deba desplazarse a la capital para tratarlas o, si está dispuesto a pisar Londres, le acompañaré en persona por los salones susurrándole al oído los secretos de las debutantes.

El corazón estuvo a punto de salirse del pecho cuando él curvó los labios en una sonrisa calculadamente pícaro y se inclinó sobre ella.

—La parte en la que me susurra al oído no me desagrade —le confesó en voz baja—. ¿Por qué será?

Sarah tragó saliva.

—Porque... porque... ha demostrado sentir una osada debilidad por provocarme.

—Eso es cierto. Me divierte usted, señorita Reeves —admitió con desahogo, habiendo recuperado la postura y la indolencia expresiva—. La encuentro graciosa y resuelta. Exceptuando algunos prontos temperamentales que se podrían corregir con mano dura, exhibe unos modales irreprochables. Sabe mantener una conversación sin las deleznales pretensiones de parecer más ingeniosa de lo que es y sin cometer las sonrojantes adulaciones que tanto deploro en esta vida. Además... —alargó una mano hacia el mechón ondulado que le enmarcaba la cara. Ella no osó moverse en tanto que él lo observó y acarició a la vez entre el índice y el pulgar. Sus miradas coincidieron a la par que un indecente pensamiento del duque se hacía accesible: aquel que proclamaba a las claras su atracción—, quiero conocer la experiencia de su cuerpo. No he parado de pensar en acostarme con usted desde que la he visto.

»Nada de esto encaja con lo que una apasionada del romance entenderá por una declaración de sentimientos, pero me ha parecido justo ofrecerle una florida introducción antes de decirle que me casaré con usted si no puedo casarme con Quitterie Tandy.

Sarah todavía estaba asimilando la pasión inflamable que se había asomado tímidamente en su confesión como para entender que había pedido su mano.

Que le había exigido que le entregase su mano, mejor dicho.

Habría dado un paso atrás, escandalizada, ofendida y al borde del desmayo si no la hubiera tenido hipnotizada con la caricia persuasiva de sus dedos; dedos que tenían tres esposas de experiencia amorosa.

«¡Señor!».

—Pero yo... yo... yo... soy la hija de un boticario de Coggeshall. Una humilde maestra de costura —fue lo único que se le ocurrió decir para defenderse de algo que no solo no era un ataque, sino un milagro.

Un duque pidiéndole matrimonio.

¡A ella!

«¡Habrase visto!».

—Por mi paladar exquisito no se apure usted, señorita Reeves. He tenido mujeres que eran la hija del marqués de Fitzpatrick y del duque de Torrent; cualquier ambición de grandeza que pudiera haber albergado fue saciada años atrás.

—¿Y qué clase de ambiciones le obsesionan ahora? —balbuceó, todavía impresionada.

—La de besarla, y, como todas las anteriores, la voy a cumplir ahora mismo.

Al tomar la boca de Sarah no solo sació sus apetencias, sino que se atiborró, se hartó, se colmó de ellas; la había cazado con la guardia baja, los labios entreabiertos a media exclamación, tesitura ideal para que él la enloqueciera introduciendo una lengua que era como miel líquida y como el último trago de coñac a la vez.

Sarah jadeó dentro del beso. Lucien interpretó el sonido como una invitación a tomarla por la cintura presionando con los dedos la baja espalda. Pensó que la punzada que le atravesó el bajo vientre era una manifestación de un nuevo cólico menstrual, que todavía la atosigaban en el momento más insospechado, pero aquella amenaza sensual no demoró en transformarse en una miríada de pequeños escalofríos que sanaban más de lo que torturaban.

Se abandonó a su escena de novela rodeándolo por los hombros y hundiendo los dedos en su cabellera negra, tan sedosa como se apreciaba a primera vista. Eran también sedosos los besos de una boca que había sacrificado la crueldad de las palabras que enunciaba para otorgar las caricias más deliciosas.

Sarah se sobresaltó cuando él presionó las manos contra la caída de la falda, tratando de prensarla hacia dentro para llegar a la carne tierna. No osó cuestionar su buen hacer, atrapada en una espiral de deseo, y se puso de puntillas para seguir bebiendo de unos labios que todavía no habían acabado con ella.

Siempre había creído que los besos eran uno de los regalos de Dios para sus criaturas, y aunque había tenido la oportunidad de confirmarlo, ninguno se le había antojado tan memorable. Ahora no solo se reafirmaba en la condición mágica del encuentro entre un hombre y una mujer, sino que se disculpaba porque ni su imaginación ni su experiencia le hubiesen hecho justicia.

Emitió un sonido de clara protesta cuando él rompió el contacto. Atolondrada en el eje y atolondrada en todas partes, observó que el duque no reprimía una sonrisa perversa al verla en semejante estado.

—Supongo que ahora tendré que besar a la señorita Tandy para ver quién de las dos gana —le dijo con la voz afectada por el fragor del beso; una voz débil pero ronca que apeló a una fibra oculta en su bajo vientre, poniéndola a arder.

Tanto se perdió en ese erótico laberinto de palabras susurradas que le costó descifrar el mensaje, pero, cuando lo hizo, se indignó.

—¡No tendrá la sangre fría! —le acusó, agarrándolo por el pañuelo de cuello.

El duque la miró desde su vertiginosa estatura con un fuego oscuro refulgiendo en la mirada.

—De hecho, la tengo ardiendo. Confío en que no le importará pasar calor el resto de su vida.

Capítulo 4



—¿No le parece precioso el paisaje nevado, excelencia?

Lucien gruñó a modo de respuesta, todavía con la esperanza de que sus expresiones no verbales disuadieran a Sarah de mantener un diálogo.

Aquel no había sido el primer intento de conversación del viaje; ni siquiera el más absurdo. Su excelencia y la señorita Reeves se habían despedido de Arlington Abbey un par de horas atrás para iniciar su vida matrimonial en Henshawe House y, desde entonces, la futura duquesa había demostrado un compromiso con la tarea de incordiarle que habría sido admirable si no le hubiese exasperado más allá de lo humanamente soportable.

—¿Cuál es su color preferido? —retomó al cabo del minuto y medio que dejaba correr entre pregunta y pregunta para evitar la semejanza con un interrogatorio.

Sin éxito, cabía añadir, porque había abocado a Lucien a reproducir la cuenta atrás para sus adentros con la vena del cuello a punto de explotar.

—¿Por qué? —le replicó al fin con aspereza.

Sarah se echó a reír, de veras divertida. El sonido cazó con la guardia baja a un hombre que había estado convencido de que su silencio, fácil de interpretar como una desconsideración, acabaría agotando su buen humor.

La señorita Reeves había sido creada a prueba de descortesías de cualquier género.

Debería haberlo sabido antes de invitarla a su carruaje.

O a su vida.

—¿A qué se debe la suspicacia, excelencia? No es como si a raíz de la respuesta a una duda inocente pudiera hallar el modo de destruirle.

—Solo me pregunto qué espera averiguar sobre mí basándose en una insustancialidad.

Sarah parpadeó como si le hubiera hablado en arameo. La brisa del aleteo de sus pestañas curvas le habría acariciado la cara si el interrogatorio no lo hubiera ido acorralando en el rincón del landó, donde creyó que podría estar a salvo de su curiosidad.

—No espero averiguar gran cosa, excelencia. Tan solo pretendo alternar con usted durante un viaje que se prevé largo. Ya sabe; para amenizarnos el trayecto y, con una chispa de suerte, ir conociéndonos en profundidad.

—Me gusta el verde —atajó en un tono más hosco de lo que merecía tal trivialidad.

—¡El verde! ¡Excelente elección! —aplaudió con una brillante sonrisa—. Asumo entonces que prefiere la primavera al invierno, que le gusta lo llamativo, lo vibrante; que en realidad tiene usted una maravillosa vida interior.

—Qué tontería —murmuró Lucien, más pasmado por el modo en que su mente funcionaba de lo que pretendía despreciarla.

La contempló con incredulidad a través de la ventanilla, ahí donde el reflejo del cristal había

grabado un vago retrato de su perfil de nariz insolente. Se preguntó, preocupado, si no habría escogido como futura esposa a una discapacitada intelectual. No entendía esa curiosidad infantil, y que le costara percibir la tensión del ambiente y actuar en consecuencia cerrando el pico no auguraba una perspicacia de otro mundo.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Sarah se desahogó con un hondo suspiro. Tenía las manos apoyadas en el regazo del vestido de viaje, una prenda modesta con un estampado alegre pero inapropiado para las mujeres de cierta edad. Combinaba, no obstante, con la luz aniñada de su rostro; una luz inalterable, ajena a las turbulencias y los ánimos sombríos del exterior.

—¿Por qué ha decidido casarse si desprecia la compañía, excelencia?

Si Lucien no hubiera superado ya en la tierna juventud las emociones primarias, se habría avergonzado de exasperar a la señorita Reeves. Le maravilló que no tomara su comportamiento como un ataque personal, una tendencia protagonista muy propia de mujeres que le repelía.

—Porque la reina de Inglaterra me lo ha ordenado. Un duque de Su Majestad ha de portar el estandarte de la tradición tanto en público como en privado. —Al observar que Sarah se enderezaba en señal de protesta, se vio obligado a hacer la aclaración pertinente—: Es usted una mujer madura, señorita Reeves. Con esto quiero decir que se le puede o se le debería atribuir una visión racional del mundo y, por ende, del matrimonio. No habrá pensado en ningún momento, pues, que mi pedida de mano escondía la ingenua ilusión de volver a amar..., ¿verdad?

—Por supuesto que no, pero ¿qué daño le habría hecho albergar esperanzas de que llegara a suceder en lugar de darlo por perdido de entrada? —No le permitió contestar a tamaña estupidez—. Lo que yo me pregunto es qué opinará Su Majestad de su elección de esposa, porque poca ideología conservadora veo yo en desposar a una maestra de costura de Canterbury.

—No creo que la parte de Canterbury vaya a ofenderla; más le habría molestado que hubiera venido usted de la Côte d’Azur con la consecuente nacionalidad francesa, como era el caso de la señorita Tandy.

—¡No desvíe el tema!

—Sospecho que tendrá la audacia de disgustarse por la significativa diferencia entre las alcurnias de mi tercera y mi cuarta esposa, pero mala suya por no especificar. Ella me pidió una mujer, y una mujer es lo que va a tener —zanjó con desdén.

—¡La va a tener usted, no ella! —se quejó—. ¿O acaso pretende entregarme a la Corte en sacrificio? ¡Le convendría comportarse conforme a sus responsabilidades matrimoniales!

—Que sospecho que consisten en amenizarle el viaje prestándome a una cháchara infame.

—¡Por ejemplo! —confirmó sin ápice de vergüenza. Aquella se le antojó una forma inteligente de desmontar su sarcasmo: sin entrar al trapo y con una sinceridad que subrayaba inconscientemente la bajeza de recurrir a la ironía, le daba la razón—. ¿Tan costoso le resultaría complacerme en algo tan sencillo?

—Me resulta costoso complacer todo aquello que derive en mi fastidio —atajó—. Y ya que se ha proclamado interesada en mis preferencias, sepa usted que me gusta disfrutar del silencio mientras viajo.

—Y a mí no me gusta que mi compañía me ignore o airee cuánto le exaspera mi conversación. Sus preferencias no son más importantes que las mías, excelencia.

Su contraataque le hizo mirarla directamente con una ceja enarcada.

—Ha expuesto usted un ejemplo de oxímoron perfecto, señorita Reeves. Dice que mis preferencias no son más importantes y después utiliza el tratamiento de un duque real.

—Si no me equivoco, mañana yo también seré una duquesa, y entonces mi importancia rivalizará con la del duque real —repitió con retintín—. Confío en que para entonces me profese el merecido respeto.

Lucien esbozó una sonrisa cáustica al verla girarse hacia el paisaje con toda la intención de devolverle el desaire. Había logrado lo que quería, que se entretuviera por su cuenta, y, sin embargo, ahora no quería renunciar al placer de buscarle las cosquillas.

—Ya sabía yo que se cansaría si la dejaba hablando sola durante el tiempo suficiente. Así fue como mi primera esposa aprendió a moderar su curiosidad en mi presencia.

Sarah apartó la vista de la ventanilla para dirigirle una mirada neutral, carente de esa vivacidad que le había atraído como la miel a las moscas. Un vértigo inesperado se apoderó de Lucien, que no tardó en revisar su provocación para preguntarse si habría excedido un límite.

—Señor Frannel —dijo en voz alta y firme—, si no detiene el carruaje ahora mismo, saldré por la puerta mientras continúa la marcha.

Por norma, el cochero no debía obedecer órdenes distintas de las de su empleador, pero con una amenaza de tal índole convenía ser precavido.

Lucien separó los labios, no para pronunciar palabra, sino como expresión de asombro. Para su pasmo cada vez mayor, vio la decisión con la que Sarah abrió la portezuela y bajó orgullosamente envuelta en su dignidad y en la de todas sus antepasadas.

—¡Señorita Reeves! —exclamó, y de inmediato se llevó una mano a la garganta, extrañado por el sonido de su voz al levantar el tono.

No recordaba la última vez que gritó. El servicio de Henshawe House había sido entrenado para no cometer un solo desliz que mereciera reprimenda, y de castigar las trastadas de su único hijo ya se habían encargado institutrices y niñeras. Para cuando le tocó a él hacerse cargo de la educación de Sean, el niño era lo bastante avisado para entender que el veneno que de verdad podía matar se escondía tras una mirada fría y una palabra bien dicha, nunca en un tono alzado. No habían perdido los papeles discutiendo jamás.

—¿Sí, excelencia? —preguntó desde abajo con un aire inocente.

—Vuelva a subir al carruaje. Ahora mismo.

—No acepto órdenes, pero sí me presto a negociaciones. Va a tener que dignarse a resolver mis dudas, por insustanciales que sean, y corresponder mis iniciativas conversacionales con la mayor de las cordialidades si no desea que le abandone aquí y ahora.

Diciendo que lo dejó de una pieza se habría quedado corto.

—¿Me está amenazando, señorita Reeves?

—No osaría. Solo le recuerdo que no es usted mi única esperanza en la vida.

—¿Y qué haría si efectivamente me abandonara? ¿Regresar a pie a Arlington Abbey?

—Le sorprendería lo lejos que la tenacidad puede llevar a una mujer, excelencia.

Lo cierto era que no; a un perro viejo como Lucien no le sorprendería un ápice que la tenacidad condujera a la señorita Reeves al fin del mundo si además la insuflara el aliento de la indignación femenina.

Se la quedó mirando desde el carruaje, ofendido porque una mujer que apenas levantaba unos palmos del suelo tuviera el atrevimiento de desafiarle.

Pero no era la única emoción que se debatía dentro de él.

Aunque desde su postura de superioridad física la señorita Reeves parecía aún más menuda, la perspectiva de su barbilla alzada con determinación había agrandado unos ojos en los que habitaban un amor propio invencible además de la indomabilidad de la juventud, que ya debería haber perdido y que sin embargo había sobrevivido a las decepciones.

Era un milagro.

—Es usted consciente de que no la requiero para nada y de que podría conseguir una novia para mañana mismo antes de que cayera la tarde, ¿verdad? —la atacó con frío desdén.

Sarah pestañeó extrañada, como si su apreciación estuviera por completo fuera de lugar.

—No creerá usted que el sentimiento no es mutuo, ¿no? ¿Para qué me hace usted falta a mí, excelencia? Ni siquiera para apañarme una agradable de conversación —se contestó—, por lo que, según lo veo yo, es usted quien está en inferioridad de condiciones.

No necesitó modular la voz hacia el desprecio para que Lucien se diera por reprendido.

Sarah solo había expuesto un hecho.

Nada salvo la imperturbable felicidad de los espíritus nacidos para brillar podía iluminar un rostro como brillaba el suyo. Esto le llevó a abrazar la certeza de que nada podría hacer él en el mundo para arruinarle la ilusión a aquella mujer, que, por razones absolutamente peregrinas, puesto que era cierto que no le necesitaba ni había necesitado a nadie para construir una vida apacible de la que sentirse orgullosa, había accedido a desposarlo.

Eso era sin duda una novedad.

Lucien se había rodeado siempre de amantes que habían proclamado a los cuatro vientos que se morirían de pena si les retiraba su protección y su sustento; de esposas fieles y dedicadas que, si alguna vez hubiera repudiado, habrían sido condenadas al ostracismo y hasta a la *damnatio memoriae*. Incluso su hijo, un hombre ya adulto y con un empleo noble que en teoría no debería depender de su generosidad, no había logrado desprenderse aún definitivamente de los lazos que le unían a su padre. Sean podía vivir de un modo holgado gracias a la asignación anual que negociaron en su día.

Volvió a mirar a Sarah, ahora con justos recelos, y vio en ella a la primera persona que no podía controlar porque no estaba ni estaría nunca a su alcance.

Una emoción desconocida se apoderó de él, formándole un nudo en la garganta.

¿Miedo, tal vez? ¿A qué? ¿A no ser el rey del mundo? La muerte y el olvido le habían enseñado y más tarde recordado que no lo era, que nunca lo había sido. El miedo provenía, en realidad, de estar ante la única mujer cuyo respeto habría de ganarse acumulando méritos personales, porque Dios sabía que su linaje y su bolsa no bastarían para postrarla de rodillas.

Pero si no era aireando el valor de sus propiedades, ¿con qué iba a convencerla?

Lucien nunca había sabido qué hacer con los espíritus románticos. Desentrañarlos y no se dijera ya conmoverlos le parecía una ciencia secreta sobre la que carecía de conocimientos.

—Si no me requiere para nada —se oyó plantear, contrariado—, ¿por qué ha accedido a casarse conmigo, entonces? Y no involucre a la señorita Tandy. Sabe que habría dado mi brazo a torcer si hubiera seguido insistiendo con tal de no seguir escuchándola.

—Porque siento una arrebatadora atracción por usted y sé que a mi edad no volverá a presentárseme la oportunidad de explorarla —reconoció ella con una humildad que podría haberle sacado los colores a un hombre dispuesto a enternecerse. A Sarah le faltó encogerse de hombros para restarle importancia a un comentario que, en según qué esferas sociales, habría sido de una indecencia intolerable—. Pero no piense ni por un momento que puede usted servirse de estas pasiones para manipularme o autorizarse menosprecios. Lo que ha despertado en mí no es tan poderoso como sólido es mi amor propio, y ni de lejos lo bastante valioso como para yo consentir abnegadamente sus atropellos. Estoy aquí porque he decidido, como uno decide qué ponerse, que la mencionada atracción sea importante. Igual que le he dado esa prioridad con la esperanza de granjearme un futuro feliz, se la retiraré si su trato no me satisface.

Lucien forzó una sonrisa descreída que la pusiera en su lugar.

Fue lo único que se le ocurrió para disimular que no lo tenía acorralado.

—No sea necia, señorita Reeves. Puede que aún esté usted en posición de anular el compromiso, pero cuando mañana seamos proclamados marido y mujer, de poco le servirán las amenazas.

No supo cómo defenderse de la inocente estupefacción de Sarah, que le desproveyó en tan solo un momento de su impiedad.

—¿Interpreta como una amenaza que le exija la mínima reciprocidad? Me estoy limitando a establecer las bases no ya de nuestro acuerdo matrimonial particular, sino de la vida conyugal en general, que debería usted conocer dada su experiencia en el terreno. Trátame como merezco y yo seré una buena esposa. Sea grosero o desconsiderado y se quedará con las manos vacías. Recuerde que, mientras la escuela de señoritas de lady Mabry esté en pie, yo siempre tendré donde volver.

—Entonces yo siempre tendré donde ir a buscarla —contraatacó en tono intimidatorio.

—¿Se permitiría el escándalo de salir en pos de una esposa fugada? Ha logrado mantener una reputación sin tacha, excelencia. ¿La arrojaría por la borda solo para demostrarme que es usted más poderoso que yo?

Lucien abrió la boca para espetarle que así era, pero, gracias al cielo, la racionalidad se interpuso en el arranque infantil.

Por supuesto que un hombre cabal cuya capacidad resolutive era admirada a lo ancho del reino no cometería la insensatez de perseguir a una maestra de costura.

La miró a los ojos, él aún bajo el umbral del carruaje, ella erguida como una torre vigía en el borde del sendero, protegida del frío, del viento y de la rabia ducal gracias a la gruesa protección de su confianza en sí misma.

—Está claro que la he subestimado, señorita Reeves.

—Y yo sospecho que le he sobreestimado a usted, porque si hubiera sabido que me toparía en

el carruaje con un pasmarote con humor cáustico, me habría quedado con mis lecciones de costura.

Lucien le tendió la mano para invitarla a subir de nuevo al landó.

—Pregunte lo que desee saber —claudicó con un suspiro en la punta de la lengua—, pero hágalo aquí arriba, por Dios se lo pido. Entra un frío por esa puerta que podría congelar el infierno.

Sarah esbozó una sonrisa tan descarada en su regocijo triunfal que Lucien, en lugar de ofenderse, estuvo al borde de la risa.

Durante el resto del trayecto, en el que fue debidamente acribillado por preguntas propias de un niño de cinco años, navegó las aguas de la perplejidad porque una mujer le hubiera vencido en su propio juego.

Capítulo 5



Lucien dejó de organizar veladas multitudinarias cuando falleció su primera esposa. Al principio cerró las puertas de Henshawe House para vivir el duelo con dignidad, como establecía la tradición, pero cuando se cumplió el encierro de rigor que el luto imponía, descubrió que no había echado de menos las orquestas y las exhibiciones de joyas.

Así pues, no volvió a recibir en sus dominios a nadie que no pretendiera trabajar allí u ostentar el título de duquesa.

Tal vez por eso había olvidado la impresión que podía causar cruzar las puertas de la mansión por vez primera. Lucien habría despachado gustosamente al ama de llaves y al mayordomo con un escueto cabeceo y se habría dirigido acto seguido al salón para elevarse con una lectura hasta bien entrada la noche. Pero la señorita Reeves le obligó a detenerse en el recibidor que tan visto tenía, porque no tuvo suficiente con un vistazo; quiso recrearse en la contemplación de la casa dando vueltas sobre sí misma la cabeza descolgada hacia atrás y la boca abierta, atrapada en un vals sin música ni pareja.

Su entusiasmo invitó a Lucien a examinar sus alrededores con cierto recelo, temiendo que, en su ausencia, alguien hubiera modificado la distribución del mobiliario o realizado un cambio estructural. Y si bien nadie había hecho absolutamente nada, pues el hall se hallaba tal y como lo dejó, se le antojó un lugar distinto al observarlo a través de los ojos de Sarah.

Los techos artesonados, que no podrían alcanzar con los dedos ni con la ayuda de una de las escaleras de la biblioteca; las exquisitas obras de arte enmarcadas en cuadros con relieves dorados; la elegancia de las alfombras Aubusson, con sus intrincados dibujos geométricos; las columnas de mármol, los candelabros macizos con siglos de antigüedad...

La voz del ama de llaves interrumpió el curioso reencuentro entre Lucien y su casa.

—¿Señorita Tandy?

Sarah apartó la vista del mueble de madera noble del recibidor, donde el descanso de una cajita lacada de inspiración china había llamado su atención. Se dirigió a ella con esa prisa innata con la que lo hacía todo, como si llevara toda la vida esperando ver de nuevo a su interlocutor.

Tenía una forma de interactuar que hacía sentir halagados a los demás.

—¡Oh, no, no! Ha habido un pequeño cambio de planes —se explicó con una sonrisa contrita. Plantó una mano sobre su pecho—. Soy la señorita Reeves. Puede llamarme Sarah. Supongo que usted es el ama de llaves de este maravilloso palacio. ¡La felicito por su encomiable trabajo! ¡Debe de ser terriblemente extenuante mantener un lugar como este en inmejorables condiciones!

La señora Tomlinson tardó en reaccionar al entusiasmo de la futura lady Maybourne, desacostumbrada a los halagos no solo viniendo de su amo, sino de las duquesas que la habían precedido.

Lucien nunca se había interesado por la relación que mantuvieran las dos mujeres más importantes de la casa. A fin de evitarse la molestia de mediar en trifulcas femeninas, que tan engorrosas se le antojaban, en su día sentenció con firmeza que duquesa y ama de llaves eran lo bastante sensatas para resolver por cuenta propia las que fueran sus diferencias.

No obstante, sí recordaba que Elizabeth nunca le había reconocido a la señora Tomlinson una sola virtud. Claro que era muy probable que la señora Tomlinson, una mujer de mediana edad lenguaraz y más y más imprudente con el paso de los años, se lo hubiera buscado.

—Treinta años llevo comandando el barco, señorita Reeves —declaró con orgullo—. Le agradezco su reconocimiento y me enorgullezco de conocerla por fin. Haré llamar a un lacayo para que se encargue de subir el equipaje a la que será su habitación personal.

—¡Una habitación personal! Jamás he tenido una. Siempre la he compartido o con mis compañeras de la escuela o con mis hermanas. ¡Cierto que supondrá toda una experiencia! ¡Espero no sentirme sola! —comentó en voz alta. Lucien observó con incredulidad que Sarah se dirigía al ama de llaves con una cercanía que habría incomodado a un introvertido y la tomaba de las manos—. Señora Tomlinson, ¿podría usted indicarme a quién le puedo pedir que me prepare un baño? Estoy muerta de frío y me gustaría asearme después del viaje.

—Señora Tomlinson —interrumpió Lucien con gravedad—, encárguese de prepararle la bañera a la dama. Y si la futura lady Maybourne repitiera el gesto de doblarse ante usted con algo de la familia de la simpatía o incluso el afecto, como ha hecho ahora mismo, espero que demuestre la obligada prudencia apartándola con educación y atendiéndola desde el plano de inferioridad que le corresponde. Puede retirarse.

Ahí donde el ama de llaves asintió en señal de obediencia, Sarah giró la cabeza hacia él con los ojos como platos. No era necesario conocerla desde hacía años para saber que detrás de su semblante empezaba a cocerse la indignación que la volvía insolente y que, por desgracia, también la proveía de unos argumentos morales intachables.

Si había pensado que cediendo en el carruaje se había librado de los rapapolvos de la señorita Reeves, no sabía cuán equivocado había estado.

Nada más se despidió de la señora Tomlinson con una deslumbrante sonrisa, Sarah lo enfrentó. Fue hipnotizador asistir a la disolución del gesto para abrir paso a una expresión ominosa.

—¿Cree que esa es la forma de dirigirse al servicio? —le espetó con los brazos en jarras.

—¿Disculpe?

—No es a mí a quien debería pedir perdón, excelencia, sino a la señora Tomlinson. Tres décadas trabajando para usted, ¿y no se molesta en darle siquiera las buenas tardes antes de ofenderla con su bochornoso clasismo?

«Bochornoso clasismo».

Eso era nuevo.

—Señorita Reeves, le aseguro que en esos treinta años le he deseado tantas veces los buenos días que podría darse por aplacada el resto de su existencia...

—¡Las buenas jornadas deben desearse cada vez que sale el sol, igual que se han de pedir disculpas cada vez que se ofende al otro! ¡No es como el nombre, que se dice una sola vez!

—... Y por supuesto que no le he preguntado de qué humor se ha levantado —continuó, ignorando su demostración de las fórmulas de cortesía, que él tenía asimiladas—. Solo faltaría; es una criada.

—¡Es una persona! —le reclamó, ofendida.

—¿Y solo porque es una persona debe preocuparme su estado de ánimo? Le puedo prometer que mi indiferencia es correspondida. A la señora Tomlinson le importa tan poco lo que sea de mí como a mí lo que la vida haga con ella.

Por alguna razón, no estaba consiguiendo aplacar a Sarah, cuya indignación aumentaba por momentos.

—¿Y le extraña? ¿Su comportamiento no tiene perdón de Dios!

—Ni perdón de la señorita Reeves, por lo que veo —masculló, irritado—. He permitido que me aleccione sobre los vínculos matrimoniales porque le incumbe defender su felicidad, pero no voy a consentir que se meta en asuntos que no le conciernen, y menos para hacerme reproches.

—¿Cómo no me va a concernir que la señora Tomlinson se sienta incómoda en Henshawe House? Apuesto a que en el futuro trataré con ella más de lo que lidiaré con usted. A poder ser, me gustaría no andar continuamente tras sus faldas, cayéndoseme la cara de vergüenza, para disculparme en el nombre de un hombre bien crecido.

Lucien lanzó una mirada de auxilio a los techos del recibidor.

—Nadie le ha pedido que haga tal cosa.

—¡Pero lo acabaré haciendo porque me educaron en valores y no tolero una injusticia! Por Dios santo, ¿ni siquiera en Navidad trata de mostrarse más gentil?

—¿Qué sucede en Navidad que debiera convertirme en un hombre que no soy?

Sarah jadeó con incredulidad.

—No cree en el amor, no cree en la Navidad... —se exasperó—. ¿A qué se aferra para seguir viviendo, si se puede saber?

—A la ingenua esperanza de que cierre usted el pico. Me ha amargado la tarde y ni ha cruzado el pasillo.

—Descuide, excelencia, que no tendrá que verme por lo que queda de día. —Giró en redondo antes de darle la opción de responder y se encaminó a la escalinata principal. Ya con la mano apoyada en la barandilla, le lanzó una mirada perdonavidas por encima del hombro—. Estaré en mi alcoba, a donde pediré que me suban la cena y, de ser necesario, también el desayuno de mañana.

—Ni siquiera sabe dónde está dicha alcoba —le señaló él.

—¡Pero la encontraré! —le espetó.

—Hay más de cincuenta habitaciones en el piso superior.

—¡Pues dormiré en alguna de ellas si no localizara la mía!

—¿Sabe? No parecía usted tan insoportable cuando la conocí.

—¡Le dijo la olla al cazo!

Y desapareció dando zapatazos.

—Es «la sartén al cazo». Le dijo la sartén al cazo —suspiró Lucien por lo bajini.

Se masajeó el entrecejo con los ojos cerrados, esperando obrar el mismo resultado que cuando se frotaba la lámpara de Aladino. Si no iba a personarse un genio con un saco para cargar en peso

a la señorita Reeves y apartarla de su vista, quería que al menos el raciocinio nublado por tanta majadería le susurrara la solución al problema.

Al menos, concentrarse en la postura le ayudó a mermar la crispación.

No supo cuánto tiempo pasó allí parado, solo que no fue el suficiente como para justificar un cambio de opinión tan radical. Era un hombre de ideas fijas, y aquella mujer había logrado lo inimaginable: avergonzarlo de que su despotismo hiciese miserable al servicio de la casa.

Estaría mintiendo si dijera que no había estado a punto de agachar la cabeza, acobardado, y que no había admirado en secreto la simpatía natural con la que Sarah se había llevado de calle el respeto del ama de llaves.

Al abrir los ojos, reparó en que no había estado solo en ningún momento. El mayordomo había permanecido fiel en su puesto, de pie junto a la entrada con los brazos entrelazados a la espalda.

Lucien le lanzó una mirada al principio recelosa, enojado en contra de todo raciocinio porque el criado hubiese atestiguado la discusión y su incapacidad para erigirse vencedor.

Se resignó a suavizar la expresión.

A probar, incluso, una mueca neutra.

Estuvo tentado de preguntarle si creía que la señorita Reeves tenía razón, pero eso habría sido el colmo.

Un duque no se rebajaba a solicitar las insignificantes opiniones de un trabajador.

No obstante, se negó a dejarlo ahí e inspiró ruidosamente para atraer su atención.

—Gracias por cuidar de Henshawe House en mi ausencia, señor Orson.

El asombro del criado al recibir tan modesto reconocimiento confirmó que Sarah había hecho sus proclamas con la boca llena de verdad. Le molestó más tener que darle la razón, aunque fuese en la distancia y para sus adentros, que comprender hasta qué punto dejaba que desear como amo.

Fue a pedirle a Orson que le comunicara al ama de llaves cuánto se arrepentía de haberla ofendido con su mordacidad y su indolencia, no solo esa mañana sino los últimos treinta años, pero él mismo se indignaría recibiendo una disculpa como burda compensación por tres décadas de desdén.

Además, un duque no se doblaba ante nadie.

Alguien debía de haberlo puesto por escrito en alguna parte.

Pensó que los hechos hablaban más que las palabras y decidió que su actitud de ahí en adelante sería la que trasladaría su arrepentimiento.

Capítulo 6



Era cierto que Sarah no había tratado con numerosos hombres a lo largo de su vida. Con duques, mucho menos. Pero era de la quizá ingenua escuela de que no debía establecerse una diferenciación abismal entre géneros para estudiar su idiosincrasia. Opinaba que todo el mundo quería ser feliz, todo el mundo quería que le respetaran y, más que nada, que le amasen.

Por eso había pasado la noche entera despierta, convencida de que, con tal de sentirse mejor consigo mismo, Lucien llamaría a su puerta para anunciar que se disculparía con el ama de llaves.

Eso no había sucedido. Mucho antes se había personado allí una jovencita llamada Joy que aseguraba haber traído consigo todo lo necesario para convertirla en la novia más bella.

—No estoy convencida de que vaya a celebrarse esa boda, Joy —reconoció Sarah, compungida.

—Pero... pero... —balbuceó con ansiedad—. Señorita Reeves, el vicario ya ha llegado a Henshawe House para officiar la ceremonia en la capilla. Ahora mismo está tomándose un refrigerio con su excelencia.

Sarah ni se inmutó al conocer aquella información. Al final sabía que cumpliría con el que ahora era su deber. Una mujer no podía comprometerse con un hombre para luego plantarlo en el altar, fuera un duque o fuera un humilde labriego; nadie encajaba con deportividad una humillación de tamaño calibre y no sería ella la que arruinara una reputación. Pero necesitaba exteriorizar sus dudas con el dramatismo pertinente. Si se quedaba sin desahogar una sola preocupación, tarde o temprano esta volvería para atacarla con más fuerza.

Se enderezó para mirar a la doncella desde el borde de la cama con una sonrisa benigna.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí, Joy? —inquirió en tono maternal—. ¿Su excelencia te trata como es debido?

—Sí, señorita Reeves. Desde que la señora Tomlinson me contrató hace ya dos meses, he disfrutado de comodidades con las que nunca me habría atrevido a soñar. Es cierto que encuentro al duque ciertamente... intimidante —reconoció con un hilo de voz—, pero gracias a él podré visitar a mi familia durante las fiestas. ¡Ayer nos sorprendió a todos con un aguinaldo y tres días más de vacaciones! ¡Justo los días que necesitaba para que el viaje hasta Essex, donde reside mi padre, me mereciera la pena!

Sarah ignoró el estallido de ilusión que irrumpió en sus adentros en aras de seguir tanteando, reacia a concederle la gracia de su respeto tan fácilmente.

Le estaba costando digerir el desprecio que había presenciado la tarde anterior.

—Conque un aguinaldo. ¿Sabes si tenía este gesto antes de que te unieras al servicio?

—Creo que no, señorita Reeves, porque todo el mundo se sorprendió cuando extendió los sobres en persona. ¡Bajó a las cocinas a tal efecto! ¡Le juro que no le miento! Nunca lo había visto de cerca, ¿sabe? —continuó sin esforzarse en disimular su fascinación—. Ya de lejos, algo me decía que debía agachar la cabeza en su presencia, pero me asombró cuán amedrentador

puede llegar a parecer en una corta distancia e incluso cuando nos sorprende con una dádiva. ¡Quien se quedó de piedra fue la señora Tomlinson, que, por lo visto, recibió un generoso extra!

—No me digas —farfulló, molesta por el orgullo que denotaba el comportamiento del duque.

¿Por qué demonios no había acudido a informarla de que se había disculpado a través de un bonito gesto? Oyó la réplica en su cabeza, enunciada con su voz grave: «Porque un duque de Su Majestad no requiere de la aprobación de nadie».

—¡Tendría que haber visto su reacción! ¡Por poco se desmayó al consultar el contenido de su sobre!

—Supongo que su excelencia no te ha mandado para que me transmitas las grandes obras de caridad que ha decidido acometer.

—Jamás he intercambiado una palabra con el duque, señorita Reeves. Ha sido la señora Tomlinson la que me ha escogido entre todas las doncellas creyendo que le gustaría a usted gozar de una compañía parlanchina para equilibrar la soledad en la que se encerró la tarde anterior... ¿He hablado demasiado? —Se mordió el labio—. No me malinterprete, se lo ruego. No osaría censurar su deseo de aislamiento. Yo también disfruto de mis breves retiros, aquí donde me ve.

Sarah le sonrió a la graciosa muchacha. Su aspecto acompañaba la jovialidad con la que se expresaba. Era una pelirroja empedernida con una piel tan blanca que podría transparentarle los huesos y una desordenada colección de pecas extendida hasta los lugares más insospechados, como los lóbulos de las orejas y el borde de las clavículas.

—¿De dónde has salido tú, cariño? De Essex, eso sí lo sé, pero ¿a qué se dedica tu padre? ¿Por qué trabajas como doncella y no has buscado un marido que te llene de dichas?

Lejos de ofenderse con su indagación, la muchacha se mostró encantada de poder hablar de sí misma.

—Mi padre obtiene unas ganancias muy dignas trabajando el metal, pero era la suma de su beneficio y el de la dedicación de mi madre como lavandera lo que nos permitía vivir. Cuando falleció, no me quedó otro remedio que abandonar mis lecciones y buscarme las habichuelas por otro lado.

—¿Lecciones, dices?

—Acudía a las clases clandestinas de un joven maestro que se había empeinado en enseñar materias de hombres a las muchachas del pueblo. —Una sonrisa nostálgica curvó sus labios y llenó de lágrimas sus ojos—. Adoraba al señor Garrett. Creo que él también se marchó de Essex. En cualquier caso, con mi madre se fue la posibilidad de desposar a un hombre rico.

—¡Qué espanto! —murmuró Sarah—. Sabes que fui maestra de costura en Arlington Abbey, ¿verdad? Allí, en la escuela de señoritas de lady Mabry, se estableció hace años y de forma excepcional la posibilidad de audicionar para optar a una beca. Si fueras elegida por el actual propietario de la institución tras la criba anual, los gastos de tu educación serían sufragados siempre y cuando logaras casarte con un hombre rico antes de un periodo determinado.

—Parece la clase de trato que se hace con el diablo, señorita Reeves —meditó ella. Había esbozado una sonrisa divertida, pero su mirada encerraba una interesante madurez—. ¿Todas las jóvenes becadas han cumplido su propósito?

—Excepto una, así es —confesó, recordando con afecto a la pequeña, rebelde y romántica

Daisy. No logró casarse con un caballero adinerado, pero sí con el que ella amaba. En opinión de Sarah, había sido una victoria—. Podría ponerte en contacto con la escuela, si lo desearas. Aún eres muy joven... ¿Qué edad tienes?

—He cumplido dieciocho este verano, señorita Reeves. Le agradezco el ofrecimiento, pero he de trabajar para mandar dinero a mi padre y a mis hermanos pequeños. Incluso becada estaría haciéndoles un muy flaco favor. Lo que sí podría hacer usted por mí, y no dude que me haría inmensamente feliz, es permitirme que la preparase para la boda —insinuó con un guiño cómplice.

Sarah se mordió el labio.

—¿Te importaría venir dentro de media hora para tal propósito? Es mi deseo hacerme de rogar en la capilla para darle al duque unos minutos más de cortesía. Estoy segura de que aún los necesita para meditar sobre su comportamiento.

Joy batió las pestañas en señal de desconcierto, pero no contrarió los deseos de la futura duquesa y se despidió con una venia que en realidad no vendría a cuento hasta que la boda se efectuara.

Sarah esperó a que sus pasos se hubieran perdido pasillo abajo para volver a meterse bajo las sábanas, ya frías pese a haber estado casi un día entero calentándolas con su testarudez.

¡Qué orgulloso era! ¡Qué canalla en algunas ocasiones! En lo primero podía asemejarse a su adorado señor Darcy, pero el héroe de su novela, si bien podía pecar de escoger las peores palabras, las fáciles de malinterpretar, nunca había caído en la ignominia para a posteriori justificarse con su condición ducal, como si por ello debiera perdonárselo todo.

Claro que el señor Darcy no ostentaba el título de duque. Quizá hubiera sido el doble de insufrible en las primeras páginas si la monarquía le hubiese concedido tal honor.

Estaba hecha un ovillo bajo la colcha y una manta extra cuando unos golpes de nudillo hicieron sonar la puerta. Supuso que se trataría de Joy, porque en ningún mundo se dignaría el duque de Maybourne a mostrarse comprensivo con una novia reacia. Y, sin embargo, Sarah reconoció la solemnidad de sus pasos cansados pese a que la gruesa alfombra amortiguara la caída de un meteorito.

Lo sintió acucillarse a un lado de la cama, a espaldas de adonde ella miraba, y posar una mano gentil sobre las sábanas, lo bastante cerca del cuerpo femenino como para que Sarah comenzara a notar un cosquilleo anhelante recorriéndole la curva de la cadera.

—Me parece una señal de mal augurio que antes incluso de casarnos se vaya usted a dormir enojada —dijo en el tono de voz que le había conocido, aquel grave y ecuaníme con el que lo imaginaba claramente votando a favor o en contra de las leyes en la Cámara de Lores—. Se lo consentí anoche porque no deseaba arriesgarme a contrariarla por tercera vez en el día, pero no me gustaría que sucediera de nuevo y ni mucho menos convertirlo en una costumbre.

—Pues no me haga enfadar —masculló Sarah, todavía de espaldas a él a pesar de que su sola proximidad parecía emitir cálidas ondas para atraerla en su dirección.

—Prometiéndole algo así estaría metiéndome en camisa de once varas, y si usted me hiciera un juramento idéntico, sería más de lo mismo. Todo apunta a que no va a ser usted mansa como un corderito.

—Si eso le supone un problema, está a tiempo de mandarme de vuelta a Canterbury.

—Me supondrá problemas, sí... —meditó, pensativo—, pero opino que ya he sido en extremo afortunado teniendo tres esposas obedientes. Era cuestión de tiempo que la justicia divina hiciera lo propio enviándome algo diferente. Algo más difícil con lo que trabajar.

El sosiego del duque calmó la tensión de Sarah, que no pudo sino sonreír aprovechando que él no podía verla.

Aceptó su propuesta matrimonial no solo porque había prometido hacer lo imposible para librar a Quitterie de un futuro indeseado, sino porque en el hecho de que su excelencia diera el brazo a torcer aquella noche había visto la cualidad que más irresistible encontraba en un hombre: potencial. Potencial para revisar sus conductas viciadas y mejorarse. Potencial para aprender lo que parecía que ninguna de sus mujeres había logrado enseñarle, seguramente no por falta de interés o intentos, sino por la escasa disposición de Lucien.

Sarah supo que no se había equivocado cuando, al ponerlo entre la espada y la pared bajando del carruaje, él se dignó a desdecirse y pasar el resto del viaje respondiendo preguntas que encontraba aberrantes, es decir; contravinendo sus propios deseos con tal de aplacarla.

Apostaba por que el duque pensaba que era duro de mollera y demasiado viejo para cambiar sus costumbres, para siquiera sentir remordimientos, pero cuánto se equivocaba.

Aún era maleable.

Aún podía ser feliz.

—Sé que está sonriendo, señorita Reeves —dijo él.

Sarah borró la sonrisa de sus labios de inmediato.

—¡Eso no es así! —se defendió, y tuvo que girarse hacia su excelencia para que viera su ceño fruncido con sus propios ojos. Toda determinación por insistir en su enojo se esfumó al comprobar que era el duque quien lucía una expresión benévola. No le quedó otro remedio que suspirar, harta de que el encanto de aquel hombre imposible la convenciera de ceder en todos los casos—. No pretendo iniciar una guerra, ¿sabe? No se trata de que se haga mi voluntad, de que me obedezca a pies juntillas, sino de que ambos nos mostremos dispuestos a negociar. Me sorprende tener que explicarle a un hombre que se ha casado tres veces en qué consiste un matrimonio.

—Y a mí me sorprende que una mujer que se ha estado dedicando a enseñar valores atractivos para los hombres a sus jóvenes alumnas crea que el matrimonio está equilibrado. No he tenido una sola esposa que no haya jurado obedecerme sin rechistar, y no porque poseyera un carácter abnegado, sino porque así figura en la lista de responsabilidades de los votos nupciales de la novia.

—Yo no pienso obedecerle. No si no estoy conforme con sus decisiones.

Lucien inspiró hondo por la nariz. Por un momento, Sarah pensó que había colmado su paciencia y que la sacaría a rastras de aquella gloriosa cama para echarla con cajas destempladas. Pero la serenidad no había abandonado aún su expresión, haciéndole parecer más joven ahora que esa permanente contrariedad suya no forzaba las discretas arrugas de la edad.

Clavó en ella su mirada azul, y así la distrajo de percatarse de que alargaba la mano para retirarle un mechón oscuro de la cara.

—Me parece justo —la sorprendió diciendo—, siempre y cuando a usted no le importe que yo le replique y la escarmiente cuando exceda los límites tolerables.

—¿Cuándo he excedido yo tales límites?

—Cada vez que ha respirado, doña contestona.

Sarah arrugó la nariz en señal de desacuerdo. El duque no llegó a reírse con aquella graciosa niñería, pero tuvo que apelar a la sensibilidad que debía de haber enterrado en alguna parte, porque se inclinó hacia delante y la besó en los labios.

En vez de castigar la libertad tomada, la señorita Reeves le echó los brazos al cuello y sostuvo ese beso presionando la boca entreabierta contra la suya, en la que descubrió un interesante rastro de brandy.

Le encantó el hallazgo.

Emitió un ronroneo con la garganta antes de concederle la entrada a la cálida lengua de Lucien, que la arropó con el pausado erotismo que no sabía que había estado esperando desde la primera vez que la tocó.

—Al menos estamos de acuerdo en un aspecto —oyó que decía él con voz grave. Aún tenía los labios pegados a la comisura de su boca, por la que Sarah dejó escapar un jadeo anhelante—. Tal vez la solución de nuestras diferencias pase por besarnos cada vez que la discusión se nos vaya de las manos.

—No me gusta que me interrumpan cuando hablo, excelencia.

—En ese caso la besaré cuando haga una pausa para tomar aliento.

—Descarado... —musitó ella.

Lucien se separó lo justo para empezar a devolverle el agravio con una mirada chispeante.

—Insolente.

Acto seguido, se puso en pie y se dirigió a la salida con paso lánguido, como si esperara que Sarah lo detuviera y lo invitase a meterse bajo las sábanas con ella. Ganas no le faltaron; el deseo no hacía sino susurrarle ideas escandalosas al oído, harto de permanecer callado y estancado en aquel recodo secreto del vientre.

Pero si era casi en el sexo donde latía la lujuria, ¿por qué también se le aceleraba el pulso? ¿Por qué su corazón, unos palmos por encima, parecía tener tanto que decir?

—La veré en la boda —le dijo Lucien desde la puerta. Era entonces una sombra de chaqueta, pantalón y cabello negros; de rostro también sombrío salvo por el foco de luz de un par de ojos ilusionados por la noche que estaba al caer.

Se estaba casando.

Se estaba casando con el duque de Maybourne.

Ahí estaba él, erguido a su lado como una de las columnas monumentales que sostenían la inmensidad de su palacio y elegantemente vestido para la ocasión. Tenía las manos entrelazadas

a la espalda en una postura que bien podría haber adoptado para pasear pensativo por sus dominios. Su mirada impávida apuntaba con convicción hacia el vicario, que se esforzaba por leer las escrituras con su mejor entonación para impresionarle, un deseo legítimo cimentado sobre buenas intenciones pero fracasado ya de entrada.

A fin de cuentas, su excelencia era un hombre impasible.

Sarah podría haberse sentido minúscula a su lado. Era una mujer de treinta y cinco años nacida en una humilde familia de más miembros de los que el rédito de una botica podía alimentar. Venía de Coggeshall, un pueblecito de Essex que luchaba con tenacidad para que sus cosechas salieran adelante con el éxito justo para traer al mundo cada año una nueva generación de labriegos. Aunque nadie la tildó nunca de incasable y hubo hombres que la miraron con deseo, jamás la habían considerado especialmente bonita; por cada vez que su padre le halagaba la dulzura de los ojos, su madre masculaba imprecaciones porque los vestidos se le hubieran vuelto a quedar pequeños. Habría quien pensara que lo único que una persona de su condición podía hacer al lado de un duque de Su Majestad era servir de contexto para un chiste desternillante.

Y, aun así, Sarah estaba en paz. Lucien la había elegido personalmente y había proclamado su deseo sin ningún género de duda, sin ápice de vergüenza. Él todavía no podía saber hasta qué punto había escogido a la mejor de las opciones casaderas, puesto que no conocía el alcance de su determinación como la propia Sarah, quien todavía se impresionaba a sí misma de todo aquello de lo que era capaz. Miraba al futuro con optimismo, convencida de que lo que podría aportar a aquel matrimonio, a aquella casa, a aquel caballero a ratos infame y siempre triste era mucho y en extremo valioso.

—Por el poder divino que me ha sido otorgado, yo les declaro marido y mujer.

Lucien la enfrentó con la gravedad con la que lo hacía todo, imprimiéndole queriendo o sin darse cuenta un matiz solemne hasta a las cuestiones más baladíes. Esto no terminaba de impresionar a Sarah, sin embargo, que, con su carácter fundamentalmente romántico, opinaba que todo —en especial lo emocional— era lo bastante importante como para tratarlo con una cierta ceremoniosidad.

Le sonrió y sostuvo sus manos elegantes, de dedos largos y finos, y se puso de puntillas para recibir el casto beso que él posó en sus labios para dejarla anhelando más. No le pasó desapercibido que la rigidez con la que Lucien se había acostumbrado a convivir, una suerte de sombra amenazante pesando sobre sus hombros, se aligeraba de forma significativa al adentrarse de nuevo en el matrimonio. Sarah se preguntó si se debía a que se alegraba de haber cumplido con el deber impuesto por la reina o a que le había estado preocupando que ella pudiera huir en cualquier momento.

Sonrió para su coleteo, divertida de pensar que pudiese tratarse de la segunda opción; que se hubiese tomado en serio sus rapapolvos y aplicado las críticas. Si así fuera, habría quedado claro que nunca estaba de más recordarle a un hombre que no era infalible ni perfecto, sobre todo a uno que se creía blindado por su abolengo para deshacer a su antojo.

—Espero que no se haya puesto el mismo traje negro que para llorar a sus esposas —le dijo para aligerar la densidad del ambiente solemne.

—Es el mismo, pero porque me parecía procedente. Es aquí, en este altar, donde mi ego muere mediante sacrificio matrimonial, ¿no es así?

Con una sonrisa exuberante, Sarah se agarró al codo que él le había ofrecido galantemente.
—Yo no lo habría dicho mejor.

Capítulo 7



Sarah acarició, indecisa, el modesto algodón de su único camisón. Joy la ayudaba diligentemente y con una sonrisa beatífica a ponerse su batín. Lo había traído consigo de la escuela, decidida a no pedirle limosna a su ya marido para vestirse acorde a lo que se esperaba de una duquesa.

Ahora se arrepentía de no haberle exigido una suma razonable para un salto de cama.

El conjunto no mejoraba por más capas que le ponía.

O el espejo la había tomado con ella, o sus prendas dejaban mucho que desear.

Nunca hasta ese momento había tenido que planteárselo.

—¿Cómo voy a presentarme ante su excelencia con esto? —musitó, preocupada—. Ciertamente no tienen tan mal aspecto como deberían considerando que llevo usando lo mismo desde hace diez años y me dedico a coser, pero... Apuesto a que sus primeras esposas aparecieron engalanadas con sedas y rociadas de perfume parisino.

Joy se rio con ternura.

—Si algo he aprendido de los hombres desde que salí al mundo, es que poco les importa lo que una lleve puesto; solo que les alegren el día quitándoselo. En la noche de bodas no va a tener usted escapatoria, así que el margen de error es nulo, milady.

—Milady —repitió Sarah con el corazón encogido—. Y ni siquiera ha sonado burlón.

Joy se escandalizó.

—Dios santo, ¿por qué iba a sonar burlón?

—¡No pretendo cuestionar la solemnidad del ducado! ¡Solo faltaría! —se justificó de inmediato—. Es porque... porque... Temía que el servicio de Henshawe House me despreciara porque yo, una humilde maestra de pueblo, me hubiese atrevido aspirar al mayor de los honores después de la posesión de un reino: el título de duquesa.

Joy la apaciguó con una de sus magníficas sonrisas. Le puso las manos salpicadas de pecas sobre los hombros y se los masajeó despacio hasta suavizar la tensión.

—Tonterías, milady. Es decir... —reconoció al cabo de un rato—. Sus temores son comprensibles. Vivimos en un mundo aquejado de un clasismo truculento. Pero piense que, bajo un desaire hacia la nueva duquesa, subyacería un desprecio al criterio de su excelencia, y eso es un atrevimiento que ningún sirviente se permitiría.

—Supongo que tienes razón.

Sarah desvió la mirada a la puerta que conectaba su dormitorio con el de Lucien.

Una punzada de angustia se sumó al sudor de las manos y la presión del vientre. Esto último llevaba media hora susurrándole al oído que sería sabio solicitar una palangana por si acaso devolvía la cena del día anterior. Había acertado al no probar bocado durante el banquete de aquella noche, al que por suerte habían convidado al vicario. No habría soportado quedarse a solas con el duque cuando la consumación era inminente.

Se preguntaba si Lucien habría incluido al hombre de Dios en la lista de invitados precisamente para que ella se fuera relajando. No había surtido efecto, eso saltaba a la vista, pero, en el caso de haber tenido la buena intención, le estaría muy agradecida.

—Todo saldrá bien —le dijo Joy antes de empujarla con suavidad hacia la puerta.

Sarah compartió su nerviosismo con la doncella lanzándole una mirada indecisa por encima del hombro. No tardaría en recordar que era Sarah Reeves, y que, como muy bien había señalado Joy, el duque de Maybourne la había escogido a ella por una razón; una razón que precisamente se fundaba en la poderosa atracción que se disponían a liquidar.

Estaría mintiendo si dijera que no esperaba el encuentro con las mismas ansias.

Más incluso, porque la curiosidad vencía por mucho al miedo de no complacerlo.

Sarah cuadró los hombros y tocó con los nudillos a la puerta antes de pasar con rapidez, como si temiera ser vista. Se tomó su tiempo cerrándola de nuevo y girándose, sudando la gota gorda de pensar que Lucien pudiera abalanzarse sobre ella o, basándose en que era una mujer extrovertida y a veces desahogada, tratarla de entrada como si eso fuera un sinónimo de experiencia amorosa.

Nadie se abalanzó sobre Sarah.

Por suerte.

O por desgracia.

El duque la estaba esperando tendido boca arriba en la cama todavía pulcramente hecha. A excepción de un par de almohadones que había dispuesto en la posición pertinente para tumbarse con el mayor confort, la colcha y los cojines permanecían en su sitio, al igual que la mayoría de las prendas del novio. Lucien había colocado con cuidado su chaqueta a las espaldas de la descalzadora y se había desanudado el pañuelo que le apretaba en el cuello.

También los zapatos habían sido expulsados de la escena.

Con las manos cruzadas en la nuca, el rígido duque parecía un colmo de informalidad.

Vio que tenía la intención de incorporarse cuando ella se paró en el centro de la estancia. Aferrada al nudo del batín como una virgen mojigata, Sarah se hizo con la palabra antes de que él se adelantara sonrojándola con alguna de sus osadías.

—Antes de que me desnude —advirtió con el dedo índice apuntando al techo—, ha de saber algo sobre mí.

Lucien no se inmutó salvo por un discreto alzamiento de las cejas, que en una postura tan sugerente como la que reproducía entre almohadones parecía más una invitación a acompañarlo, un «a qué esperas, querida», que un «cuéntame más».

—Qué intriga —oyó que decía para sí mismo.

—Es algo serio, excelencia.

—Mientras no me digas que nuestro matrimonio no es válido porque ya estás casada, creo que podré soportar cualquier cosa.

—Conste que no se lo transmitiría si no fuera porque no escapa a mi conocimiento lo posesivos que son los hombres en lo que al amor respecta. Yo... —Inspiró hondo en tanto que se preparaba para confesar en voz alta lo que durante tantos años le había pesado—. No soy pura,

excelencia. Jamás he desaprovechado una oportunidad de besar a un hombre que me haya resultado atractivo, y cierto es que tengo la habilidad de ver la belleza en todas las criaturas de Dios, lo que siempre me ha ampliado el rango de elección. Nunca he pasado a mayores, como podrá figurarse, porque nunca perdí la esperanza de que un día el sagrado matrimonio llamara a mi puerta y deseaba llegar a mi noche de bodas pudiendo entregar el mismo regalo que todas las novias de a pie. Aun así, yo... Sepa que otros hombres me han acariciado, y no sin el pertinente consentimiento. Espero que no me juzgue y me encuentre deseable aun después de oír mi testimonio.

Sarah sentía que le había tendido una trampa al duque de manera inconsciente, pues había una sola respuesta correcta a su apertura en canal. Si un hombre que había pasado por la vicaría en tres ocasiones y habría albergado en su dormitorio a un centenar de amantes entretanto se atrevía a mirarla por encima del hombro por buscar el amor en unos labios, no dudaría en dar media vuelta y desaparecer, y poco le importaría lo que el servicio opinara sobre la frustrada noche de bodas de los duques de Maybourne.

Pero él, como siempre adepto de la reflexión, se tomó el tiempo para cavilar sobre las aventuras de su esposa sin negarle la mirada ni por un segundo. Sarah creyó atisbar un centelleo impotente en aquellos vibrantes ojos índigo; una emoción surgida de la posesividad.

—¿Amabas a esos hombres? —fue cuanto quiso saber.

—No —admitió, mortificada—, pero creo que podría haberlos querido si ellos no me lo hubieran puesto tan difícil desplegando una actitud... irresponsable después de gozar de los placeres físicos, el que en el fondo era su único objetivo. Digamos que en gran medida me prestaba a estas intimidades porque esperaba ser amada, el que en mi opinión es el más legítimo de los propósitos.

Lucien alzó levemente la barbilla para seguir estudiándola a través de la única rendija que permitía apreciar el color de sus ojos.

—¿Esperaba ser amada por cualquiera? Estoy seguro de que usted sabe mejor que nadie lo valiosa que es como para malgastar sus afectos con un puñado de enfermos de lascivia.

—Nunca he creído en eso de llamar «cualquiera» a una persona o a un grupo de ellas, ni por razones económicas ni por razones morales. Todos los seres humanos poseen, por el simple hecho de ser criaturas de Dios, un alma única e irrepetible. Fui capaz de ver potencial, dignidad y belleza en cada uno de los hombres que miraron en mi dirección.

—Si miraron en su dirección, desde luego se les han de reconocer ciertas virtudes, como la inteligencia y el buen gusto —convino a regañadientes—. Puedo concederle, pues, que algunas criaturas de Dios no se cayeron de un guindo. No obstante, eso no les hace ni les hizo merecedores del cariño de una buena mujer. Para ameritar una gloria semejante hay que hacer algo más que nacer, y eso me lo hizo ver usted misma durante el día de ayer, cuando me exigió que correspondiera sus esfuerzos y sentimientos.

—Eso no se lo voy a negar —reconoció tras emitir un suspiro—. Excelencia, aunque no fui afortunada en mi empeño de ser elegida por alguno de aquellos hombres, no me arrepiento de haber regalado mis caricias. He aprendido a verle el encanto al camino, a lo que sentí en esos momentos puntuales, más que al resultado. Opino que es lo inteligente, lo que consagra nuestra supervivencia; siempre nos conduciremos por el sendero mas no siempre alcanzaremos la meta. —Se obligó a bajar los hombros para disimular que seguía en tensión—. Espero haberle

convencido para que disculpe mi libertinaje.

Lucien se incorporó muy despacio hasta quedar sentado en el centro de la cama. Aunque el colchón era dos veces aquel en el que había dormido los últimos diez años enseñando, el duque no parecía pequeño en comparación y ni mucho menos ridículo. En Henshawe House, un lugar con más equivalencias con un palacio que con una mansión solariega, todo había sido construido a la medida de Lucien; la de un hombre que era más grande por su solemnidad y su abolengo que por su estatura, que, no obstante, también fue intimidante cuando se levantó para hablarle a un palmo de la cara.

—Yo no tengo absolutamente nada que perdonarle, lady Maybourne.

Sarah se estremeció al oír por primera vez su nuevo título. Como si quisiera sentir en sus carnes la inquietud virginal, Lucien alargó una mano hacia su cuello y lo rodeó para presionar con delicadeza el punto central de su garganta. Ella se entregó a la extraña caricia con los ojos cerrados, y fue dándole el gusto de conducir la dirección de su cabeza echándola hacia atrás, ahí adonde indicaba el tentador ascenso de la yema del pulgar hacia la barbilla. No se quedó allí, sino que bordeó el relieve de la conclusión de su mentón para separarle los labios.

Abrió los ojos para no perderse su expresión concentrada. Más que tocando a una mujer, parecía que estuviese decidiendo dónde dar la pincelada que elevaría su cuadro a la categoría de obra maestra.

—¿Me va a doler? —musitó Sarah, sin osar mover una pestaña.

—Puede ser. Intentaré que no. —Se le escapó una sonrisa ladeada, carente del cariz cáustico al que ella se había acostumbrado. Le pareció que luchaba por esconder su incredulidad, algo que el duque también entendía como un defecto—. Jamás pensé que volvería a pasar por esto. Soy demasiado viejo, y a las mujeres debe desvirgarlas un hombre joven y apasionado.

—¿Para qué? ¿Para que ahuyente a la pobre muchacha con la combinación de inexperiencia y exceso de entusiasmo que acostumbra a desembocar en un dolor evitable? No. —Sarah rodeó la ancha muñeca, en la que empezaba a aflorar el vello oscuro que suponía que le cubría todo el cuerpo—. Yo le prefiero a usted.

El duque permitió que vislumbrara en el brillo de sus ojos la sonrisa honesta que habría iluminado su rostro si la hubiera dejado germinar. Todavía no se había recuperado del modo en que él había reaccionado al halago, casi como si no lo hubiesen escogido, priorizado o alabado jamás, cuando recibió su agradecimiento en forma de beso.

Sarah había estado esperándolo tanto tiempo que sintió que la impresión de ver sus sueños cumplidos la haría desmayarse. Se apoyó, dudosa, sobre los hombros firmes que sostenían a la responsable de su testarudez, esa cabeza dura de mollera y poblada de maravillas por el momento inaccesibles. Él inclinó la cabeza en el ángulo perfecto para ahondar definitivamente en un contacto electrizante y prometedor. Sarah no tardaría en adquirir la confianza necesaria para arrugar la camisa en los puños y corresponder el empuje de su lengua con fervor desesperado.

Lucien trataba de mantener un ritmo pausado, pero ella no podía soportarlo y se apretó contra su cuerpo con impaciencia.

—Pero mujer —murmuró él—. No vamos a disfrutar ni cinco minutos si insistes en devorarme.

—Lo siento.

—No te disculpes. —Otorgó una caricia anhelante a su rostro que la sumió en un estado de irrealidad. La risa bailaba en unos ojos que ya no eran de hielo, o que no lo serían por mucho tiempo—. Puedo figurarme que ha sido muy duro para ti esperar más de treinta años para recibir las caricias que mereces. Pero por eso mismo no puedo precipitarme.

Lucien la dejó con la palabra en la boca escondiéndose a su espalda para quitarle la bata. Tuvo que rodearla por la cintura para tirar del nudo, y luego acompañar la sinuosa caída de la tela por sus hombros, casi como si fueran sus manos y no la gravedad las que, por obra de un conjuro, se deshacían de la prenda. Sarah respiraba con dificultad, demasiado consciente de la presencia masculina que todo lo abarcaba a una distancia peligrosa.

No tuvo tiempo para asimilar la inminencia de su desnudez. Al cabo de unos segundos, él le había sacado por la cabeza el camisón.

La impresión la paralizó al sentir la caricia del aire en la piel desnuda.

—Oiga —protestó con la voz estrangulada—, que aquí no me desnudo yo sola... ¡Ay!

El duque había respondido a su reproche cargándola en brazos para depositarla en la cama con una devoción religiosa. El rubor estalló en sus mejillas al recibir la mirada directa de un hombre que sabía con exactitud lo que quería hacerle y que se disponía a ello. Instintivamente se cubrió los pechos y recogió las piernas, intimidada por ese conocimiento amoroso que irradiaban sus ojos y que no hacía sino subrayar su ignorancia.

—Así que la dama es tímida —comentó él con sorna—. Si crees que voy a forcejear contigo para que te tumbes como un crucificado, estás muy equivocada.

—¿En el dormitorio no pelea tanto como fuera, excelencia?

—Yo siempre peleo en la medida en que mi contrincante se lo ha buscado. Ahora mismo estás tan desarmada que podría matarte con una palabra malintencionada.

—¿Y qué palabra sería esa? —musitó ella, cada vez más nerviosa.

—No puedo saberlo. Mirarte solo me inspira sentimientos hermosos.

—Me... me... menos mal.

Se libró de la intensa mirada de Lucien durante el instante que tardó en deshacerse de la camisa y arrojarla sobre la alfombra.

Sarah nunca había visto el torso desnudo de un hombre. Se suponía que carecía de los relieves de uno femenino, pero el duque se enorgullecía de lucir una zona pectoral desarrollada, solo que dura como el mármol. Dos atractivas hendiduras enmarcaban su ombligo, un ombligo encajado en un vientre plano tan solo decorado por una discreta hilera de vello negro que iba a morir a...

Le costó tragar saliva.

—Esto es un hombre —comprendió, perpleja.

—Es la mitad de un hombre —le corrigió él, y procedió a deshacerse de los ajustados pantalones para presentarse en todo su esplendor masculino—. Esta es la otra parte. ¿Cuál le gusta más, lady Maybourne?

Sarah ahogó una carcajada cubriéndose la boca con la mano, feliz de descubrir que su marido tenía un lado juguetón y no se avergonzaba de sacarlo a relucir en la intimidad. Por un lado lamentó que no lo exhibiese ante todo el mundo, de manera que amigos y enemigos pudieran

confirmar que ostentar un ducado y sacar a bailar al sentido del humor no era incompatible. Pero por otro se regocijó porque solo ella hubiera sido bendecida con el contacto del lado más amable, más tierno; el lado que cedía.

En un movimiento impredecible, guiado por nada más que la corazonada de que deseaba sentirlo cerca, Sarah abrió sus brazos. Sorprendió a Lucien con la silenciosa invitación, sorpresa que se bebió a sorbos como el mejor de los vinos. No demoraría en sobreponerse y concederle su petición cubriéndola con su cuerpo entero. La dureza vertical que había observado entre sus muslos se hizo notar contra su pubis y su bajo vientre, una sensación novedosa y prometedora que Sarah decidió investigar moviéndose despacio.

Apoyado sobre los codos, dispuestos a un lado y al otro de su cabeza, Lucien la miró con la ceja enarcada.

—¿Qué buscas?

Ella se mordió el labio.

—No lo sé.

—¿Esto? —inquirió él en tono sugerente.

Guió una mano hacia abajo. Al no apartar la vista de Sarah, fue testigo de cómo se le entreabrían los labios al sentir una sedosa caricia en su zona íntima. Fue sin duda atrevida, pero más aún inesperada: nunca habría dicho que el contacto podría ser húmedo y ardiente a la vez, y sobre todo tan gentil.

—Oh... —Rodeó el omoplató del duque con una mano y presionó por instinto—. Es... es... agradable.

Se le cerraron los ojos cuando Lucien empezó a mover las caderas de manera hipnotizadora, su miembro duro resbalando de un modo descarado entre los pliegues femeninos. Ejercía más presión en la corona de su sexo, contra aquel frunce sensible que mandaba un estremecimiento seductor a los rincones sensibles de su cuerpo.

Sarah no podría volver a mirarlo enseguida: Lucien se sirvió sus labios en un beso tan lento y sensual como la actitud de su cuerpo, que hacía culebrear con un dominio y una precisión que habría admirado si no la estuviese catapultando al mayor de los placeres, un lugar al que la razón no alcanzaba a llegar. Respondió a sus besos con la delicadeza que él marcaba, replicando su ritmo, persiguiendo la sensación de que se derretía de cintura para abajo y se endurecía a la altura del corazón, ahí donde apretaba un nudo de pasión.

Mentiría si dijera que no había penado creyendo que jamás se casaría. Había tratado de engañarse a sí misma y a sus compañeras proclamando que su dedicación de maestra la llenaba y que nunca habría espacio en su alma para otra ambición que ser un ejemplo para sus alumnas. Pero un alma romántica como la suya no habría soportado morir sin conocer el amor o el deseo que estaba experimentando en los brazos de su ahora marido.

Su marido.

¡Y qué marido! Era exasperante y a la vez arrebatador.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de emoción por la vida que se extendía ante sí. Había aprendido rápido y por las malas que convivir con un hombre, o, mejor dicho, llegar a un acuerdo con un duque, exigía una paciencia ilimitada y una fortaleza de carácter, rasgos que, por

fortuna, poseía, pero que con una persona tan obstinada y orgullosa se verían en serios aprietos. Y, aun así, también había descubierto que no iba a ser una marioneta en sus manos. Tenía poder sobre aquel matrimonio para dar el brazo del duque a torcer, para luchar con éxito por sus principios.

Aquello era lo que en el fondo siempre había deseado.

Sarah se descubrió gimiendo contra la boca de Lucien, que por exigencias del deseo se había tornado dominante. Los besos eran ahora, pues, combates a muerte que la tenían tiritando bajo el peso masculino. Su pecho ejercía una presión bienvenida contra la que Sarah se frotaba desinhibida. Atrajo así la atención de Lucien, que le concedió una tregua a los torturados labios para atosigar con su deliciosa dedicación unos pechos que, hasta ese día, hasta ese preciso momento, la habían tenido preguntándose para qué servían si no era para ocupar espacio y pesarle en la espalda.

Servían para que un hombre ronroneara de puro gusto paladeándolos a conciencia, comprendió. Servían para que, en esa dulce posición, una mujer se sintiera poderosa.

Por más curiosidad que sintiera por observar lo que estaba ocurriendo allí abajo, Sarah cerró los ojos y se imaginó cómo delineaba con la punta de la lengua el pezón erecto, cómo mordisqueaba, jugueteó, la base tierna, sin ignorar al otro seno, que recibía las merecidas carantoñas con la mano libre. Y entre sus piernas seguía sucediendo lo impronunciable, lo que no tenía precio; esa fricción ardorosa que empezaba a provocarle pequeños espasmos.

—Voy a hacerte mía —le dijo él con la barbilla apoyada en el valle de sus senos—. Ahora.

—¿A... amén?

Lucien enterró el rostro en el hueco de su cuello, así como una carcajada alterada por el sofoco. Sarah no se había repuesto del efecto de su risa cuando una presión por largo tiempo esperada irrumpió en su entrepierna. Él se incorporó acto seguido, erguido a las puertas de su entrada, y la sostuvo cuidadosamente por la corva de las rodillas para finalizar la penetración.

No hubo dolor ni nada que se le asemejara. Notó sus carnes abrirse para facilitar la intrusión, notó el estado líquido y resbaloso de su sexo y el inexorable avance de otro cuerpo hacia los confines del suyo, y ni una sola de las sensaciones que esto le produjo fue desagradable en lo más remoto.

Sarah se entregó a él con plena confianza, tan relajada como se lo permitía la rigidez generalizada de sentirse a punto de explotar. Lo miró a través de las pestañas, incapaz de abrir los ojos mucho más. Como si no hubiera tenido suficiente, como si conspirara para destruirla, el deseo la atravesó como un rayo; era una deidad quien se erigía entre sus piernas con la seguridad de haber dominado todas las artes. Su cuerpo resplandecía a la luz de las lamparillas como el oro viejo; su piel ardía pero no podía apagar aun así la cobertura de sudor que lo cubría como un sudario y que parecía más bien el aceite del que se untaban los guerreros.

«¿Viejo? Y un cuerno», bramó para sus adentros, y para rebelarse contra toda inseguridad que se les pudiera plantear a alguno de los dos, se aferró con fuerza a sus hombros, a sus brazos, a su cintura; hizo los malabarismos necesarios para tocar aquel cuerpo macizo que le pertenecía por completo y que había empezado a poseerla de verdad. Poseerla de la cabeza a los pies y de fuera hacia dentro, porque Sarah no fue Sarah, o no fue exactamente Sarah, cuando Lucien empezó a penetrarla a un ritmo imparable. Tampoco deseaba que parara. Lo que quiera que se hubiese adueñado de ella la estaba elevando, la estaba convirtiendo en lo que siempre había deseado ser,

una mujer bella, atrevida, sensual. Una mujer amada y deseada por un hombre. Una mujer que no tenía miedo, que confiaba, que creía en Dios y en la magia.

—Date la vuelta —gruñó él. Su voz no la sacó de la ensoñación. En todo caso la atravesó como el mandato divino surcaba los cielos. Sarah esperó a que Lucien se hubiera retirado de su cuerpo para retorcerse despacio en la postura que él dirigió con una mano firme—. Así es... Aquí sí eres obediente, ¿eh?

Sarah ni siquiera pensó en replicar. Se apoyó sobre los codos y miró por encima de su hombro con los ojos vidriosos para ver cómo Lucien la manipulaba sin dificultad, levantándole las caderas de la cama lo suficiente para insertarse de nuevo. No apartó las palmas de la estrecha cintura, sosteniéndola y a la vez empujándola, acariciándola con los pulgares al tiempo que hundía los otros cuatro dedos en sus carnes tiernas. La postura habría sido vergonzosa si ella no hubiese estado borracha de pasión, enferma de ganas. La embistió mil y una veces por las mil y una noches que Sarah no había sabido lo que se podía hacer en una cama, lo que podía augurar la llegada de la luna. No temió exteriorizar cuánto le estaba gustando conocer, entender: su pecho rugió cuando quiso rugir y de su garganta brotaron sollozos suplicantes cuando necesitó que él aumentara el ritmo hasta acabar con su resistencia.

Se habría desplomado hacia delante si no hubiera tenido ya la cara aplastada contra la cama. El orgasmo arrasó con ella surgiendo como un estallido de fuego en el bajo vientre y propagándose por sus terminaciones como la única dolencia que nadie en su sano juicio querría sanar.

Sarah jadeó, presa de una histeria incomprensible, desprovista de sí misma, poseída ya del todo. Sus sonidos quedaron reducidos a un ronroneo complacido con la conclusión de la última penetración; sintió con una claridad sonrojante el esperma que Lucien vació en su interior antes de inclinarse, también sin respiración, para besarla entre las escápulas.

—Santo Dios —musitó Sarah, aferrada a la sábana bajera para controlar los espasmos. El peso monumental del cuerpo masculino y del suyo propio, más torpe y a la vez liviano que nunca, le impidieron abrir los ojos. Pero no la cohibió a la hora de suplicar—: ¿Cree que podríamos hacerlo otra vez?

Capítulo 8



—¡Arriba!

La voz entusiasta de Sarah atravesó los plácidos sueños que habían alejado a Lucien de la realidad. Una realidad que no era desapacible en lo absoluto, pero le habría gustado demorarse en regresar para recuperar la energía que la noche anterior le habían drenado hasta dejarlo seco. Y, desde luego, habría preferido que lo despertaran con persuasivas caricias en el cuello... o con su mujer sentada a horcajadas sobre el miembro erecto, no apartando de un enérgico tirón las cortinas del dormitorio.

Por tradición inercial e insistencia del clima inglés, el día había amanecido nublado, pero una luz cegadora se filtró aun así, cayendo sobre sus ojos sensibles como un hachazo.

—Haz el favor de cerrar eso —se oyó gruñir, apretando los párpados con obstinación. Se dio la vuelta igual que un niño berrinchudo y se cubrió hasta la cintura con las sábanas. Entonces reparó en que había caído en brazos de Morfeo sin vestirse antes, y la contrariedad le hizo abrir los ojos de golpe.

¿Ahora dormía desnudo?

¿Qué clase de salvajada era esa?

No le pareció una atrocidad tal, sin embargo, deducir que Sarah se encontraría en idéntica situación de vulnerabilidad. Se giró despacio, disimulando su interés lujurioso frotándose un ojo con los nudillos. Su gozo en un pozo cuando descubrió a la duquesa vestida de la cabeza a los pies y con los brazos en jarras.

—¿A qué está esperando, excelencia? ¡Mañana es Navidad! ¡Hay mucho trabajo que hacer!

Tuvo que esperar a que su mirada legañosa se habituara a la iluminación para precisar los detalles del atuendo de Sarah, que muy convenientemente se había situado entre la ventana y él. El contraluz la hacía parecer la opaca silueta de un demonio que venía a cobrarse una ofensa.

Solo que aquel era un demonio minúsculo.

E inofensivo.

Lucien frunció el ceño al reparar con extrañeza en su vestimenta.

—¿Por qué lleva usted el abrigo en interiores?

—Porque vengo de fuera y ahora voy a volver a salir, claro.

—¿A dónde pretende dirigirse con el frío siberiano que entra por esa ventana?

—A las casas de sus trabajadores, excelencia. ¡Soy la duquesa de Maybourne! ¡Tengo que conocer en persona a todas las buenas gentes que labran estas tierras y garantizar que disfrutan de unas Navidades mágicas!

Lucien se desperezó a una velocidad vertiginosa al oír su afirmación. No estar aún lo bastante espabilado para razonar le hizo imaginar que garantizaría el disfrute de las mágicas fiestas como había garantizado su disfrute en la mágica noche anterior. Solo Dios supo por qué acudió a su cabeza una imagen de Sarah cabalgando desaforada a su administrador.

—De ninguna manera —rugió antes de racionalizar la pesadilla.

—¿Disculpe? ¿Qué problema le supone a usted que yo me interese por el bienestar de sus asalariados? Considerando el trato que le dispensa a la señora Tomlinson, que literalmente vive bajo su techo, no sería descabellado asumir que a sus mozos de cuerdas, a sus labriegos y a las esposas de los mismos ni les ha dirigido la palabra. He de ponerle remedio inmediato.

Lucien abrió la boca para responder, pero asumió de antemano y con deportividad que no estaba en condiciones de discutir con dignidad. En su lugar se volvió a derrumbar sobre el colchón y cerró los ojos apenas la cabeza tocó la almohada.

Esperaba que Sarah le tirara del brazo para sacarlo de la cama, dada su asombrosa obstinación. No obstante, la criatura se apiadó de él y tomó asiento en el borde para posar una mano fresca y perfumada sobre su mejilla, que aún ardía.

Lucien abrió un ojo para mirarla con sospecha.

Todos sus celos murieron al contemplar su expresión candorosa.

—Venga conmigo —le pidió con dulzura—. No le hará mal a su reputación que sus jornaleros empiecen a quererle por su dadivosidad.

Lucien contuvo a tiempo un suspiro que ella interpretaría como una claudicación. Tomó la mano que Sarah había descansado sobre su rostro y la guió hacia los labios para besarla en los huecos de entre los dedos.

Le lanzó una mirada de reproche.

—¿Es estrictamente necesario que te perfumes para que más de una decena de hombres te besen el guante?

—Me gusta oler bien.

Esta vez sí suspiró.

A él también le gustaba que oliera bien. Tanto le gustaba que no se resistió y, aprovechando que no lo creería capaz de tal cosa, amodorrado como estaba, la rodeó por la cintura y la placó contra la cama.

—¡Excelencia! —rezongó ella, y estaba culebreando para levantarse cuando él la atrapó en un abrazo, espalda femenina contra pecho desnudo, y apoyó la barbilla sobre su hombro—. Oh, Dios...

Lucien estaba demasiado aturdido por el sueño y los tórridos recuerdos de la noche anterior como para pararse a analizar su comportamiento. Pero si se hubiera visto a sí mismo conducirse igual que un marido celoso y posesivo, se habría despreciado de tal manera que habría tenido que pasar el resto del día ignorándola para equilibrar la balanza.

Sarah se las arregló para girar entre sus brazos hasta quedar enfrentados. Creyó que tendría que lidiar con uno de esos argumentos morales que defendía como si le fuera la vida en ello, pero solo lo estaba mirando con un rastro de ternura. Lucien quiso apartarse tan pronto como descifró el fondo de aquel gesto amoroso, inquieto de pronto; Sarah lo desarmó con un beso en los labios.

—¿Tan difícil habría sido despertarnos así? —se quejó él, aplacado con su dulce aliento—. ¿Es mucho pedir que seas una persona normal?

—Soy una persona normal —se defendió—. Lo que tal vez nunca sea es una duquesa normal,

pero, si no le malinterpreté, ya ha tenido unas cuantas de esas y no le desagrada probar algo distinto.

—Lo que sí que me agradaría probar sería algo similar a lo que me diste ayer... —insinuó, deslizando una mano con intenciones lascivas por el largo de su brazo, enfundado en una chaqueta demasiado gruesa para sentir siquiera el contacto.

—¡Los pecados pertenecen a la noche! —replicó con firmeza, y se deshizo de Lucien con una facilidad que le dejó desconsolado. Dios sabía que a él le había resultado tarea imposible quitarle las manos de encima—. ¡Hoy tengo asuntos que atender!

—¿Cómo puede demostrar semejante vitalidad después de la noche que me ha hecho pasar?

—¿Que yo le hice pasar? —jadeó, escandalizada. Rodeó la cama ducal con paso brioso para dirigirse a la salida—. Dos no bailan si uno no quiere, excelencia, y el que me estuvo dando la vuelta como una tostada en la sartén, viviendo su segunda juventud, fue usted.

Lucien levantó las cejas. Nunca había sido un hombre expresivo, y en cuestión de cuarenta y ocho horas, Sarah le había inspirado a exagerar sus muecas.

Claro que su pasmo no era moco de pavo.

—Una noche ha bastado para convertirla en una deslenguada —comentó sin acritud.

—Una noche con usted, el descarado original —contraatacó—. ¡Le esperaré abajo!

Salió antes de que Lucien pusiera una excusa verosímil para justificar su ausencia. No tendría que hacer un esfuerzo para deshacerse de lo que parecía una extensión de sus obligaciones matrimoniales; bastaría con decirle que le esperaba en el despacho un montón de papeleo relativo a la Cámara o una visita de Buckingham para que Sarah agachara la cabeza. Pero entonces estaría repitiendo los patrones que hicieron infeliz a su primera esposa. Arabella murió creyendo que el duque de Maybourne era el hombre más ocupado del mundo porque no desperdició la ocasión de librarse de una velada juntos aludiendo al trabajo.

Lucien era un hombre que aprendía de sus errores, y aquel fue el primero de muchos. No volvería a ser esquivo y cruel con una mujer a la que había arrancado de la vida que hasta entonces tenía y, que, en el caso de Sarah, había sido honrada y revitalizante.

Aun así, se reunió con ella en el recibidor con gesto adusto, no porque despreciara la excursión matinal —que, por supuesto, también— sino porque en el fondo no deseaba escaquearse. Al verla charlando animada con la señora Tomlinson, interrumpiéndose solo para dar indicaciones a un par de mozos que cargaban un abeto de tamaño modesto, sintió una oleada de calor inundarle el pecho.

Oleada de calor que traía consigo trazas de miedo.

Lucien no se había reconocido en la paciencia con la que convenció a Sarah de salir de la cama para casarse con él. No es que fuera dado a brotes violentos de gritos e imperativos, claro, pero porque contaba con estrategias mucho más astutas, aunque no menos desagradables, para persuadir a quien fuera de que se hiciera su voluntad. Todavía estaba rumiando, pues, por qué demonios la había tratado con gentileza cuando se había dirigido a la habitación con todas las intenciones de acusarla de irresponsable y de jugar miserablemente con su valioso tiempo. Algo tuvo que ver que la señorita Reeves, con todo su sentido del honor y la moral, se hubiera convertido en un gracioso bultito bajo las sábanas; que su visita a la alcoba le hubiese recordado

a las veces que él se acostaba tarde tras una larga jornada lidiando con su administración y pasaba por el dormitorio de su hijo para asegurarse de que estaba sano y salvo... con la diferencia de que nunca se atrevió a cruzar el umbral para besar en la frente al pequeño Sean; ni siquiera para desearle las buenas noches. Todas las veces se obligaba a conformarse con admirarlo desde la distancia, convencido de que no reaccionaría bien a una iniciativa afectuosa por parte del hombre que despreciaba de manera ferviente.

No, no se había reconocido en el marido que había razonado con Sarah de rodillas junto a su cama. Pero menos se reconocía aún en el hombre que no había logrado saciarse con un solo orgasmo y había demandado más con una exigencia de perro famélico.

Su alivio y su orgullo no habían podido ser mayores al confirmar que había desposado a la mujer más apasionada de entre las mujeres apasionadas. En su rol de amante complaciente y con iniciativa, Sarah le había concedido cada uno de sus caprichos limitando sus expresiones de mojigatería a rubores favorecedores, nunca a negativas y ni mucho menos a muecas de espanto. Se había entregado a él con una confianza tal que Lucien llegó a pensar que podría haberla tomado con la irrespetuosa violencia del sexo duro y ella lo habría disfrutado de igual modo, si no más.

Estaría mintiendo si dijera que no le sobraban las horas del día en las que el sol brillaba en lo alto. Solo quería que llegara la noche para volver a acostarse con su esposa, y eso era algo que no le había despertado más que una mujer a lo largo de su vida. Mujer a la que en gran medida deseó como un enfermo porque fue la primera a la que tocó y la que además le dio un hijo.

Pero eso no justificaba la obsesión, se reclamaba con impotencia. No le gustaba un pelo ser incapaz de controlar sus pensamientos, que, tras rodear los asuntos de verdad urgentes, volvían a lo mismo como quien no quería la cosa: el sudor de Sarah, las carnes de Sarah, los ruegos dóciles de Sarah.

—¿Qué diantres es eso? —exigió saber desde las escaleras, contrariado. No tanto por la visita inesperada del abeto como por el curso de sus reflexiones.

Sarah alzó la cabeza hacia él.

—Como puede observar, se trata de un árbol. Seguro que sabe usted gracias a sus visitas a palacio que, desde que el príncipe Alberto trajo a Inglaterra sus costumbres sajonas, la reina gusta de decorar junto a sus hijos un abeto con velas, dulces, frutas y regalos.

El duque enarcó una ceja.

Estaba al corriente de la costumbre que la familia real había instaurado de puertas para dentro, pero no de que a Su Majestad le complaciera pasar el tiempo con sus retoños. Había departido con ella sobre los hijos a propósito del suyo, que tantos quebraderos de cabeza le había dado a la mismísima monarca, y le había quedado meridianamente claro que el instinto maternal de Victoria rivalizaba con su instinto paternal: en ambos casos era nulo.

—Dado que aún no has traído criaturas al mundo, ¿con quién pretendes decorar ese abeto?

—Con usted, claro —respondió ella con desahogo.

—¿En qué momento me ha pedido algo semejante?

—Se lo estoy proponiendo ahora, pero si no consigo convencerle, ya recurriré a tácticas persuasivas mucho más efectivas cuando sea apropiado desplegarlas.

A Lucien nunca le habían gustado las mujeres descaradas. Se había acostumbrado muy joven a codearse con gente noble desde la más rigurosa educación y celebraba a la par que le atraía la delicadeza de la feminidad. Pero Sarah no era del todo procaz al insinuarse; ciertamente, no lo fue ni la mitad de lo que se le antojó encantadora.

—Pensaba que íbamos a estrechar la mano de los jornaleros.

—¿Cómo vamos a prestar una visita sin haber envuelto o siquiera escogido sus regalos? — Sarah sacudió la cabeza, exasperada con su imperdonable ignorancia—. En estas fechas es una desconsideración presentarse en casa ajena con las manos vacías. Antes tenemos que servirnos de la materia prima que colgaremos en nuestro árbol para preparar los presentes.

—¿De qué materia prima habla?

Sarah respondió adentrándose con prisas en el comedor, sobre cuya mesa había dispuesto kilos y kilos de frutos frescos y también secos, caramelos, pastelillos y galletas decorativas, bastones de caramelo, velas con formas que sobre seguro ella encontraría «divertidas», peines y peinetas, broches, papeles y telas de colores de todo tipo, bobinas y un costurero.

Lucien aguantó la mirada sobre la pequeña colección de utensilios inútiles unos minutos de más para ganar tiempo. Después de inspirar hondo, inquirió:

—¿De dónde has sacado todo esto?

—De su casa, porque, como se habrá imaginado, no me ha dado tiempo a salir a comprar. Solo a pedirle a la señora Tomlinson que me ayudara a localizar lo que está usted viendo.

El duque se acercó a la zona de la mesa que parecía posar para un bodegón y cogió una fruta al azar.

—¿Esto es lo que pretende regalar a mis empleados? —Hizo una pausa para calibrar su peso arrojándola al aire y captándola al vuelo. Se la acercó a la nariz, por si acaso era una naranja mágica, pero olía exactamente igual que las que le gustaba mondar mientras leía—. ¿No le parece... escaso? Dios sabe que yo me ofendería si me regalaran una naranja.

—Usted se ofendería porque puede consumir naranjas todo el año —le explicó con la paciencia de un santo—, pero para la gente de a pie no es tan fácil conseguirlas; ni siquiera les es posible costeárselas en su temporada. Le aseguro que sus jornaleros se alegrarán de recibir un saco de naranjas, manzanas y otras frutas para ellos exóticas.

—¿Y qué hay de las nueces? ¿Eso tampoco está al alcance de todo el mundo?

Sarah lo miró entre irritada y compasiva.

—No, excelencia. No lo están. Y nosotros, además, vamos a pintarlas de dorado y plateado para que luzcan aún más en el árbol... ¡y para que quienes las reciban se sientan halagados porque los duques de Maybourne se han tomado el tiempo de sorprenderlos con una manualidad!

Huelga decir que todo aquello le parecía a Lucien algo peor que un despropósito. Sentía que con tanta cursilería dejaría en evidencia un lado sentimental que ni siquiera poseía; que todos achacarían la iniciativa a su insistente consorte y él quedaría ante sus asalariados como una patética marioneta de su esposa. Pero no protestó porque después de lanzarle una mirada vacilante y verla ruborizada de entusiasmo, sonriendo tanto que luego le dolerían los hoyuelos, asumió que, si sus trabajadores no eran estúpidos, nada más verla comprenderían que no era humanamente posible negarle nada y no se atreverían a juzgarlo.

En todo caso a felicitarlo.

—Yo me encargaré de preparar las bolsitas de tela con bordados donde introduciremos algunas monedas, broches, corazones y figuritas de papel —determinó en ese tono que no admitía réplica.

—Por supuesto que ya has decidido cómo repartir las tareas —masculló Lucien por lo bajo.

—Usted pintará las nueces.

—¿Por qué esa distribución del trabajo, si se puede saber?

—Porque yo soy la que conoce el arte de la costura. Usted tendrá numerosos talentos, pero intuyo que en cuanto a las manualidades habrá de resignarse a colorear.

—¿Te parece de recibo desperdiciar el tiempo de un aristócrata de un modo tan absurdo?

—No se enfade, excelencia. —Le puso una mano sobre el hombro. Lucien la habría taladrado con una mirada furiosa si lo hubiese hecho a sabiendas del efecto que su tacto tenía en él, pero, a diferencia del duque, Sarah sabía dejar las pasiones en el dormitorio y centrar su atención en otras tareas a lo largo del día. Apostaba por que ni siquiera creía que se pudiera excitar a un hombre fuera de la cama y con tan inocente gesto—. Pintar una nuez también requiere de maña. Tendrá que ser muy puntilloso. Confío en que no me decepcionará.

La señora Tomlinson, que había estado escuchando la conversación desde un discreto rincón, se cubrió la boca para ocultar una carcajada por la condescendencia de la duquesa. Lucien estuvo a punto de castigarla con un vistazo fulminante, pero recordó que se había prometido ser más gentil con la criada y en su lugar la apeló en tono sosegado.

—¿Nos echará una mano, señora Tomlinson?

—Por supuesto, excelencia. Faltaría más. Si me permite el comentario, estoy fascinada con esta generosa iniciativa.

—¡Se le permite ese comentario y todo el que quiera hacer! —atajó Sarah.

—Y tan generosa —aprovechó para recalcar Lucien—. Sobre esta mesa puede haber... —paseó una mirada calculadora, la misma que recibía su libreta de cuentas— en torno a doscientas cincuenta libras.

—Lo costearé con mi dote —dijo Sarah en tono decidido.

Lucien no pudo evitar girarse hacia ella con una mueca incrédula.

—¿Dote? ¿A qué te refieres? Yo no he recibido un solo penique a tu nombre.

—Es cierto, carezco de dote —suspiró. Él estuvo a punto de reírse, divertido y aliviado a partes iguales porque se rindiera rápido ante su propia incapacidad de mentir—, pero seguro que no echará de menos la calderilla que le supondrá comprar un puñado de muñecas de trapo y unos cuantos caballitos de madera..., ¿a que no?

—Oh, ¿ahora voy a comprar muñecas de trapo y caballitos de madera?

—Tiene usted más de veinte empleados con hijos menores de diez años, excelencia. No puede arrebatarles la Navidad.

A Lucien le habría gustado censurarla por manejar a su antojo no ya su tiempo, sino sus finanzas, al servicio de su casa y hasta sus comprensibles rabietas. Y es que no le permitía

indignarse por sus atrevimientos como Dios mandaba cuando lo miraba con ese ánimo contagioso.

Estaba verdaderamente ilusionada con el proyecto, comprendió Lucien.

—Está bien —cedió, procurando que pareciera que lo hacía a regañadientes.

—¡Maravilloso!

—No te vayas a acostumbrar a mi benevolencia. A saber con qué iniciativa me horrorizas si se me ocurriera darte carta blanca. Tendrías el valor de aparecer mañana a lomos de un dromedario para repartir mirra entre los niños como el buen rey Baltasar. —Meneó la cabeza con el cuerpo tenso de solo pensarlo y se dirigió hacia la puerta para exclamar hacia el mayordomo —: Orson, ¿me haría el favor de mandar al pueblo a un par de lacayos de su confianza para que compren los juguetes que la duquesa escribirá en una nota?

—¡De ninguna manera! —irrumpió Sarah, que ya había tomado asiento para tomar aguja e hilo—. ¡Iremos usted y yo!

La ceja de la extrañeza salió disparada hacia la frente.

—¿Cuándo? ¿Mientras pinto las nueces, mientras decoro el árbol o mientras saludo a mis asalariados?

—Después de las nueces y la decoración, antes de saludar —resolvió Sarah con una sencillez aplastante. Acto seguido se giró hacia su labor de costura y, tras enhebrar la aguja al primer intento, alardeando de una habilidad que se le resistía incluso a la señora Tomlinson, se dispuso a preparar las bolsitas de tela con su correspondiente bordado y las frunces superiores que un cordel brillante cerraría.

El ama de llaves se sentó junto a la duquesa, aceptó la aguja que Sarah le ofreció y comenzó a imitarla siguiendo sus instrucciones. No tardaría en unirse la joven Joy, que manifestó sentir celos de su bonito propósito y anunció que deseaba colaborar si había espacio para una más. La muchacha se acomodó junto a Lucien para ayudarle con las finas capas de pan de oro y pan de plata que recubrirían los frutos secos. El último artesano que había acudido a Henshawe House para restaurar un par de candelabros había dejado atrás algunos materiales.

Materiales empleados en la decoración artesanal de las familias adineradas, no para pintar nueces.

—¿De dónde viene todo este... interés por la conservación y divulgación de las costumbres populares? —se animó a preguntar el duque al cabo de un rato de cómodo silencio.

Quiso retroceder en el tiempo para no separar los labios, incómodo al percatarse que ya había empezado a parecerse a la duquesa en su incesante búsqueda de las verdades cotidianas y, lo que era peor, en su insufrible obsesión por la charla banal.

—En Arlington Abbey abundan los nogales —le contó Sarah sin retirar la vista de su brillante labor. Lucien se descubrió admirando la velocidad de sus dedos, pequeños pero mañosos—. Las alumnas y yo recogíamos las nueces que caían sobre el manto de las hojas en otoño y las guardábamos durante meses hasta la llegada de la Navidad. Es una costumbre reciente, vaya usted a pensarse, pero en apenas unos años he llegado a guardarle un cariño especial. Las jóvenes se divertían de lo lindo pintándolas..., claro que no usaban pan de oro como usted, sino pinturas con acabados en aceite y mezclas de bronce pulverizado, algo mucho más económico —añadió

con una mueca socarrona, burlándose afectuosamente de una fortuna que no había elegido heredar.

Pensándolo bien, quizá Lucien hubiera preferido heredar en su lugar una tradición tan entrañable y familiar como la que Sarah había descrito.

«Qué tontería», se regañó.

Pero no pudo soltar la idea cuando se acordó de las últimas Navidades con Sean, tan frías e impersonales que de no haber sido por la ausencia de gran parte del servicio, que tenía permiso para vacacionar a finales de diciembre, podría haberse tratado de una cena más; el uno y el otro enfrentados en cada punta de la mesa, con la vista clavada en el plato y nada salvo un silencio orgulloso haciéndoles compañía.

Quien hablaba antes, perdía.

Quien mostraba una debilidad o el deseo de paz, mejor dicho.

Lucien se descubrió depositando las nueces pintadas sobre el platillo con un nudo en la garganta. Aquellas serían las decimoprimeras fiestas que Sean pasaba lejos de él. Exceptuando un par de visitas obligadas por circunstancias relativas a su herencia, no había pisado la que había sido su casa desde los dieciocho años recién cumplidos.

Nunca llegó a entregarle el regalo de cumpleaños que le había preparado tras meses y meses devanándose los sesos en busca de algo significativo. Su hijo se marchó nada más amaneció el día de su decimoctava vuelta al sol montado en un caballo que devolvería semanas después, y no por educación, sino porque no deseaba que le acompañara en su nueva vida nada que pudiera recordarle al duque. Después de revisar su alcoba procurando reprimir un impertinente acceso de sentimientos, Lucien determinó que el muchacho no se había llevado nada consigo a excepción de una muda y el retrato de su madre.

En un solo golpe se marchó con las dos cosas que más amaba.

Y quién podría haberlo culpado.

—¿Excelencia? —oyó que lo llamaba Sarah. Había dejado de coser para mirarlo con intención. Sus manos descansaban sobre el regazo con dejadez, pero su expresión era la de un cervatillo alerta—. ¿Sucedó algo?

Lucien supuso que lo había dicho porque se había perdido en el recuerdo con efectos devastadores para la producción de nueces doradas.

—No —atajó con la garganta seca, y agachó la cabeza hacia el pincel—. Sigo adelante.

«Siempre sigo adelante».

Capítulo 9



—¡Está llena de libros! —exclamó Sarah nada más cruzar el umbral.

—Sí, suele suceder en las bibliotecas —se oyó decir.

A cualquier otro invitado se lo habría soltado con la condescendencia con la que se dirigía a todo aquel que le resultaba estúpido o redundante. Sin embargo, esa vez sonó inseguro por efecto de la incompreensión porque verla feliz le produjera una inesperada oleada de calor.

Tras finiquitar la tediosa tarea de los regalos y la decoración del árbol, Lucien había exigido realizar una pausa para disfrutar del almuerzo. Sarah no le había dado tregua, sin embargo, y mientras estuvieron sentados en el comedor degustando el estofado, le preguntó si no pensaba enseñarle su maravilloso palacio.

«Siempre puedes descubrirlo tú deambulando de acá para allá», le había dicho él, esquivo.

«¿Seguro que quiere que el servicio piense que la nueva duquesa de Maybourne se pasea como un alma en pena, sola y desolada, por la inmensidad de su jaula de oro, y nada menos que a las veinticuatro horas de casarse?», había contraatacado. «Además, ¿qué tiene de malo que quiera disfrutar de la compañía de mi marido? No podré divertirme tanto cuando se reanuden las sesiones parlamentarias y deba usted dedicarle más horas a la Cámara que a mí».

Una vez más, Lucien había cedido a su capricho.

Esperaba que su tendencia a consentirla se debiera a la supuesta magia de las fechas y se viera libre de su embrujo nada más entrara el nuevo año. No podía decirse que se sintiera mangoneado por ella, puesto que usaba su influencia para obrar en nombre del bien, pero le resultaba tan... inaudito. Impropio de él.

Inquietante, incluso.

—Lleva todo el día taciturno —comentó Sarah al ver que él permanecía callado en un rincón aparte—. Más de lo habitual.

—¿Cómo puedes saber lo que es habitual, si hace tres días no me conocías?

—Tenemos en común lo más importante para entendernos. Los dos somos seres humanos.

—¿En serio? ¿Estás segura de que no eres Father Christmas^[3]? —se burló.

—¿Está seguro usted de que no es la reencarnación del señor Scrooge^[4]?

—El señor Scrooge es un ser humano.

—Igual que Father Christmas —contraatacó, no sin razón—. De todos modos, no estoy de acuerdo; la incapacidad para conmoverse de la que adolece Scrooge es deshumanizante.

—¿Y por eso deja de ser humano? ¿Vas a sustraerle la condición de hombre a todo aquel que sea frío y displicente?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. A fin de cuentas, soy Father Christmas. ¿No es acaso mi obligación contagiar de alegría a la gente con mi espíritu festivo o, dicho de otro modo, erradicar la amargura? —La expresión de Sarah se suavizó tras conseguir que Lucien sonriera sin

darse cuenta—. ¿Qué misterios ocupan sus pensamientos, excelencia? —inquirió en un tono más conciliador.

«Mi hijo».

—Hace rato estaba pensando en que eres la primera duquesa de Maybourne que se emociona con esta estancia —improvisó, porque era cierto.

—¿No eran sus esposas aficionadas a la lectura?

—Algunas más que otras, pero ninguna tanto como para pasarse a menudo por aquí.

Sarah sacrificó su evidente deseo de recorrer las estanterías una a una para girarse hacia él con un interés aún mayor brillando en los ojos. La vio apoyar las caderas contra la inmensa mesa de madera redonda en la que tantas veces Lucien había realizado sus investigaciones, desde localizar un tipo de planta y sus beneficios para la salud hasta posibles errores de contexto en ficciones históricas.

La duquesa rodeó el borde con las manos, adoptando así una postura sugerente sin ser consciente de ello.

—¿Cómo eran?

Lucien no se percató de cuánto se había distraído con la pose femenina hasta que se oyó farfullar:

—¿Disculpa?

—Sus esposas. Asumo que todas eran bellas como un amanecer... —murmuró, desviando la mirada al suelo—, además de un colmo de distinción. Pero... ¿eran todas rubias? ¿Poseían todas un humor sarcástico que rivalizaba con el suyo? ¿Compartían con usted alguna afición, o el gusto por el té, o por... —barrió la biblioteca con la mirada— el conocimiento?

—¿Me preguntas si tenían un rasgo común? —Lo meditó un instante, aturdido por el repentino interrogatorio. Debería haber imaginado que Sarah tenía una razón oculta para insistir en quedarse a solas con él en una habitaciónapestillada—. No lo creo.

—Entonces no andaba en busca de un modelo de mujer. Solo de una mujer..., como ha sido mi caso —dedujo para sí misma sin acritud alguna. Lo enfrentó tras una inspiración profunda—. ¿Qué le incitó a casarse?

—Esa es una pregunta muy personal.

—Hacer el amor me parece más personal que responder a una duda inocente.

La ceja arqueada del duque insistió en prevalecer.

—No veo la inocencia o la cortesía en sacar a colación a los fallecidos.

—Se equivoca. No existe nada más benevolente que recordar a quienes ya no están... a no ser que albergue usted alguna razón de peso para rehusar mencionar a alguna de las duquesas.

—Todas ellas cumplieron con su deber. Eso es cuanto ha de saber.

Solo que aquello era falso, porque ni una de las tres le había dado un heredero y ahora descansaba sobre los hombros de Sarah la responsabilidad eludida de un trío de pobres desgraciadas. Lucien se había inclinado a pensar que él, el denominador común, era culpable de la situación; bien podía deberse a algún defecto biológico como los que devolvían a los soldados

de las guerras incapacitados para la procreación. Sin embargo, había engendrado un varón sano con su primera amante de la adolescencia, la adorable y vivaz Eileen Connor.

El duque nunca fue el problema.

Pero las duquesas tampoco, y las defendería del escarnio por su presunta infertilidad ante quien osara cuestionar los esfuerzos que hicieron.

—Por si no se ha dado cuenta o yo no he sido lo bastante directa con usted, excelencia — retomó Sarah tras emitir un suspiro exasperado—, no estoy interesada en los aspectos superficiales de sus primeros matrimonios, sino en los entresijos de cada uno de ellos. Necesito referencias para averiguar cómo hacerle feliz, y, por suerte para mí, cuento con tres predecesoras cuya historia podría servir de gran ayuda.

Podría empezar diciéndole que ninguna lady Maybourne había proclamado a viva voz que su único objetivo para con él era garantizar su felicidad. Podría continuar alegando que ella no se asemejaba a ninguna lady Maybourne; que era un ejemplar único dentro de la abundante especie que el populacho gustaba de llamar «esposas del duque». Podría concluir que no le hacía ninguna falta remitirse a matrimonios siempre convenientes y solo en algún caso carentes de todo afecto para saber cómo relacionarse con él; de algún modo, Sarah había desentrañado antes que el mismo Lucien el modo de conmooverlo, desarmarlo y hacer que se cumpliera su voluntad.

Pero no dijo nada porque un duque de Su Majestad no entretenía cursilerías.

En su lugar, Lucien se dirigió a ella con un caminar pausado pero prometedor hasta acorralarla entre sus brazos. Colocó las manos sobre las de Sarah, rodeando el borde de la mesa, y se inclinó sobre su rostro alzado con inocencia. Una vez más se recalcaba la diferencia de altura, absurda cuando se paraba a pensar en la vitalidad y la fortaleza que tenía aquella mujer, muy superior a la suya. Sentía que su grandeza debía manifestarse de algún modo físico para que nadie la tomara nunca por manipulable o del todo inofensiva.

—Dame un beso y te contaré un secreto —le sugirió con tono susurrante.

—¿Y si le doy dos? —inquirió enseguida. Era rápida, pensó, y se había acostumbrado pronto a sus coqueterías, casi como si llevara toda la vida esperándolas—. ¿Me revelará dos?

—Es posible.

—¿Por qué se casó con la primera lady Maybourne?

Lucien había esperado disfrutar de un rato más de flirteo inocente, pero Sarah era implacable. Le irritaba casi tanto como en el fondo le divertía su determinación a sacar adelante aquel matrimonio inesperado.

Se separó lo necesario para poder pensar con claridad.

—Mi padre ya había caído enfermo —comenzó mientras ordenaba sus ideas. Debía contar una historia, pero quería que fuese lo más breve posible. Tenía prisa y no sabía por qué. Por que cayera la noche, tal vez—. Mi ascenso era inminente, y si bien los títulos menores pueden permitirse excentricidades, como casarse con treinta o cuarenta años, la alta nobleza con asiento en la Cámara y contacto directo con Su Majestad ha de comenzar a cumplir con su deber a muy temprana edad. Arabella era la gran sensación de Almack's; una belleza chispeante venida de un linaje irreprochable. En definitiva, la mujer adecuada. —Enarcó una ceja—. ¿El beso?

Sarah exageró su indignación cruzándose de brazos, gesto que ensalzó el volumen de sus

pechos poniendo en peligro las teorías biológicas sobre normalidad anatómica. Aquella mujer tenía un cuerpo inusualmente voluptuoso.

—¿Cómo puede pedir un beso después de hablar de uno de los familiares que perdió?

—A Arabella se la llevó un legrado al año de casarnos. No llegué a conocerla.

—¡Si le practicaron un legrado fue porque sí que la conoció! ¡Y muy a fondo, excelencia!

Sarah se avergonzó de haberle reprochado al respecto de uno de sus primeros lutos y agachó la cabeza, un gesto de abnegación tan impropio de ella que el duque casi se rio pese a haber sentido una justa punzada de remordimientos.

—Arabella y yo engendramos, sí, pero no intimamos. Con diecisiete años aún no sabía hacer el amor. Nadie sabe nada a esa edad; ni sobre *hacer*, sea lo que sea, ni sobre el amor. Sentí su pérdida, Sarah —le aseguró con una mirada fija—, pero como se puede sentir la pérdida de una persona increíblemente joven y con un potencial inaudito para conquistar el mundo. Puedo recordar que era bella porque la retrataron y su cuadro sigue en la sala del ducado, junto con mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo y sus respectivas parientas. Y, sin embargo, no es su rostro lo que llevo conmigo. Sobre todo recuerdo que se reía, y se reía, y se reía... —se le fue apagando la voz a la par que la sonrisa nostálgica—. Era risueña, como cualquier muchacha despreocupada a punto de cumplir los veinte años. Me impactó el silencio en el que se sumió la casa en cuanto espiró su último aliento. Fue como si se pudrieran también los cimientos. Como si los hubiera estado sosteniendo ella por obra de algún hechizo.

Sarah tragó saliva. Dejó que pasaran unos segundos, los necesarios hasta que la respetuosa descripción de Lucien se extinguió, y entonces le pagó por su sinceridad con un beso en la mejilla. Él se habría quejado por su ofensiva castidad si ella no lo hubiese interrumpido, previendo la protesta.

—¿Qué hay de la segunda?

—¿Del segundo beso, quieres decir? Eso mismo me pregunto yo.

—¡De la segunda esposa!

Lucien suspiró para disimular las reacciones de su cuerpo a las dos palabras malditas que invocaban a la mujer que sucedió a Arabella.

—Elizabeth. —Tuvo que hacer una pausa después de nombrarla, por respeto a su memoria y para recordar que debía respirar—. La desposé por la urgencia de traer un heredero al mundo pese a que Sean ya existía. A Elizabeth sí la traté. Es más..., la traté por todo lo que no había tratado a la primera. Intenté resarcir a Arabella a través de ella, ponerle toda la atención y los cuidados de los que ella no gozó por mi estúpida obsesión con divertirme; por mi leal fascinación hacia Eileen, quien fue mi amante hasta que me casé por segunda vez.

»Liz estuvo siete años conmigo. Sufría dismenorrea nerviosa —añadió con voz queda—, una violenta y espantosa enfermedad que desembocó en un trastorno histérico con su inevitable cirugía: una histerectomía. Por eso supe diagnosticarte el día que nos conocimos. Liz y yo transitamos la enfermedad juntos y estudié todo cuanto pude al respecto en busca de una cura.

Sarah había palidecido.

—¿Sabía que la padecía cuando la conoció?

—Como podrás imaginarte, las mujeres no suelen mencionar a sus pretendientes cuán

dolorosos son sus periodos; ni antes ni después de casarse. Pero pronto descubrí que sufría lo indecible cada ciclo. Fue empeorando de manera significativa con los años. Podría decirse — continuó con dificultad— que a Liz llegué a apreciarla sinceramente. Me habría enamorado de ella si la tragedia no hubiera insistido en interponerse entre nosotros. Los cambios de humor eran... —Meneó la cabeza, conmocionado de solo recordarlos—. Cuando, a petición suya, se le extirpó el útero, no fue a mejor como esperábamos. Se sumió en una profunda tristeza que se la llevó por delante. Murió creyendo que había fracasado por no darme un heredero.

—Lo siento muchísimo —balbuceó Sarah con los ojos anegados en lágrimas.

A Lucien no le costó ahuyentar las sombras del recuerdo fijándose en ella, en lo insólito de que ahí donde quizá deberían haber asomado los celos, la competitividad, no hubiera más que compasión.

Nadie había querido compadecerle nunca, en parte porque castigaba a los incautos que se atrevían a tenderle una mano amiga o, no lo quisiera Dios, darle unas palmadas en la espalda. Pero tampoco Elizabeth fue tratada con gentileza, y eso él jamás lo perdonaría. La alta sociedad, sus amigas más cercanas, su familia política e incluso su familia carnal; todos ellos introdujeron ideas perversas en su cabeza hasta convencerla de que la ausencia del heredero era culpa suya, de su falta de empeño por concebir, de la exageración de sus dolores, de su mal humor, de su desinterés por acicalarse ante un marido que aún estaba en la flor de la vida y podría reemplazarla en un abrir y cerrar de ojos sin desatendía su lecho. Lejos de apiadarse de ella tras la histerectomía, el mundo entero terminó de volcarse en odiarla por haber perdido lo único que la señalaba como mujer. Lo único que la hacía útil.

Se enervaba de solo recordarlo.

Por supuesto, a su debido momento, cuando la bondadosa Elizabeth ya no estuvo presente para impedir un cisma familiar, Lucien se encargó de todos y cada uno de sus parientes. Les dio donde más les dolía; en la riqueza, en la amante, en los problemas con el juego, en la bebida, en el sentido del honor, en el hijo mayor...

No escatimó en recursos y furia vengativa.

Arrasó con todos.

—Al menos tuviste una tercera oportunidad para amar..., ¿no? —se arriesgó a seguir indagando Sarah, ya transcurrido un rato prudencial.

—Me casé con Caroline cinco años después de enviudar porque era la única mujer que no revoloteaba a mi alrededor con la esperanza de salvarme del luto... ¿o debería aludir, más bien, a la esperanza de recibir un título? Era la persona más sensata que he conocido, pero nunca congeniamos.

—¿Diferencia de caracteres?

—Me aburría en la cama —resumió.

Sarah enrojeció, sospechaba que por la indignación y no por la referencia a la intimidad.

—¡Pero eso no es lo único que puede ofrecer una mujer!

—Admito mi parte de culpa. Me casé a desgana, dolido aún por Liz. La evité durante meses. Cuando reuní el valor para comportarme como un marido, me perdonó sin armar un solo berrinche, sin dirigir contra mí su despecho. Pero no era apasionada, y nunca me ha gustado

meterme bajo las sábanas con una mujer que no se deshace por mí como yo me deshago por ella. Pronto descubrí que no era culpa mía, sino de que Caroline tenía preferencias amoratorias que yo no habría logrado satisfacer ni en el caso de nacer de nuevo.

—¿Las mujeres? —adivinó Sarah. Lucien se quedó boquiabierto con su naturalidad—. Oh, ¡no me mire así! ¡Que viviera en un pueblo no quiere decir que no sea una mujer de mundo! He trabajado en una escuela de señoritas, ¿sabe? He tenido que hacer la vista gorda más de una vez al toparme con un par de alumnas envueltas en un abrazo íntimo... y con un par de maestras, también —añadió con la boca pequeña.

Lucien carraspeó sin la menor intención de seguir incidiendo en el tema. Solo habría faltado que un hombre que lo había visto y sufrido todo se escandalizara con una tendencia sexual con la que para más inri había convivido durante una década.

Pero no le gustó que su imaginación pintara a la señorita Vallans y a su ahora esposa en una cama.

—Bueno. Así era —retomó—. Caroline tenía una amante, una muchacha del servicio. Dejó de trabajar para mí cuando mi esposa falleció. Era incapaz de seguir entrando y saliendo a su dormitorio ya vacío.

»Ella y yo disfrutamos de vidas separadas y, al mismo tiempo, fuimos uña y carne durante años hasta que unas fiebres se la llevaron. Es un dolor diferente —meditó él, contrito—. Perder a un amigo, quiero decir. Una amiga, en este caso. Pero fue la gota que derramó el vaso. Juré que no volvería a casarme... hasta que la reina intervino alegando que no podía pasar el resto de mi vida soltero.

—Entonces... ¿nunca se ha enamorado?

—Hubo una mujer en mi juventud a la que habría convertido en mi esposa si ni mi padre ni el mismísimo rey de Inglaterra me lo hubiesen prohibido.

—¡Oh! —exageró una exclamación, demasiado emocionada por la historia de amor imposible como para experimentar el menor género de celos. Aquella mujer era algo de otro mundo, pensó con sorna—. ¡No me puedo creer que exista no solo una persona, sino dos, capaces de conseguir que el duque de Maybourne obedezca una orden!

—Como ves, solo son las personas que aventajan mi rango nobiliario —le siguió la broma en tono burlón.

—¿De quién se trataba? Debía de ser una mujer humilde si le impidieron formalizar con ella.

—Eileen Connor.

—¿La madre de su hijo? ¿Del señor Connor?

Lucien no preguntó de qué conocía a Sean. Considerando que el susodicho pasó las Navidades del año cuarenta y cuatro en la escuela de señoritas de lady Mabry, donde visitó por vez primera a su actual esposa, era más que factible que Sarah lo hubiera tratado en persona.

—La misma. La conocí con dieciséis años y aún hoy pienso en ella, aunque no con el fervor de entonces; solo apenado porque no me dejara hacer nada por su compleja situación. Es irlandesa hasta los huesos, una criatura terca y con un orgullo sin parangón que no reconocería lo que es mejor para ella ni si lo usaran para abofetearla.

—Puedo ver por qué la amaba —señaló Sarah con regocijo—. ¿Siguen en contacto?

—Dios, no. Eileen me detesta. Cree que la usé como a un trapo viejo y después me deshice de ella sin remordimiento alguno, y que para colmo de males le arrebaté a Sean con «la excusa» de darle un futuro digno. En su opinión, la verdadera razón detrás de lo que siempre ha llamado secuestro es que «pretendía hacerla profundamente infeliz».

—¿Y nunca la ha sacado de su error? —se horrorizó.

—No le dije que el rey me prohibió de forma expresa seguir relacionándome con ella y que también por orden real eduqué a Sean en valores aristocráticos, si es eso por lo que me preguntas. Teniendo en cuenta la porfía recalcitrante que ha hecho de Eileen una persona con la que es imposible razonar, de nada me habría servido sincerarme salvo para limpiar mi imagen, algo que dejó de importarme hace tiempo... si es que alguna vez lo hizo.

—¡Pero esa mujer debería saber que usted la amó!

—Un amor ya extinto no le dará de comer, Sarah, y no curará heridas que a estas alturas han de haber cicatrizado.

—No subestime el poder de unas disculpas. Son atemporales, excelencia... —Arrugó el ceño al caer en la cuenta de que seguía tratándolo con la mayor deferencia—. ¿Por qué no me invita a llamarle Lucien? ¿No cree que va siendo hora? Le veo muy cómodo tuteándome, dirigiéndose a mí como Sarah, incluso, como para no concederme la misma informalidad.

Lucien pestañeó, de veras sorprendido.

—Nadie me llama por mi nombre.

—¿Nadie?

—Nadie. Jamás.

—¿Ninguna de sus esposas?

—Ninguna.

—¿Ni su madre?

—Siempre por mi título de cortesía, y, después, solo Maybourne.

—¿Qué hay de su hijo?

—Mi hijo, para su inmensa desgracia, me llama «padre», aunque solo los días que se siente magnánimo. La mayor parte del tiempo también soy «excelencia», un término a menudo entonado con socarronería.

—¿Su hijo le llama «excelencia»? —jadeó, cada vez más perpleja.

Lucien se giró hacia otro lado con una vaga sonrisa irónica.

—Sospecho que nunca te vas a arrepentir de haberte casado conmigo, Sarah. No hago más que hacer las delicias de tus días sorprendiéndote con relatos insólitos.

—¡No me parece insólito que su hijo le trate de usted! ¡Me parece terrible!

Lucien concentró la tensión de su cuerpo en los dedos que aferraban el borde de la mesa.

Le lanzó una mirada hostil por encima del hombro.

—Habrás podido observar que te he consentido un sinnúmero de atrevimientos, Sarah, pero igual que permito que determinados ámbitos de mi vida te competan, más por generosidad que

porque me guste compartir o negociar contigo, ahora te digo que las opiniones sobre la crianza o la relación con mi hijo quedan fuera de tu jurisdicción.

—¿Y de la suya, excelencia? ¿También quedan fuera de su jurisdicción? Porque me da la impresión de que se ha conformado con lo que tiene, un retoño que es un desconocido, en lugar de ponerle solución.

Lucien se armó de paciencia con una profunda inspiración.

—Mi retoño ha cumplido veintiocho años. Como él insiste en subrayar a la menor ocasión, ya no es manipulable.

—¿Por qué sentiría su hijo la necesidad de recalcar tal cosa?

—Porque tiene una muy baja opinión del modo en que decidí educarle. No es más que un necio y un desagradecido —añadió entre dientes, aferrando el borde de la mesa como si de la dura mollera de Sean se tratara.

Cuántas veces no habría tenido que aferrarse a la elegancia ducal para no sacudir por los hombros a aquel condenado insensato.

Se preparó para que Sarah volviera a sacarle de quicio con alguna de sus apreciaciones, que con el tiempo estaba aprendiendo a enunciar con la rígida contundencia con la que él mismo sentenciaba..., con la diferencia de que ella siempre hablaba desde la bondad.

Esa vez no fue distinto.

Sintió que lo rodeaba por detrás y posaba su pequeña mano sobre el dorso de la suya.

—Estoy segura de que ambos tienen una cuota de razón —la oyó decir con suavidad. Lucien levantó la barbilla, sorprendido—. Apuesto cuanto poseo a que fue usted intransigente y riguroso, y que no sabía cómo transmitirle cuánto lo adora. Apuesto, también, que el ahora señor Connor es demasiado joven y está demasiado dolido por la presunta indiferencia de su padre como para ver todo lo que hay detrás.

—Eres una romántica incurable —fue lo único que se le ocurrió decir—. Todo es para ti una historia de amores y desdichas.

Sarah extendió los brazos con una expresión serena que venía a decir «heme aquí».

—Father Christmas, excelencia. Father Christmas.

Lucien necesitó soltar la carcajada que estaba quemándole en la garganta, y no porque se muriera de ganas de reírle todas las gracias a aquella muñeca con dos arboles en las mejillas, sino porque ardía en deseos de gritar. Y, como no podía gritar por las injusticias, por los errores cometidos, por las vidas inocentes que se perdían demasiado pronto y por las que se desaprovechaban, pensó que reír era una buena alternativa.

También servía de desahogo, supuso con un fondo de resignación.

—Vayamos a por esos juguetes —propuso Lucien para huir de un aire viciado de muerte y derrota—. Y no pienses ni por un momento que he olvidado que me debes más de dos y más de tres besos.

—Se los doy ahora mismo, si quiere.

—Ni por asomo. Quiero tres besos de los buenos —la advirtió con gesto solemne—. Buenos de verdad.

—Para eso tendrá que esperar hasta la noche.

—Así que pretendes hacerme pasar por una tortura de regalos y abrazos sin el consuelo de tus caricias...

Sarah lo tomó de la mano en un inesperado arrebato y se la estrechó sin perder la sonrisa.

—Ya verá que esa tortura de regalos y abrazos le sentarán tan bien como mis besos.

Capítulo 10



Sarah había cometido una pequeña travesura.

Con la excusa de acicalarse con mayor detenimiento para presentar un aspecto impecable en la ciudad, se había escabullido hasta las cocinas, donde la señora Tomlinson se había sentado a terminar unos remiendos. En cuestión de horas se había convertido en su confidente; pensaban de un modo parecido y, pese a la diferencia de edad, más parecían hermanas que madre e hija.

Sin ningún rodeo, le había pedido papel y tinta para hacerle llegar una carta urgente a Sean Connor.

Sabía dónde vivía por una sencilla razón: la suya era la misma dirección que la de su adorada Primrose, una alumna con dificultades que para el orgullo de todo el profesorado había logrado desposarse, y ni más ni menos que con el hombre al que amaba. Pero justo porque Sarah mantenía el contacto con todas sus criaturas, como gustaba de llamarlas, le constaba que los Connor habían viajado a Canterbury para pasar las fiestas en el lugar donde se vieron por primera vez, una iniciativa romántica que habían emprendido los últimos aniversarios. Esto le convenía: entre Dover y Arlington Abbey había una hora y media de carruaje, lo que significaba que, a más tardar al día siguiente, su epístola podría haber llegado a su destinatario.

Y es que en lugar de dirigir la carta a la adorable Prim, le había escrito a Sean. Luego había pensado que dos mujeres ejercerían más presión que una sola, y que si esa insistencia extra venía de la esposa a la que tanto quería y respetaba, podría dar su brazo a torcer; de ahí que, para cuando Lucien y ella se montaron en el landó, Sarah llevase escondidos en su morral un total de dos sobres.

Tres, si contaba el dirigido a Qwitterie.

—¿Qué llevas ahí? —quiso saber el duque tras comprobar, no sin sospecha, que Sarah guiaba continuamente la mano al interior del macuto.

—Una carta para la señorita Tandy. Se quedó muy preocupada cuando supo que el precio de romper el compromiso con usted sería que yo ocupara su lugar. Le he contado al detalle la cantidad de planes que nos entretienen para aplacar su culpabilidad. Espero que no le importe que pasemos un momento por la oficina de correos.

—Claro —le respondió con aire distraído.

No tardó en devolver la mirada al paisaje nevado.

Sarah aprovechó su abstracción para observarlo con detenimiento.

El corazón se le encogió de forma súbita de solo imaginarse cuánto estaría sufriendo al enfrentar tan mágicas fechas sin la compañía de su único vástago. La historia que le había contado, muy a regañadientes y a duras penas disimulando cuán abiertas seguían algunas heridas, le había demostrado a Sarah que no estuvo equivocada al achacarle potencial al duque. Tenía corazón, y un corazón inmenso, solo que encogido de frío por la falta de afecto. A la vista estaba que era suficiente con insistirle, y no tanto como uno imaginaría, para que diese su brazo a torcer. Apostaba por que llevaba años anhelando —sin ser él consciente— una buena compañía.

Sarah estaba decidida a ser esa gran compañía.

Es más; se enorgullecía de la que se había tomado como una obligación.

Muy pronto arribaron al corazón de Dover, el pueblo costero en cuyos confines se erigía Henshawe House. Era más conocido por su puerto, que conectaba el reino con Francia a través del estrecho homónimo del Canal de la Mancha. Desde el punto donde se apearon se podía apreciar a lo lejos la magnificencia de la llave de Inglaterra, el castillo medieval que a lo largo de los siglos había servido para defender a la nación de sus enemigos.

Sarah se entusiasmó paseando por sus calles hasta la oficina de correos. Pese a las bajas temperaturas, damas y caballeros ataviados con diseños parisinos y gentes que hablaban idiomas que ella nunca antes había oído se movían por la ciudad con ojos observadores. Sabía del auge del turismo y lo había visto en Canterbury, que también era un destino habitual, pero salvando las alumnas venidas del Nuevo Mundo y los países mediterráneos, nunca antes había contemplado un volumen semejante de extranjeros.

—¡Vamos! —Sarah tiró del brazo de Lucien en cuanto entregó las cartas. No había podido encomendarle a nadie más la tarea; quería ser la única artífice de la sorpresa navideña de su marido—. ¡La señora Tomlinson me ha dicho dónde podemos encontrar al maestro juguetero! ¿Ha preparado los bolsillos?

—Había olvidado lo caro que sale tener esposa.

«Más caro te ha salido no tenerlas», pensó con un suspiro en la punta de la lengua.

Aunque sus matrimonios no hubieran sido perfectos, la alegría que traía una mujer a la casa no debía ser subestimada. Tener un confidente a un pasillo de distancia, alguien que jamás le traicionaría, era un tesoro. Si Lucien hubiera disfrutado de aquello sin intermitencias ni terribles tragedias que mancharan los períodos de felicidad, habría derrotado sin esfuerzo la sombra de tristeza que le perseguía.

Suerte que estaba casada con un hombre fuerte, pensó, mirándolo con orgullo mientras paseaban hasta el taller del maestro. Más que un duque, parecía un guerrero.

Sarah no había experimentado aún la pérdida. Sus hermanas estaban casadas y felices en distintas ubicaciones de Inglaterra y sus padres disfrutaban de la segunda luna de miel en la casa de Coggeshall que los había visto prosperar, arruinarse y volver a prosperar. Pero si los hubiera ido perdiendo uno a uno a manos de una muerte inevitable, sin que ella pudiera hacer nada salvo mirar, impotente, quién sabía dónde estaría. Con toda seguridad se hallaría en el mismo infierno que no le soltaba los hombros a su marido.

—Uno es tan feliz u optimista como se lo permiten sus circunstancias —meditó en voz baja.

—¿Has dicho algo? —inquirió el duque, que se había girado hacia ella con extrañeza.

—¡Oh, no! Solo pensaba en voz alta. ¡Entremos!

Decir que los jugueteros se quedaron de una sola pieza al ver al mismísimo duque de Maybourne a las puertas de su establecimiento habría sido un eufemismo. La tienda era pequeña y modesta; apenas contaba con un escritorio tallado con la maestría esperada en un par de artesanos de primera clase y un expositor con algunos de los últimos diseños, todos ellos tan modernos que Sarah se sorprendió de que aún no hubieran trasladado su originalidad y su destreza a la capital.

Lucien debió pensar que, ya que estaba allí, más le valía aprovechar y empaparse de conocimientos. Hizo pasar por mero sentido de la obligación su indisimulable curiosidad hacia el trabajo que los Pilgrim se traían entre manos. Sarah se reía para sus adentros al ver al duque con las manos entrelazadas a la espalda siguiendo a los artesanos hasta el taller para escuchar en respetuoso silencio cómo habían adaptado los avances industriales a la elaboración de juguetes.

Grisam Pilgrim padre y Grisam Pilgrim hijo eran los emprendedores y únicos trabajadores del negocio familiar. Mediante el tallado de las maderas locales habían elaborado todo tipo de animales, carretillas, trenes, barcos, hombres uniformados como policías, soldados y príncipes; también casas de muñecas ensambladas con pegamento, caballos de balancín... Había incluso rompecabezas de madera diseñados para impartir conocimientos a los niños de una forma muy didáctica.

Sarah se sorprendió con el corazón encogido al contemplar la diversidad de juguetes. Imaginó la ilusión de las criaturas al recibir alguna de esas maravillosas piezas y se dolió secretamente porque ninguna de esas criaturas fuera a ser la suya.

Se llevó una mano al vientre y lo acarició con tristeza.

Ningún médico había querido poner la mano en el fuego porque fuese del todo estéril, pero la inmensa mayoría había incluido la imposibilidad de engendrar niños en su lista de los peores achaques de la dismenorrea. Era una suerte que se hubiera casado con un hombre de cierta edad que ya no esperaba hijos de su esposa y tampoco un heredero, puesto que Sean había sido educado para algún día convertirse en el duque. No significaba esto, sin embargo, que no se le partiera el alma sabiendo que ella moriría sin dejar una parte de sí misma en el mundo; que en vida no se podría empapar de la ternura de un ser totalmente inocente, que no podría sostenerlo entre sus brazos y sentir que había merecido la pena nacer solo para atesorar aquel momento; que no experimentaría la gloria del amor incondicional.

—¿Sarah? —la llamó Lucien al verla allí parada con gesto de desamparo.

Se giró hacia él forzando una sonrisa que no tardó en adquirir un matiz cándido. El duque se había armado con una amplísima colección de muñecas, trenes y soldaditos. Los llevaba en el interior de la única bolsa que había podido albergar tamaña cantidad, mucho más generosa de la que Sarah había pensado inicialmente.

Lucien no se quejó, aun así, y, tras pagar a los perplejos artesanos, salieron a la intemperie cogidos del brazo. Había empezado a nevar, pero con timidez, como si el cielo solo quisiera añadirle un plus de belleza a la escena de por sí bucólica de la ciudad preparada para recibir la Navidad.

Sarah observó que, a las puertas de la iglesia, unos niños habían arrancado a cantar villancicos famosos y arrastró a Lucien hasta allí.

—¿Villancicos? ¿En serio vas a hacerme pasar por esta tortura? —masculló él.

—¿Cómo no le van a gustar los villancicos, excelencia? ¡Mire, están entonando *God Rest Ye Merry, Gentlemen!* ¿No la conoce usted? *God rest ye merry, gentlemen; let nothing you dismay! Remember Christ, our Savior, was born on Christmas Day!*^[5] —canturreó al unísono con los jovencitos del coro, ajena a la mirada entre divertida y pasmada del duque.

—Estoy familiarizado, sí, pero no me identifico con la letra. Creo que si algún salvador ha tenido esta nación, se trata del duque de Wellington en su papel de mariscal de campo. Y no le

debemos nuestra vida porque naciera en el portal de Belén, sino porque derrotó a Napoleón en Waterloo.

Sarah lo encaró y, como si no lo hubiera oído, siguió cantando, esta vez más alto.

—*In Bethlehem, in Israel, this blessed Babe was born, and laid within a manger upon this blessed morn!*^[6] —Lucien abrió la boca con la misma expresión de pedantería que se le ponía cuando hablaba desde sus conocimientos. Sarah lo silenció poniéndole un dedo en los labios—. ¡Ni se le ocurra volver a hablar de la guerra o de Napoleón en Navidad!

—¿Por qué? ¿No son acaso estas fechas las más indicadas para ser agradecidos y celebrar la vida?

—¡La vida, no las muertes en el campo de batalla!

—He celebrado la vida del duque de Wellington, no la muerte de Napoleón.

—Si le concedo cinco minutos más de plática, apuesto a que habría acabado dando gracias a Dios por la isla de Santa Elena^[7].

—No te quepa la menor duda.

—¡Ahora van a cantar *Silent Night*! ¡Adoro *Silent Night*!

—A mí me gusta el silencio a secas —masculló por lo bajini, pero Sarah fingió no escucharlo para moverse al ritmo pausado y evocador del villancico más lento y hermoso que se hubiera registrado en la última década.

El duque podía quejarse cuanto gustara, que, para cuando el coro de voces blancas alcanzó, en un alarde de talento, las notas más altas, hasta él guardó silencio y asistió al recital teniendo que controlarse para que la emoción no lo traicionara.

Sarah lo miró de reojo, acompañando en todo momento la letra con un movimiento de labios que no osara intervenir en la perfecta armonía de los niños.

El duque se erguía igual que las estatuas monumentales de las plazas que ensalzaban a un soldado de renombre; alto, bello y casi igual de invulnerable, sin blandir espada ni montar un corcel, pero aun así impecable dentro de su gabán. Distraídos copos de nieve habían escogido las solapas y las hombreras de su abrigo negro para pasar sus últimas horas de vida; qué astutos habían sido, qué buen gusto, pues se derretirían con el calor de su cuerpo. La temperatura, en lugar de hacerle palidecer, había pintado rubores en la punta de su nariz y en sus mejillas, dándole un aspecto saludable y hasta juvenil.

A la par que la visión le encogía el corazón, un calor se extendió por su pecho.

La expresión siempre impávida de Lucien se había suavizado asistiendo al concierto.

—¿Ve como la música apacigua el alma de los hombres?

—Más bien la de las mujeres. Y pensaba que lo que se decía era que la música es el alimento del amor —corrigió con una ceja enarcada.

Sarah no se atrevió a mirarlo al oír la palabra «amor» en sus labios. Estaba segura de que la había pronunciado antes, solo que jamás como algo que él pudiera sentir. De igual modo, ella se sentía apelada cuando la decía y, al mismo tiempo, vulnerable por los anhelos que despertaba.

—También, también —convino con una sonrisa—. Si lo dijo Shakespeare, ha de ser verdad.

—Deberíamos ir marchándonos. Tengo más de cincuenta asalariados a mi cargo, y si queremos que tanto ellos como sus hijos reciban a tiempo los regalos, hemos de empezar a repartirlos ya.

Sarah esbozó una sonrisa de regocijo y se aferró a su codo para atraerlo hacia sí. Apoyó la mejilla contra su hombro y desde ahí lo miró con aire soñador.

—¿Ve como en el fondo está encantado de hacer esto?

—Habría preferido quedarme en el salón, al amparo del hogar. No me gusta el frío.

—Lo sé. Por eso se casó conmigo.

Al principio Lucien enarcó una ceja, no supo si divertido por el comentario desahogado. Tuvo que estar de acuerdo con la afirmación de Sarah, porque un amago de sonrisa tiró de una de las comisuras de sus labios y acto seguido se inclinó para besarla castamente.

Aunque el contacto no podía compararse con los tórridos besos que habían intercambiado en el dormitorio, algo se sacudió dentro de Sarah pidiendo mucho más.

Por desgracia, en sus tierras les estaban esperando los labriegos y sus descendientes. Aún habrían de pasar el día en el exterior cumpliendo con sus responsabilidades antes de reencontrarse en la cama. Claro que esto no solo no la fastidiaba, sino que la ilusionaba: quería compartir con su marido mucho más que unos ratos de pasión. No quería las noches, sino también los días y las tardes. Quería las horas muertas, los silencios tensos, los desayunos leyendo el periódico y los paseos iluminados por el ocaso. No sabía de dónde venían esas ansias por permanecer a su lado en todo momento ni si vería su deseo satisfecho; solo sabía que le parecía buena señal y que haría cuanto estuviera en su mano para que él correspondiera sus expectativas de compañía.

No pudieron marcharse de regreso enseguida porque la ciudad los seguía llamando. Dover se había vestido con los colores y tradiciones de las fiestas; de las casas particulares y negocios locales colgaban ramas de hiedra y acebo, guirnaldas de laurel o tejo; en la plaza pública se erguía orgulloso un abeto decorado. Los faroles de aceite iluminaban las calles, dándoles un aire cálido y familiar que llenó a Sarah de esperanza. No hacía sino apretarse contra el duque, incapaz de contener su entusiasmo, mientras se asomaban a los comercios. Desde los escaparates de las confiterías, los dulces y las frutas secas llamaban a la gula. Las coronas de muérdago y los adornos litúrgicos en las iglesias no podían faltar. Se había habilitado un mercado navideño que vendía decoraciones propias del momento del año. La música en vivo acompañaba a los compradores, todos de un contagioso ánimo festivo.

Fue en el puestecillo de un artesano que tallaba figuras de madera donde Sarah compró el regalo de Lucien aprovechando que se había despistado con la mesa de dulces. El trabajador de la madera se rio cuando ella asoció un anciano ceñudo al señor Scrooge y le dijo que podía estar en lo cierto, que perfectamente podía tratarse del protagonista de Dickens. Tuvo que pagarle como se cometían las ilegalidades, vigilando a un lado y al otro y pasándole las monedas con discreción.

Sarah acababa de introducir la figurita en el ridículo que le colgaba de la muñeca cuando Lucien regresó armado con dulces de la temporada: mazapanes, caramelos duros, dátiles, higos y pasas, pan de jengibre e incluso chocolate, que hizo que Sarah lanzara un grito de ilusión.

—¿Puedo probarlo ya?

—No creo que a estas alturas esté yo en la posición de impedirte nada.

Pero Sarah esperó a estar sentada en el carruaje, ya en el camino de vuelta, para darle el primer mordisco al bombón. Emitió un gemido de gusto y se cambió al asiento de enfrente, desde donde Lucien la estaba observando como si tuviera un fuerte dilema interno; la expresión que se le quedaba cuando no podía controlar sus emociones.

Sarah se apiadó de él acercándole un bombón a la boca. En un alarde de obediencia, Lucien se alimentó de su mano sosteniéndole la mirada.

—¿No está sabroso?

—Más que eso. Delicioso —respondió cuando ya había terminado de masticar lentamente.

La ronquera de su voz estremeció a Sarah. Se mordió el labio sin darse cuenta, atrayendo así la atención del duque. Lucien le acarició la barbilla con el pulgar y tiró con suavidad hacia abajo para que los dientes soltaran la tierna carne de la boca, y a continuación se inclinó para ser él quien la degustara a través de un beso que sugería todas las maldades que podría hacerle allí mismo.

Sus labios rodaron mentón abajo para servirse de la parte del cuello que el prudente escote del vestido dejaba a la vista. Sarah se echó hacia atrás, jadeante, y se entregó con los ojos cerrados a los besos que repartió bajo los lóbulos de sus orejas, en el centro de la garganta, todo esto sujetándola por la nuca como a un bebé.

—¿Se está... divirtiéndote? —balbuceó Sarah.

—De lo lindo.

—Digo... digo... durante todo este... día, no ahora mismo.

—Lo cierto es que parece tarea imposible actuar a desgana cuando estás en la escena, Sarah —reconoció en voz baja, como si no quisiera enterarse ni él—. Desconozco la razón por la que puedas haber durado tantos años lejos de las garras de los amargados como yo..., pero cuánto me alegro a la vez que nadie te descubriera antes de que llegara.

—¿Lo dice como si yo me hubiera casado con cualquiera!

—Pensaba que no tildabas a nadie de «cualquiera». ¿Estás diciendo, acaso, que te has casado conmigo por mi ducado?, ¿porque soy lo contrario a un cualquiera? —inquirió él con una chispa candente en los ojos. Podía permitirse bromear al respecto porque tenía la seguridad de que Sarah no era ni por asomo superficial.

Ella le pasó los brazos por los hombros y se tomó la libertad de sentarse en su regazo.

Como imantadas, las manos de Lucien fueron directamente a su cintura.

—El ducado no es lo único que le hace especial, excelencia... y no era duque cuando, en un encomiable gesto de generosidad, se ofrecía a inspeccionar mi pelvis, que fue cuando me deslumbró.

—¿Y qué era yo entonces?

—Un hombre con unos ojos excepcionalmente azules... —se humedeció los labios, el gesto involuntario que inspiraba observarlo desde tan cerca—. Un hombre tan bello y peligroso como el aullido de los lobos a la luna.

—Para ser tan peligroso, no te vi ponerte a resguardo.

—Ya había pasado demasiados años sobreprotegida entre las cuatro paredes de la escuela. Supongo que no me importaba una cuota de riesgo.

Lucien concluyó la conversación tomando sus labios sin ninguna delicadeza. El gemido de Sarah se perdió en el fragor del movimiento de un par de bocas que parecían competir por quién devoraba antes al otro. Sabía a chocolate con un rastro del té de la mañana; estaba frío por fuera, causa de las temperaturas, pero ardiendo ahí donde la húmeda lengua se cobijaba.

Sarah se revolvió sobre su regazo, queriendo sentarse a horcajadas. Lucien le apartó las faldas con impaciencia para que sintiera su erección a través de las finas medias, casi directamente contra su sexo excitado. Le hundió las manos en el moño con toda la intención de desbaratarlo, un gesto del que no tardaría en arrepentirse, pues fue la posibilidad de bajarse despeinada del coche lo que la despertó del éxtasis.

—No va a hacerme el amor en el carruaje —determinó, pero sonó tan vulnerable que temió que le bastara un beso para convencerla de lo contrario.

—¿Y para qué querría yo un carruaje, entonces?

—Para... para... charlar conmigo. Yo... Le deseo más que nada en el mundo, pero no quiero que piense que la única manera en que podemos fomentar la intimidad de pareja es a través de la cama.

—Es la más divertida —puntualizó.

—¡Precisamente porque piensa eso debo detenerle aquí y ahora! ¡También soy divertida cuando voy vestida, excelencia! —atajó, y volvió a su asiento con una pose digna. Se alisó la falda con la mirada clavada obstinadamente en la ventanilla.

Aun así, sentía la observación de Lucien, a la que no quiso ponerle atención de inmediato por miedo a haberlo enojado.

Nada más lejos de la realidad. Él la miraba sin sonreír de forma abierta, pero con una expresión que insinuaba una tierna simpatía. Le habría gustado fingirse indignada un rato más por mera vanidad. No pudo resistirse a la placidez de su semblante, sin embargo, y acabó apretando una sonrisa para que no fuera tan visible su diversión.

Para su sorpresa, Lucien se echó a reír y acabó sacudiendo la cabeza.

—Lo que yo decía —comentó con un deje soñador—. Nadie puede estar molesto o ser indiferente cuando está contigo, o no por mucho tiempo..., ni siquiera tú misma.

Capítulo 11



Veinticuatro horas habitando Henshawe House habían bastado para que Sarah se convirtiera en la duquesa de Maybourne preferida de los asalariados. Lucien lo había visto en sus ojos antes incluso de que ella anunciara, ya con los pies en las modestas viviendas de los susodichos, que no venía con las manos vacías.

Aunque nunca diría una mala palabra de ninguna de sus esposas, debía reconocer que ni una sola se había interesado nunca por sus trabajadores. Ni Arabella, quizá por su extrema juventud —a menudo relacionada con el inevitable egoísmo—, ni Elizabeth, porque los dolores la encerraban en sí misma como para preocuparse por nadie más, ni Caroline, por haber sido criada en un ambiente que asociaba a la gente humilde con los males de la difteria.

Sarah era única en su clase.

Con motivo del carácter sorpresivo de la visita, las señoras de la casa no habían podido ofrecer más que té a los duques. Lucien pensó con malicia en sacarlo a colación más adelante para recordarle a Sarah que no era más sensata que él, y que no hacía sino recalcar su superioridad y avergonzar a la gente al presentarse de repente cuando no podían ejercer de dignos anfitriones.

No tardaría en olvidarse de esto al oír a su esposa:

—No venimos para recibir, señora Johnson, sino para dar.

Para cuando Sarah se arrodilló sin ningún tipo de pudor en los salones, quedando así a la altura de los menores que se habían acercado con curiosidad al saco abultado, ya se había ganado el corazón de todos; de los niños, de los adolescentes, de los adultos. Con un brío y un encanto contagiosos, Sarah empezó a sacar los juguetes, los detalles de las bolsitas que había cosido a mano y los dulces con los que esperaba alegrarles el paladar tras la cena de Navidad. Le hizo un gesto para invitarlo a hacer lo mismo; así acabarían antes.

Reacio a plantar las rodillas en un suelo sin alfombrar, se limitó a agacharse para seguir repartiendo los regalos.

Lucien se había creído muy por encima de la sensación que pudiera causar su dadivosidad. Pretendía entregar los caballitos y soldaditos de madera para aplacar a una esposa caprichosa, mas caprichosa de un modo distinto al que estaba acostumbrado, y volver a Henshawe House lo antes posible para cobrarse su premio: la pasión de Sarah. Pero había empezado a entender a lo que se refería con fomentar la intimidad en lugares distintos de la cama. Al ver que una niña de once años rompía a llorar después de comprender, no sin dificultad, que la muñeca era para ella, intercambió una mirada entre perpleja y conmovida con Sarah, a la que le brillaban los ojos de emoción.

A través del amor se podía obtener placer, pero compartiendo el entusiasmo ajeno se conseguía un resultado muy similar.

Nunca lo habría dicho.

—No podemos aceptar nada de esto, excelencia. Nosotros... nosotros... no podríamos pagárselo —le dijo el señor Johnson, turbado y a la vez emocionado por la alegría de sus hijos—.

Ese tipo de artesanía no está al alcance de nuestros bolsillos.

—Descuide, Johnson. Los juguetes forman parte del aguinaldo navideño.

—¿Aguinaldo... navideño?

—Así es. —Se animó a palmearle el hombro con camaradería—. Un hombre trabajador como usted no merece menos.

Incluso sin mirarla, sintió la aprobación de Sarah, pero eligió concentrarse en todas las emociones que fueron surcando el rostro del señor Johnson. Estaba tan fuera de sí que a duras penas se tenía en pie, y aunque insistió con balbuceos en que no podía aceptar su generosidad, cada vez que lo repetía sonaba mucho menos convencido.

Un espectáculo similar tuvo lugar en las casas vecinas. Ninguno de sus asalariados agradeció los regalos sin rechistar. Todos ellos, navegando las turbulentas aguas de la estupefacción, tardaban en asimilar primero su visita, luego su altruismo y después el atrevimiento de los niños, que se enganchaban a las faldas de Sarah o a las piernas del duque dando saltos de alegría.

Lucien se dijo con cinismo que estaba prestándose a escenas lacrimógenas por su esposa, decidido a que al menos la cuarta fuera feliz desde el primer día hasta el último. Pero cuando ya habían visitado veinticinco de las cincuenta casas, comprendió que no estaba haciendo aquello en su nombre sino porque de veras creía que sus hombres eran gente buena, gente honrada, y sus hijos tenían derecho a los mismos privilegios de los que había gozado Sean.

El hijo de su capataz, el señor York, resultó parecerse tanto a su primogénito cuando era niño que se quedó paralizado bajo el umbral nada más verlo. La misma cabellera negra, unos alegres ojos azules; hasta el gracioso hoyuelo de la barbilla empezaba a insinuarse, prometiendo hundirse más y más con los años hasta convertirle en un colmo de masculinidad. Se le formó un nudo en la garganta recordando la dolorosa convivencia con Sean, pero logró mantenerse firme y dirigirle al crío las mismas felicitaciones que al resto.

—¿No es maravilloso formar parte de la felicidad de los demás? ¿Ser quien pone un granito de arena para hacerla posible? —comentaba Sarah en el paseo con una sonrisa que no le cabía en la cara.

Lucien la miró de reojo, preparado para restarle importancia, pero la adorable visión de su rostro ruborizado lo dejó noqueado. Parecía más pequeña y redonda aún con diez capas de ropa, y estaba despeinada de tantos niños que la habían abrazado. Un mechón castaño revoloteaba en el marco de su cara al son de la brisa gélida que los atacaba de frente. Sintió la tentación de colocárselo detrás de la oreja, pero le invadió el absurdo presentimiento de que estaría revelando un sentimiento profundo que le hacía vulnerable al prestarse a tan sencillo gesto.

—Mm.

—¿Mm? Vamos, no se haga usted el que la Virgen le habla. —Le dio un codazo amistoso en el brazo. Lo miraba con sorna a través de las pestañas—. ¡Lo está disfrutando!

—No está siendo tan insufrible como me temía, eso sí lo reconozco. Vas a acabar enfermado con los cambios bruscos de temperatura entre el calor de las casas y el frío exterior.

—¡Ni por asomo! ¡Estoy más sana que un roble!

Lucien sintió que se le encogía el estómago agónicamente. La miraba y no se le ocurría argumento para replicar lo contrario; siempre tenía buen color, incluso cuando padecía los

dolores menstruales, era ágil y dinámica, comía en cantidades razonables..., pero Elizabeth también lucía un muy buen aspecto cuando la conoció y, casi de un día para otro, la dismenorrea se convirtió en la cruz de su vida y de su matrimonio.

La sola idea de que Sarah sufriera algo parecido, de que se apagara de repente o se la llevaran las fiebres que acabaron con Caroline, se le antojaba insoportable.

Se preguntó cómo era posible temer la pérdida de una persona que una semana atrás ni siquiera estaba en su mapa mental. El miedo a que una mujer volviera a ser importante para él le paralizó, y tal fue su desesperación que no se percató de que Sarah se había adelantado, dejándolo parado en medio del caminito.

Un golpe en el hombro lo sacó del turbio ensimismamiento. Se miró la solapa del gabán y descubrió trazas de nieve en proceso de descomposición. Alzó la mirada en la dirección del proyectil y vio que Sarah había cruzado las manos a la espalda y fingía ser inocente silbando con la barbilla orientada al cielo.

—Por casualidad no habrá usted atentado contra la vida de un duque de Su Majestad —comentó Lucien en tono ominoso. La amplitud del campo permitió la propagación de su voz, que hizo arquear las cejas a Sarah.

—Contra la vida de su ánimo oscuro, más bien —se defendió—, porque por mucho que intento divertirlo y distraerlo con mi chispeante compañía, siempre acaba volviendo a poner esa cara de señor Scrooge.

Le invadió una razonable pero inesperada rabia hacia sí mismo. Incluso sin darse cuenta ponía a prueba la paciencia y la buena voluntad de Sarah. Le preocupó estar arruinándole el día con sus momentos de nostalgia, y tuvo que hacerlo tanto que volvió a componer la torturada mueca del amargado Scrooge, porque ella, ni corta ni perezosa, armó de nuevo una bola de nieve y se la arrojó.

El duque no pudo esquivarla a tiempo: impactó justo en el centro de su pecho.

Fingió haber tenido suficiente dirigiéndose a ella con paso rápido, o, al menos, todo lo que le era posible considerando las dificultades del terreno: Sarah se había adentrado en la zona donde la nieve se había acumulado hasta cubrir las pantorrillas, y parecía que, para caminar, hubiera que sacar los pies del cemento.

Ella se echó a reír pese al aspecto peligroso que él debía presentar y se apresuró a volver a atacarlo con un tercer proyectil. El duque lo esquivó agachándose para agrupar en la mano una mole de nieve. No se la arrojó, sino que se la estampó en la espalda en cuanto llegó a su altura y la pudo rodear con los brazos.

Sarah lanzó un gritito al perder el equilibrio; Lucien, queriendo o sin querer, probablemente ambos casos, cayó sobre ella en la mullida superficie blanca. Se quedó a tan solo un suspiro de besar sus labios llenos, sus mejillas sonrosadas, la punta de la nariz insolente. Gracias a Dios que no lo hizo, porque habría ofendido a todo aquel conjunto de rasgos además de haberse traicionado a sí mismo escogiendo uno sobre el resto.

Tragó saliva, sobrecogido por la cantidad de emociones que la contemplación de su rostro despertaba en él. Se alarmó cuando ella utilizó la mano para retirarle los mechones más cortos del flequillo y, aprovechando el viaje, también para acariciarle la cara con unos dedos que parecían estalactitas, pero capaces aun así del tacto más cálido.

Hasta la física y la química básicas había aprendido a dominar aquella mujer.

—¿Puedo besarte? —susurró él con la voz entrecortada, vulnerable como nunca—. ¿Me dejarás?

Una tímida pero dulce sonrisa curvó los labios de la ahora duquesa, que no dudó en asentir despacio. Lucien quiso corresponder con ternura su plácida concesión, pero tan pronto como tocó sus labios, perdió los papeles y se aplastó del todo contra su cuerpo, como si deseara enterrarla en la nieve. Le ardía la garganta, y no por el frío, que no podía sentir resguardado en la burbuja que Sarah había construido para él, para ella, para los dos; le ardía porque ansiaba decir una estupidez imperdonable, una estupidez que le ahuyentaría porque todo ápice de racionalidad se había perdido en el trayecto.

Lucien devoró sus labios con el mismo afán desesperado que desesperada era la presión insoportable que le apretaba por dentro. Y si pensaba que no diciéndolo no tendría que escucharlo, se equivocaba, porque, aun así, formuló el secreto en la privacidad de su mente: «Yo a ti te quiero ya. Te quiero como si te llevara queriendo desde antes de conocerte. Como si hubiera estado toda la vida preparándome para hacerlo en cuanto entraras por la puerta. Así, sin negociaciones ni vacilaciones. Sin perder tiempo».

—Lucien... —gimoteó Sarah contra sus labios. No había apartado las manos de su rostro—. Tengo la espalda mojada de... agua... o de nieve... Pero bésame igual, por favor.

—De ninguna manera —bramó, y se incorporó de inmediato para luego ayudarla a ella a levantarse. Comprobó, palpación mediante, que era cierto; que estaba empapada hasta la primera capa de ropa, y, preocupado, la tomó entre sus brazos.

—¿A dónde vamos? ¡Aún tenemos regalos que repartir!

—No puedes quedarte con la ropa mojada hasta concluir la ruta; quedan más de diez visitas. Además, ya está cayendo la noche. Mañana por la mañana continuaremos, ¿de acuerdo?

—¡Pero eso dará tiempo a tus empleados a hablar entre ellos! ¿Qué pensarán los que todavía no han recibido sus presentes? ¡Creerán que nos hemos olvidado de sus casas...!

—En ese caso iré yo solo esta noche. No me contradigas en esto, Sarah.

Se había dado cuenta de que, cuando usaba su nombre, se ablandaba de tal manera que casi parecía una esposa abnegada; una mujer que obedecía sin oponer resistencia. Una parte de él, todavía maliciosa, se prometió guardarse esa mano para más tarde, con toda la intención de usarla como as bajo la manga. Pero su expresión vulnerable, verla tiritar de frío, le hizo olvidar cualquier pretensión de imponerse.

—¡Señora Tomlinson! —gritó nada más cruzar el umbral de Henshawe House—. ¡Prepare un baño caliente!

El ama de llaves dejó lo que estaba haciendo para precipitarse escaleras arriba con un trío de doncellas a su espalda. Sarah le lanzó una mirada de desaprobación, todavía cómodamente arrebujada entre sus brazos.

—¿Era necesario que les rugiera las órdenes, como si me hubiera puesto de parto?

—Una gripe es cosa seria, y no echaba de menos que me reprochara mis métodos de comunicación con los criados —añadió con retintín.

—¡No hace falta que tenga al servicio con el Jesús en la boca por una falda húmeda, por Dios!

¡Si quiere usted volverse loco porque su esposa ha cogido frío, lleve la procesión por dentro y no intente que le acompañen en su neurosis!

—Créeme, Sarah —masculló entre dientes—. Si algún día te pasa algo, voy a convertirlo en el problema de todo el mundo.

La hostilidad del tono y su implícita promesa de sangre hicieron enmudecer a Sarah, que no volvió a insistir en sus recriminaciones. Dejó que Lucien la cargara sin dificultad escaleras arriba y esperase sin ponerla todavía en el suelo a que las criadas terminaran de llenar la bañera, una preciosa creación de oro.

Una vez las doncellas se marcharon por orden del duque, que determinó que la duquesa no necesitaría otra ayuda que la suya, bajó a la silenciosa Sarah y procedió a desenvolver las capas una a una con una mezcla de prisa e inevitable reverencia.

Le castañeteaban los dientes, razón por la que quizá no medió palabra en todo el proceso. Aunque seguía terriblemente preocupado por las consecuencias del frío, se inclinó para besarle la línea del hombro y uno de los senos antes de ayudarla a meterse en la bañera.

En cuanto el agua ardiendo tocó su piel aterida, Sarah emitió un suspiro de alivio. Se abrazó las rodillas bajo la superficie, que sobresalieron lo suficiente para que ella apoyara la mejilla.

—¿No viene conmigo? Usted también está empapado. Y por mi culpa —apostilló.

«Nada en este mundo es tu culpa», pensó Lucien. «Todo en este mundo se dobla ante ti para darte las gracias».

Se quedó paralizado a un lado de la bañera, mucho más que aturdido por el rumbo de sus pensamientos. La rabia por no comprender qué le estaba sucediendo amenazaba con formular un exabrupto que rompiera la magia del momento. Por suerte o por desgracia para él, el deseo de abrazarla superó con creces el impulso autodestructivo y se desnudó para acompañarla.

No tuvo que pedirle que se acercara. Sarah se movió muy despacio para no alterar la calma del agua y se sentó a horcajadas para abrazarse a él en una postura vulnerable. Se le formó un nudo en la garganta al rodearla por la espalda y apoyar una palma entre sus omoplatos.

—Ha sido un día perfecto —susurró ella—. Gracias, Lucien.

—Todavía no ha acabado.

—No creo que puedas arruinarlo. —Se separó para mirarlo largamente—. Sobre todo porque las noches se te dan mucho mejor.

Lucien tragó saliva y, sobreentendiendo que le entregaba su permiso, deslizó la mano por la longitud de su espalda hasta llegar a una de las nalgas. Hundió los dedos en la carne para acercarla más a él. Cuando ya estaba a una distancia crítica de ella, la besó muy despacio en los labios casi con agradecimiento.

Entonces no le había arruinado el día.

El día estaba salvado.

No era un pésimo marido y ella no se arrepentía de estar allí.

—¿En qué piensas? —preguntó Sarah con ese tono reiterativo de la costumbre recién adquirida. Le cubrió las mejillas con las manos y lo besó en los labios como si así pretendiera convencerlo de sincerarse—. ¿Qué ocupa esa cabeza tuya...? —Otro beso, y otro, todos ellos

castos, colmados de ternura—. Una preocupación te aleja de mí, lo sé.

Lucien arrastró las caderas femeninas hacia su semierección. Se sirvió de su cuerpo como si no fuera más que una muñeca para frotarla contra el suyo, al principio muy despacio, y conforme ella meneaba la cabeza sin saber qué hacer con esta, conforme jadeaba sin control y se le sonrosaba la piel, más y más rápido, con la ansiedad de llevar todo el día sufriendo por no poder tenerla.

—Tú sabes muchas cosas... —masculló contra su piel. Había apoyado la boca en el borde de su mentón o, mejor dicho, se había escondido en el desfiladero que era el borde de su rostro para que no lo viera desesperarse por ella—. Sabes muchas cosas y acabas de llegar, maldita seas.

Sarah tuvo que tener la intención de decir algo, porque siempre tenía la intención de decir algo, siempre replicaba, pero se le entrecortó la respiración con la sugerente fricción de su miembro erecto y solo jadeó.

«Siempre», repitió él para sus adentros. Lucien también sabía muchas cosas, comprendió; ya se atrevía a hacer afirmaciones tan categóricas como que hacía algo todas y cada una de las veces. Sí, tenía tal seguridad en su conocimiento de ella que pondría la mano en el fuego porque haría ese algo durante el resto de su vida.

Siempre, en definitiva. Justo lo que significaba esa palabra, significado que Lucien no podía desentrañar del todo porque no había tenido una eternidad con nadie.

Arabella no le dio un siempre, ni Liz, ni Caroline, y tampoco su hijo pese a seguir vivo.

Todos esos rostros, todo el dolor que cargaba consigo, acechaba al otro lado de la bañera. Arañaba con sus uñas afiladas del cristal invisible que separaba el mundo real de lo que quiera que fuese aquello que Sarah tejía a su alrededor; una burbuja, un palacio, un abrazo protector. En cualquier caso, ningún recuerdo era lo bastante amargo con esa mujer encima. Ninguno podía atravesarlo.

Era un condenado alivio.

Lucien la besó con la intención de derretirla y hundió aún más los dedos en sus nalgas. Las arrastró hacia delante y presionó hacia abajo para que notara toda la extensión de su miembro entre los pliegues bien abiertos y expuestos, tan cálidos como el agua que empezaba a revolverse, inquieta, en torno a sus cuerpos. Introdujo la lengua en la boca que le ofreció para gemir ruidosamente y ahondó en el beso que anticipaba el sexo. Fue él quien gruñó y metió una mano bajo la superficie para agarrarse la erección y penetrarla con brusquedad.

Sarah no solo no se quejó, sino que lo apretó con sus carnes ardientes y empezó a moverse casi de inmediato.

—Pensaba que no querías que el sexo se convirtiera en los cimientos de nuestra intimidad —le susurró él al oído en tono burlón. Acarició con el pulgar la curvatura de la oreja que el cabello recogido dejaba a la vista—, pero me montas como si fuera tu último día en la Tierra.

Sarah lo miró con la boca y los párpados entreabiertos. El brillo animal de las mujeres apasionadas había pintado con una mota de ámbar sus ojos castaños; el deseo todo lo aclaraba y todo lo revolvía a la vez.

—Nunca hago nada a medias, excelencia.

—Lucien —corrigió con dulzura.

Ella se pasó la punta de la lengua por el borde del labio.

—Lucien.

El duque llevó las manos al moño cada vez más perjudicado y le soltó la melena todavía más o menos seca. Guio un mechón a su nariz e inspiró con los ojos cerrados. Sintió que solo su aroma lo endurecía más aún y empujó con suavidad las caderas para hundirse dentro de ella. Sarah jadeó y se agarró a sus hombros para retomar un movimiento rítmico e indómito que le sacó el alma del cuerpo.

Rechinó entre dientes una maldición y le plantó las manos en la cintura para motivarla.

—Además... —retomó ella cuando había recuperado el aliento—, también soy competitiva, aquí donde me ve. Usted ha hecho el amor con decenas de mujeres..., tal vez cientos de mujeres. —Le hizo una tentadora caída de ojos—. He de aplicarme para solo aspirar a estar a la altura de la que mejor le hizo sentir.

—Tú no compites con nadie —murmuró, y estiró el cuello para robarle un beso en el punto que unía el lóbulo de la oreja con la mandíbula—. Tú estás aquí. Eres la única que está aquí, ahora..., conmigo.

Cierto era que ella estaba viva, pero si hubieran estado vivas todas las demás, si todas las amantes, las esposas, las que fueron amantes pero quiso que fueran esposas, lo hubieran recibido juntas en el salón, ¿hacia cuál se habrían ido sus ojos?

A lo mejor habría buscado a Arabella primero para ser fiel a todas las veces que se había prometido que, en la otra vida, rogaría su perdón; a lo mejor habría seguido Liz, a la que se habría acercado para asegurarse de que en el reino de los cielos había hallado la paz y el contento que sus circunstancias le habían arrebatado; habría querido estrechar la mano de su querida amiga Caroline una última vez.

Pero luego, cuando solo hubiera quedado Sarah en pie, ¿qué habría dicho? ¿Cómo habría reaccionado?

Ella se habría llevado el beso de novela, pero seguramente también las bellas palabras.

Otra vez lo asfixió el impulso de decir una auténtica locura como solo lo era el «te quiero» que no se hacía de rogar. Lo estaba cabalgando desbocada con los dedos anclados a sus hombros con un instinto posesivo que en otra habría delezñado, pero que en ella tenía sentido, porque Lucien no pertenecía a ninguna otra parte salvo a donde se sentía querido: allí, entre sus brazos. Tomó sus labios de nuevo, asustado y a la vez esperanzado por si en esta ocasión Dios le sonreía permitiéndole conservar de por vida a la dulce, decidida y amorosa Sarah Reeves.

Y si el título de duquesa estaba maldito, como tanto se comentaba, por favor, *por favor...*, que ella lo exorcizara con su pureza. Solo ella podría sacralizarlo.

Lucien intensificó su agarre hasta arrancarle un sollozo dolorido, pero así desahogó la tensión que le sobrevino para resistir la potencia de un orgasmo devastador. Sarah echó la cabeza hacia atrás, exponiendo la longitud de su cuello, sus pechos llenos para el deleite de un Lucien de mirada vidriosa, y lo acompañó unos segundos después en un clímax maravilloso.

Capítulo 12



A la mañana siguiente, Lucien pudo remolonear cuanto quiso y más en la cama sin que ninguna enérgica duquesa corriera las cortinas de golpe. Aun así, cuando echó el brazo a un lado, todavía medio dormido, y no tocó el cuerpo caliente de Sarah, renunció a toda intención de perder el tiempo en el mundo de los sueños.

Se incorporó enseguida, ceñudo. Bastó con que aguzara el oído para escuchar con meridiana claridad una mezcla de voces femeninas, el sonido de unos pasos resueltos, y...

Lucien se frotó un ojo con aire desvalido.

No estaba en condiciones de forzar los cinco sentidos.

Poco le importaba eso a lady Maybourne, que abrió la puerta sin llamar antes y entró como una tromba en el dormitorio. Nada más verlo sentado como un niño que rehusaba acudir a la escuela, puso los brazos en jarras y suspiró.

—¿No piensas levantarte nunca? ¡Son las doce del mediodía y ya es Navidad!

—Y si es Navidad, ¿por qué no se ha cumplido mi sueño?

—¿Cuál es tu sueño?

—Despertarme por causas naturales y junto a mi mujer, si no es mucho pedir —gruñó.

—Ya tenías los ojos abiertos cuando he llegado. ¡Traigo un regalo!

Lucien cerró los párpados un segundo para ahogar una queja que podría haber minado el entusiasmo de Sarah. «Maldito seas, Father Christmas», habría acompañado de un suspiro. Nada más notar que el colchón se hundía por un extremo, volvió a fijarse en ella; en la sonrisa nerviosa con la que rebuscaba entre los múltiples bolsillos de la falda.

Se había dado cuenta de que sus vestidos de maestra contaban con un sinfín de compartimentos secretos. La tarde anterior, entre una visita y otra, le había preguntado a qué se debía y Sarah le había dicho que una costurera necesitaba espacios donde poner sus bobinas, sus alfileros, su cinta métrica.

Pero ya no era costurera.

—Recuérdame que haga venir de Londres a la mejor modista —balbuceó en tanto que Sarah gruñía incoherencias a sus bolsillos por haber abducido el regalo—. Necesitas vestidos nuevos.

—Si ese comentario era una prueba para evaluar mi frivolidad, me temo que voy a decepcionarte, porque no me pienso oponer. Como podrás imaginarte, me entusiasma la moda. De todos modos, me gusta coser mis propias prendas. Si no te importa, preferiría que me trajeras a un comerciante de sedas y que me permitieras utilizar alguna de las habitaciones sobrantes como taller.

Lucien dejó de frotarse la cara. Dejó caer la mano sobre el regazo.

—¿Cómo has dicho? ¿Un taller? Eres la duquesa de Maybourne. Este título ha de responder a numerosas obligaciones, pero la principal de todas ellas es no volver a trabajar.

—¿Y qué pretendes que haga todo el día?

—Atender tus responsabilidades ducales, como hago yo.

—Tú tienes deberes para con la Corona; leyes que estudiar, votar y supervisar, entre otros, y eso por no contar las horas que pasarás en la Cámara cuando reabran las sesiones. ¿Qué hay de mí? ¿Cuántas veces se puede cambiar un menú a la semana como para que eso ocupe mi tiempo? No puedo ayudar a las doncellas a limpiar el polvo ni tampoco organizar fiestas cada fin de semana; aunque te cueste creerlo, no soporto ser el centro de atención, o no por razones superficiales como una velada nocturna con champán y orquesta. Y no es físicamente posible que dedique el día entero a atender las responsabilidades ducales que refieren a la cama.

—¿Y cuál es la alternativa? ¿Diseñar vestidos?

—¿Por qué no? Siempre y cuando no los venda en los mercados del sábado o pretenda inaugurar la primera boutique de Dover... —Se rindió, cansada de buscar en los bolsillos, y lo enfrentó con los hombros caídos y una decepción tal que ni siquiera consiguió mirarlo a los ojos.

Lucien suspiró con el estómago encogido de verla alicaída.

—No me malinterpretes, Sarah. La de modista me parece una nobilísima dedicación, pero no puedes pretender abarcar la condición aristocrática y las rutinas de la gente humilde a la vez. Aun así —continuó a desgana—, supongo que no tendría nada de malo que te ocuparas de tu propio guardarropa: no es muy distinto de lo que hacen el resto de las damas que conozco..., solo que ellas se encargan de él mandando confeccionar las prendas, no cosiéndolas con sus propias manos.

—Si no quería una duquesa excéntrica, no haberse casado con una maestra costurera.

—*Touché*... Tienes que dejar de abordarme cuando acabo de despertar —se quejó con un gruñido, pellizcándose el puente de la nariz—. No soy el mejor conversador.

—Al contrario. Todavía no has levantado la muralla y puedo atisbar al menos la silueta del hombre que podrías ser si no le tuvieras tanto miedo a la vulnerabilidad. ¡Oh! —exclamó de repente—. ¡Ya sé dónde está! —Giró el torso hacia un lado para meter la mano en el bolsillo más amplio de la falda, aquel que tenían la inmensa mayoría de los vestidos. Tuvo que hundir el brazo hasta el codo para alcanzar una bolsita de tela cosida por ella misma con un misterioso objeto en el interior. No era tan pequeña como para albergar una nuez dorada, pero seguía cabiendo en la mano—. Aquí tienes tu regalo. Feliz Navidad, Lucien.

Fue entonces cuando el duque reparó en que Sarah le había comprado —o, peor, se había tomado la molestia de hacerle con sus propias manos— un obsequio. Aceptó el envoltorio que le había tendido con lógico escrúpulo, notando que una vergüenza manchada de culpabilidad le subía por el estómago.

—Sarah, yo... —No halló el valor para seguir hablando al mirarla a los ojos, unos ojos que irradiaban la luz de mil soles—. Yo... yo... —«Y ahora estoy tartamudeando», se reprochó, a punto de soltar una maldición—. Lo siento. Lo siento muchísimo. Yo no... no... no tengo nada para ti. No estaba al tanto de que fuéramos a sorprendernos con... Hace años que no preparo... Perdóname —murmuró al final, desolado.

Ella, lejos de ofenderse con su absoluta desconsideración, se enderezó con los ojos muy abiertos. Abrió la boca para decir algo, pero todavía tardó unos segundos en encontrar la voz, y antes que la inspiración de la palabra, la alcanzó la risa.

—¿Cómo que no tienes nada para mí? ¡Si acabas de pedirme perdón! Sospecho que no solo es

la primera vez que lo haces conmigo, sino que es una de las ocasiones únicas en las que has pronunciado semejantes palabras. ¡Habrase visto! —volvió a reír—. ¡Y dices que me has dejado sin regalo!

Con mucho gusto la habría fulminado con la mirada, pero su rostro se iluminaba cuando estaba feliz y sentía que quien intentara apagarla no merecería otra consideración que la de monstruo.

—Sarah...

—Vamos, ábrelo —lo animó con un aspaviento, inclinándose hacia delante. Se tendió boca arriba en la cama con las piernas apuntando hacia arriba y la barbilla apoyada en los cantos de las manos—. No tienes de qué preocuparte, Lucien. Lo vi y me acordé de ti, y me hizo más ilusión pensar en tu reacción que lo que tú pudieras darme a cambio. No se hacen regalos esperando retribución, además; ¿qué clase de espíritu navideño sería ese?

Lucien le aguantó la mirada con una mezcla de recelo e inevitable ternura. Conociéndola, se trataría de un detalle muy personal y que representaba más su carácter que el de él; no la imaginaba gastando dinero en una chalina o un reloj de bolsillo con incrustaciones, objetos por completo desangelados que podría haberle regalado cualquier otra persona.

No se equivocó. En cuanto se cansó de estar nervioso de expectación y se asomó al interior de la bolsita, descubrió la figurita de madera de un caballero encorvado y con el ceño fruncido.

Lucien lo sacó y lo sostuvo en alto con una ceja enarcada.

—¿No lo reconoces? —inquirió Sarah, bajando las manos para erguirse aún más con el gesto de sorpresa que se le exageraba a los niños—. ¡Es el señor Scrooge!

Ceñudo, giró el muñeco tallado hacia él y lo observó de cerca. Ciertamente guardaba un parecido reseñable con el señor Scrooge que había imaginado mientras leía la novela navideña de Dickens.

Apartó la vista de la pieza de artesanía y la centró en Sarah, que parecía estar aguantando para no reírse antes de conocer su valoración definitiva.

Lucien solo sonrió, de veras divertido, y meneó la cabeza.

—Eres una graciosa, ¿no?

—No tanto como tú cuando te animas. —Sarah se arrastró por la cama usando los codos para alcanzar el regazo de su marido y se estiró en una postura incómoda, levantando solo el torso, para robarle un beso en la mejilla—. Me alegra que te haya gustado.

—Yo no he dicho tal cosa.

—No importa. Lo he visto. —Le sacó la lengua y rodó hasta ponerse de espaldas para acto seguido levantarse con una agilidad que entristeció a Lucien. Por las mañanas ella era veloz como un rayo, y él demasiado lento para alcanzarla y retenerla un rato más a su lado—. ¡Levántate y vístete! ¡Quiero dar un paseo antes del almuerzo...!

Unos golpecitos a la puerta interrumpieron la respuesta de Lucien. Sin osar abrirla o asomarse por debajo del marco, la señora Tomlinson habló en voz alta y clara.

—Su excelencia, tiene usted visita. Los he convidado a pasar al salón en tanto que usted se prepara para recibirlos.

—¿Visita? ¿En Navidad? —Sin racionalizarlo antes, se giró hacia Sarah—. ¿Qué has hecho ya, mujer?

Estaba separando los labios para contestar, presumiblemente un «nada, que yo sepa» que se correspondiera con su sincera incompreensión, cuando la voz de la señora Tomlinson volvió a intervenir.

No pudo evitar que una nota ilusionada se filtrara en su aclaración.

—Se trata del señorito, excelencia. Ha venido con su esposa, la señora Connor, y con sus dos hijos, Nicholas y Rogan.

Por insólito que pudiera resultar conociendo las circunstancias del uno y del otro, Lucien estuvo seguro de que Sarah reaccionó peor que él. La vio poner los ojos como platos, pero lo vio como quien veía una escena teatral desde su palco, como si no formara parte de la escena. El alma se le había escapado del cuerpo al oír la palabra «señorito», el término cariñoso que el ama de llaves utilizaba para referirse a su hijo Sean.

Conforme la noticia se fue asentando en su cabeza, revuelta por la extrañeza, Lucien encajó las piezas de un puzle la mar de sencillo: el señor Connor, como se hacía llamar, no pondría un pie por sorpresa en Henshawe House ni aunque le hubieran prometido más oro del que nunca podría gastar, y ni mucho menos con su querida familia a cuestas, la que llevaba años demostrando que creía susceptible de contagio mortal si quedaba expuesta a la proximidad del perverso duque de Maybourne.

Por su parte, tenía la tranquilidad de no haberlo hecho sentir amenazado con una afable invitación, ni para el día de Navidad, ni para el día en que la Muerte se lo llevara por delante; como el perro viejo que era, sabía que estaría desperdiciando papel y tinta, y su orgullo quedaría irreversiblemente dañado con el más que obvio rechazo de una iniciativa que a Sean se le antojaría como poco insultante.

—Sarah —pronunció en tono ominoso. La furia viva de la traición despejaron los vestigios del plácido sueño—. Solo te lo voy a preguntar una vez. ¿Has contactado a...?

—Sí —lo interrumpió, inmóvil junto a la puerta. Estaba nerviosa, no sabía si por la certeza de haber obrado de forma errónea o por la ilusión de haberse salido con la suya—. Sí, contacté al señor Connor y le invité a venir antes del primero del año para disfrutar de una velada familiar. Ayer dejé la carta en la oficina. Como solo hay una hora y media de distancia entre Dover y Canterbury, y como me presenté ante el encargado como la nueva lady Maybourne, supongo que se ocupó de que la citación llegara cuanto antes y... y, bueno, el señor Connor se ha puesto en marcha tan pronto como ha recibido la carta, porque aquí está hoy...

—Sarah —interrumpió de nuevo, con el ánimo cada vez más sombrío. Se levantó de la cama muy despacio y fue hacia ella—. Dime con exactitud qué pusiste por escrito... y luego dime con qué maldito derecho te has comunicado con Sean a mis espaldas.

La duquesa no se dejó amedrentar y cuadró los hombros para enfrentarlo con dignidad.

—No se me antoja descabellado o fuera de lugar presentarme a tu hijo. Lo traté cuando pasó unas Navidades en Arlington Abbey, hace tres años, para más señas; justo antes de casarse con Prim, pero, hasta ayer, él no me conocía a mí por mi nuevo título. Y no hablo del título de duquesa, sino del de madrastra.

—Créeme que a ese necio le importa tanto que seas su madrastra como que yo sea su padre.

Tuvo tres antes que tú y a cada cuál la trató peor.

—En mi opinión, se le debe dar a todo el mundo la oportunidad de decepcionar o de sorprender, sin distinciones y sin importar qué tan pésimas sean las referencias o el punto de partida.

—Te has metido en asuntos que no te concernían. Te lo dije con claridad, Sarah. Mi hijo no es de tu incumbencia.

—Y recuerdo que yo te contesté que, según parece, tampoco lo es de la tuya. Deberías agradecer que me tomara el tiempo de escribirle para informar de tus recientes nupcias, y agachar la cabeza en una disculpa por no haber tenido la gentileza de adelantarte a mí. Es lo primero que hace un hombre con una mínima decencia si no se avergüenza de su esposa: anunciar las buenas nuevas.

—Quizá ese sea el problema; que ahora mismo lo mucho que me avergüenzas me resulta mortificante —contraatacó con una frialdad apabullante. Ella retrocedió un paso, igual que si le hubiese disparado una fecha, pero Lucien no se quedó a verlo y giró sobre los talones para ir a vestirse—. Vaya a recibir al señor y a la señora Connor, lady Maybourne. A fin de cuentas, son sus invitados. Haga que se sientan como en casa.

Aunque no se giró para comprobarlo, supo, como se sabía que se tenía la sombra cosida a los talones, que Sarah se quedó allí de pie esperando que él se desdijera. Pero Lucien era particularmente intransigente cuando de su hijo se trataba. No solo no medió palabra, sino que empezó a acicalarse como si ella no existiera hasta que por fin desapareció cerrando la puerta a su espalda, momento en el que él emitió un discreto suspiro antes de dejarse caer sobre el reposabrazos de la descalzadora.

Lucien se cubrió la cara con las manos, furioso consigo mismo y con el ritmo cardíaco que había adoptado su pulso. Le hervía la sangre por lo que entendía como una traición de Sarah. Tenderle esa trampa, obligarlo a mirar una vez más los ojos llenos de odio de su hijo, escuchar esa retahíla de acusaciones injustas que, por mucho tiempo que pasara, seguían hiriendo como el primer día... Era una crueldad.

No tenía nada en contra de la señora Connor, de la que se llevó una muy grata impresión la primera y última vez que la vio. Al menos habían podido comunicarse por carta por todo lo que Sean le negaba la palabra. Eran intercambios relativos a la asignación económica que había fijado para el mantenimiento de la familia Connor. Lucien siempre escribía desde la mayor de las cortesías, y Primrose Connor contestaba en todas las ocasiones con una amabilidad que traslucía incluso ternura, llegando a disculparse en el nombre de su marido.

No había terminado de decidir si odiaba o adoraba mantener el contacto con Primrose cuando las cartas cesaron de repente.

Por supuesto, Lucien no envió más.

Nunca le encontrarían insistiendo ahí donde no era bienvenido.

«Ha venido con su esposa, la señora Connor, y con sus dos hijos, Nicholas y Rogan».

Nicholas y Rogan, los famosos mellizos que nacieron el veinte de julio de 1845. Ya habían cumplido dos años; dos años, cinco meses y cinco días, siendo exactos. Si eran tan espabilados como lo había sido Sean, sabrían andar y conocerían al menos las palabras que les ayudaran a manifestar sus necesidades.

Nicholas y Rogan.

No había ni rastro de herencia paterna en aquel par de nombres. Ningún duque de Maybourne se había llamado de una u otra manera. El tío materno de Sean, sin embargo, había recibido el nombre de Nicholas. Si no le engañaba el conocimiento, disperso por la velada que le esperaba, «Rogan» tenía un origen irlandés.

Significaba «pelirrojo».

¿Sería pelirrojo?

Lucien sintió una punzada en el pecho. Allí se llevó la mano con la mandíbula apretada.

—¿Qué diablos te importa a ti? —rugió entre dientes. En lo que a él respectaba, no tenía hijo y, por ende, tampoco tenía nietos. Tenía, eso sí, un tumor externo al cuerpo que le sangraba el dinero y no quería otra cosa que verlo muerto.

Terminó de vestirse frente al espejo con la misma expresión impávida que habría visto Sean la última vez que coincidieron. Entonces había salido volando de Henshawe House porque su esposa se había marchado sin avisar y temía que le hubiese abandonado. Entonces, pensó también, y no sin rencor, había marchado al palacio de Buckingham para pedirle a la reina de Inglaterra que le arruinara la vida a su padre como mejor se le ocurriese.

¿Y qué se le había ocurrido? Hacerle pasar por tercera vez por un matrimonio.

Como si no hubiera tenido suficiente con tres entierros.

Lucien adoptó la pose inamovible que tanto fastidiaba a Sean y bajó a recibirlo preparado para lo peor. No contó con que, estando a punto de bajar los dos últimos peldaños, se tropezaría con una criatura minúscula.

Tenía el cabello negro tizón y miraba hacia arriba con dos enormes ojos azules, una réplica de los suyos y de los de Sean antes de que perdieran toda inocencia. La postura de chuparse el pulgar le hacía parecer distraído y bobalicón, como la mayoría de los niños de su edad, pero tenía una mirada firme y directa.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó Lucien sin rodeos y sin moderar el tono. Nunca había creído en aquello de agudizar las voces para dirigirse a los críos, como si fueran discapacitados intelectuales y no pudiesen entender el idioma de los adultos—. ¿Por qué no está con sus padres?

El niño se sacó el pulgar de la boca y ladeó la cabeza para mirarlo mejor.

—¡Hola! —le dijo en voz alta. Muy alta, quizá, como si le hubieran enseñado que así era como hablaban las personas importantes—. Soy Rogo.

—Rogan, querrás decir. —Hizo una pausa solemne, aún de pie en un escalón con los brazos rígidos—. Pues no eres pelirrojo.

Rogan se rio como si hubiera dicho algo verdaderamente divertido.

—¿Cómo te llamas?

—Lucien.

—Lucien —repitió con los ojos muy abiertos. Dudaba que su nombre fuera digno de un asombro teatral, pero lo dejó ser—. Tengo hambre.

Organizó sus ideas para responder una frase lo más breve y descriptiva posible. Por lo que

sabía de toda la información que recabó sobre niños al descubrir que sería padre, las criaturas de su edad solo entendían órdenes y explicaciones muy sencillas.

—Está de suerte, caballero. Ya vamos a almorzar.

Los ojos se le iluminaron.

—¿Pan y mantequilla?

—Lo que usted quiera.

—Caballero.

—Lo que usted quiera, caballero —se corrigió en tono divertido.

No albergaba la menor sospecha de que hubiese pretendido corregirlo, pero el niño sonrió de oreja a oreja, como si de verdad le complaciese el tratamiento, y Lucien, contra todo pronóstico, se quedó maravillado.

—¡Rogan! —ladró una poderosa voz masculina, resquebrajando el instante de paz—. ¿Dónde te has metido? Este crío me va a arrojar a una muerte prematura con sus condenadas travesuras...

—Es solo un niño —decía la paciente Primrose.

—¡Es un ilusionista! Un momento está aquí, y al otro está allí...

Calló y frenó a la par que su mirada coincidió con la del duque en la distancia. Antes lo vio a él que al niño, seguramente por una cuestión de tamaño y de que estaba situado unos peldaños por encima, pero a Lucien se le ocurrió la absurdidad de que Sean lo odiaba tanto que podía localizarlo antes de saber siquiera dónde iba a poner el pie.

Lo vio tensarse, como si se hallara delante de su general y no de su progenitor.

—Excelencia.

—Excelencia —repitió Primrose al alzar la cabeza hacia él. Acompañó el reconocimiento de una sonrisa que podría haber suavizado los ánimos convulsos de Lucien si no hubiera estado tan empeñado en permanecer alerta, por si acaso se le venía encima un reproche—. Veo que ya ha conocido al pequeño Rogan... o Rogo, como le gusta que le llamen.

Nada más oír a su madre, Rogan se dio la vuelta y trotó graciosamente hasta sus faldas, a las que se agarró hasta que Primrose lo tomó en brazos.

—No es un nombre muy aristocrático —señaló el duque sin pestañear—. Confiemos que sea un capricho de la edad y, a su debido momento, acepte el que le vino dado.

Sean soltó una sola carcajada nasal.

—Ha roto usted un récord. Ya en la primera frase ha retratado su intransigencia con asombrosa precisión.

—Deberíamos volver al salón —interrumpió Primrose con suavidad, poniendo la mano libre en el antebrazo de su marido. El suyo fue un fútil intento por sembrar la paz, aunque no por ser torpe Lucien se lo reconocería o agradecería menos—. Hemos dejado sola a la señorita Ree... a la duquesa de Maybourne. —Levantó la barbilla hacia él con una cariñosa sonrisa en los labios—. ¿Nos acompañará?

Lucien desvió la mirada un instante hacia el niño, que no había dejado de observarlo ni por un solo momento. Se preguntó cuánto tardaría en odiarlo, envenenado por su padre; ¿dos años?

¿Cuatro? Se le ocurrió que, si quería contar la experiencia de haber sido abuelo, habría de aprovechar esa oportunidad única.

—Por supuesto, señora Connor. Tengo que cerciorarme de que el joven Rogan se come su pan con mantequilla.

Capítulo 13



Lucien pensó que más le convendría centrarse en sus nietos que en su hijo, quienes no habrían desarrollado aún la admirable habilidad de sacarle de sus casillas.

Observó el aire reflexivo que tenía el pequeño Rogan y se sorprendió al ver que le buscaba con la mirada retorciéndose entre los brazos de su madre.

—¿Le gustan a usted los niños, excelencia? —le preguntó Primrose en el camino hacia el salón. Tuvo que girar la cabeza en un ángulo doloroso para poder sonreírle al duque.

—No —resolvió Sean antes de que separara los labios siquiera.

En otras circunstancias tal vez le habría dado el gusto de guardar silencio, dejando así que se envenenara con sus odios, los justificados y los injustificados. Pero Lucien creía tener derecho a una conversación con la señora Connor, al igual que a conocer a los mellizos.

—Más que la ternura de la que hablan las mujeres, despiertan mi curiosidad. Creo que, una vez comienzan su educación, los niños no vuelven a tener esa inteligencia instintiva y por mucho superior a la nuestra de la que gozan cuando están descubriendo el mundo a sus anchas. Es cierto que no me suelo acercar porque no tengo mano con ellos —reconoció con humildad—, pero me gusta observarlos y aprender de ellos.

—Entonces le encantará tratar con Rogan. —Primrose le sonrió a su hijo y le pellizcó la mejilla. El pequeño se rio—. Él es el instinto y la constante búsqueda del conocimiento..., aunque su padre lo llama, más bien, «el fugitivo». Nicholas es un niño serio pero muy espabilado. Nos recuerda a su abuelo —apostilló con suavidad.

Lucien se relajó con aquel último comentario.

No le gustaría tener que confesar que le hacía feliz que la esposa de Sean no lo despreciara; mucho antes preferiría que le fuera indiferente, no ya Primrose sino también su hijo, su descendencia y toda la situación familiar en general. Pero resultaba que no aún no había perdido ni la perversa habilidad de sufrir, ni la de conmoverse. Lo recordó al cruzar el umbral y toparse con su esposa.

Sarah tenía las manos entrelazadas en el regazo y miraba a Lucien con los ojos relucientes de esperanza, confiada en que todo saldría bien y, si no, al menos la disculparía.

No se equivocaba.

Pasó por su lado siendo muy consciente de que adolecía de una nueva y peligrosa debilidad. La tomó de la mano para besarle los nudillos. No dijo nada. Solo la miró en completo silencio esperando que viera cuánto se arrepentía de sus palabras malintencionadas. Sarah alzó la vista hacia él con la expresión llena de interrogantes. Había un «¿Sigues furioso conmigo?» grabado en los ojos, duda a la que Lucien contestó meneando la cabeza.

¿De qué le serviría discutir con ella? Bastante tenía con lidiar con Sean a lo largo de la visita como para colmo no tener el consuelo de refugiarse más tarde en brazos de Sarah. Por mucho que hubiera sido la causante de su ánimo sombrío, saber que no la había movido el objetivo de hacerle daño le bastaba para perdonarla.

Recordó sus propios pensamientos del día anterior, lo que le dijo en la noche de bodas.

«Yo a usted no tengo nada que perdonarle, lady Maybourne»; «Nada en este mundo es tu culpa. Todo en este mundo se dobla ante ti para darte las gracias».

—Todo irá bien —le prometió ella al oído, acariciándole a la vez la mejilla contraria.

El duque habría apostado Henshawe House, las tierras anexionadas al título y su asiento en la Cámara a que no, nada iría bien y, de hecho, todo se iría al garete. Pero al separarse para mirarla con intención y ver que ella insistía con un asentimiento y una sonrisa ilusionada, más se dolió porque sus deseos no fueran a cumplirse, porque tuviera que presenciar la violencia que con toda probabilidad se desataría, que por él mismo.

Tomaron asiento en torno a la mesa del comedor, donde los criados ya habían empezado a disponer los entrantes. Un servicial lacayo con el brazo doblado a la espalda iba pasando por el lado de los comensales para servir el vino. El duque había ocupado su lugar de importancia, el asiento que presidía la mesa, y Sarah, en contra del protocolo de sala, se había colocado a su lado en lugar de enfrente.

Así, la duquesa pudo darle la mano por debajo y apretársela para transmitirle su ánimo.

Tuvo que ser ella, claro estaba, la que iniciase la conversación.

—¿Cómo está Quitterie, querida? ¿Habéis llegado a verla en vuestro breve paso por la escuela?

Primrose apartó la vista de Rogan, a quien había estado explicándole con paciencia por qué no podía ponerse de pie en la silla, y miró a Sarah, contrariada.

—¿No lo sabe, señorita Ree... milady? Su padre la ha comprometido con el vizconde Dalton.

Lucien apartó la vista del serio y regio Nicholas, que había llamado su atención con un despliegue de modales sin tacha, y se centró en la señora Connor sin ocultar su perplejidad.

—¿Qué? —jadeó la duquesa, poniendo voz al pasmo de los presentes—. Pero... ¿cómo es eso posible? ¡Si el señor Tandy no debería haber descubierto aún que el compromiso con su excelencia fracasó!

—Por lo visto, el susodicho estaba en Londres atendiendo unos asuntos de negocios cuando le llegó la noticia de que el duque de Maybourne se casó con una maestra de costura... con todo el respeto que eso merece, por supuesto —aclaró Sean, dirigiéndole a Sarah un cabeceo y una sonrisa leve que le fue inmediatamente correspondida. Con las mujeres siempre había tenido más escrúpulos que con él; desde luego, no había criado a un cenutrio en ese sentido—. Por lo que Quitterie nos contó, a los dos días ya se había presentado en Arlington Abbey para reprender a la señorita Tandy con el vizconde bajo el brazo. «De este ya no te libras», le espetó antes de irse. Un encanto de criatura —ironizó.

—¡Qué horror! —se escandalizó Sarah—. ¿Y cómo ha llegado ese hombre a la conclusión de que si su hija rehusó desposar a su excelencia por razones de edad, se sentiría cómoda aceptando la mano de un hombre con veinte años más que Lucien? ¿Acaso no ha cumplido lord Dalton los sesenta y cinco?

—Sesenta y ocho —corrigió el duque con la copa de vino pegada a los labios.

—¡Mi pequeña Quitterie! —musitó Sarah, que palidecía por momentos—. Mi pobre niña estará martirizándose por no haber aceptado a su excelencia cuando pudo. Ayer le hice llegar una

carta en la que procuraba tranquilizarla deshaciéndome en halagos sobre mi nueva vida en Henshawe House.

—¿No cree que traiciona su confianza al mentirle solo para que no le pese que se sacrificara usted en su nombre? —inquirió Sean en tono bromista, pero en su mirada fría había un fondo de juicio.

Lucien ni siquiera se molestó en defenderse. Había optado por la pasividad en beneficio de un almuerzo pacífico.

Debería haber imaginado, sin embargo, que Sarah no toleraría la injusticia.

—Casarme con su excelencia no fue un sacrificio en ningún momento —le respondió amable pero implacablemente—. Es el duque de Maybourne de quien estamos hablando, señor Connor.

—Eso es lo que me preocupa —insistió Sean sin cambiar la expresión—, que hablamos de él y no de otro.

—Oh, pues por mí no se vaya a apurar —continuó Sarah, fingiendo no ser consciente del dardo envenenado que había en cada réplica del hijo—. Estos días han sido, con diferencia, los más felices de mi vida. Además de un título reputado y una protección que abarca todas las esferas, su excelencia me ofrece su valioso tiempo, su conversación... ¡su ayuda! —Se giró hacia la señora Connor, que la estaba escuchando con mayor benevolencia—. Ayer, sin ir muy lejos, salimos juntos a repartir entre los hijos de los jornaleros un puñado de regalos, los elaborados con nuestras propias manos y los adquiridos en talleres de artesanía. ¡Oh, Prim! ¡Tendrías que haber visto sus caras cuando vieron los juguetes!

—Debió ser vivificante —convino ella con una sonrisa—. ¿Hay...?

—Conque juguetes, ¿eh? —Sean desvió la mirada hacia su padre. Había cierta impaciencia en el modo en que sostenía los cubiertos y hacía repiquetear el canto contra la mesa, como si no pudiera soportar la tentación de buscarle las cosquillas al anfitrión—. Doy por hecho que metió usted la mano en el arcón de mis antiguos soldaditos para estar un paso más cerca de deshacerse de la huella de su bastardo.

Lucien se obligó a permanecer impertérrito. Años acostumbrado a sus reproches le ayudaron en el empeño, pero los últimos días, que le habían ablandado significativamente, le hicieron interiorizar el reproche con un nudo en el estómago.

Se sintió ofendido porque hubiese insinuado siquiera que regalaría sus juguetes.

—Tu dormitorio está tal y como lo dejaste la última vez que estuviste aquí —resolvió.

—Ah, ya. Acorde a las necesidades de la que iba a ser su nueva inquilina, ¿no? —continuó Sean con fingida indiferencia, observando su reflejo en la superficie cóncava de la cuchara—. Un juguete de madera habría sido un excelente regalo de bodas para Quitterie, quien es poco más que una niña. Menos mal que resultó ser más inteligente que usted declinando el envenenado ofrecimiento de su mano, o habría terminado librándose de un padre tiránico para acabar sometida a la crueldad de otro.

Sarah, recta en su asiento pero no por ello tensa, se decidió a hablar. En esas situaciones saltaba a la vista su dedicación como maestra: debía de haberse acostumbrado a mediar en las discusiones de críos insolentes, como en este caso lo era Sean, porque manejó el asunto con una diplomacia admirable.

—Permítame intervenir aquí, señor Connor. Si ya es de por sí de una grosería apabullante que haya aceptado esta inocente invitación para arremeter contra el anfitrión, resulta del todo inaceptable que afee nuestro matrimonio e insinúe la presunta estupidez de una mujer que no le ha causado nunca mal alguno y poco tiene que ver con sus rencillas paternofiliales.

—No he insinuado su estupidez, sino su condición de víctima.

—En mi supuesta condición de víctima se integra la estupidez de la que cree que adolezco, señor Connor. Yo elegí este futuro en plena posesión de mis facultades y muy orgullosa de que me hubiera sido ofrecido. Por otro lado, Quitterie rechazó la mano de su padre porque desea consagrar su vida al arte, no porque su excelencia fuese un mal partido.

—Quitterie rechazó la mano de mi padre porque él es incapaz de hacer feliz a una mujer.

—Sean —lo amonestó Primrose con los labios apretados.

—¿Soy invisible para usted, señor Connor? —inquirió Sarah con fingida dulzura.

—Con el debido respeto, lady Maybourne, si es usted feliz en este lugar y con ese hombre, no será porque él se haya esforzado, sino porque posee usted un carácter optimista y resuelto que le garantizaría una vida apacible incluso en los avernos.

Lucien golpeó la mesa con el canto del puño y se levantó tan abruptamente que la silla se volcó sobre el respaldo.

—He tenido suficiente —le rugió a su hijo, que por mucho que intentó disimular su asombro ante un despliegue de rabia nunca antes visto, se quedó tan perplejo que no reaccionó—. Trata con condescendencia a mi mujer una sola vez más y no volverás a ver un penique de mis arcas. ¿Cómo te atreves a venir a su casa, a sentarte a su mesa, a mirarla a la cara y cuestionar sus decisiones con esa repugnante superioridad tuya?

—No cuestiono las decisiones de la nueva duquesa, que me merece un respeto cuasi religioso —replicó con aparente serenidad—, sino las tuyas, excelencia. No hace ni tres años —continuó, y apoyó una mano en la mesa para levantarse despacio de manera que no quedara en inferioridad—, invitó usted a mi esposa a su salón para recordarle punto por punto por qué era indigna de mí para acto seguido amenazarme con lo mismo con lo que me ha amenazado ahora si no anulábamos nuestro matrimonio.

—Sean, eso no... —empezó Primrose.

—¿No fue una de las razones que aportó su falta de abolengo? ¿No se burló sin tapujos del noble negocio de alimentación que impulsó su familia? Y, sin embargo, mírelo: casado con una mujer que a ojos de todo el mundo, incluidos los míos, es magnífica, pero que a su aristocrático criterio estaba muy por debajo de sus expectativas.

—Nunca dejas de sorprenderme —confesó Lucien con frialdad—. ¿Qué es lo que ahora me reprochas, Sean? ¿Que haya desposado a una mujer de orígenes humildes?

—Te reprocho tu doble moral y tu maquiavelismo al invitarme a Henshawe House para que vea cómo tú puedes permitirte todas esas «excentricidades»; excentricidades que hace años utilizaste como arma arrojadiza contra mí para que renunciara a lo que más amo.

Para sorpresa de todos, que habían estado vigilando su reacción con el aliento contenido, Lucien esbozó una amplia sonrisa carente de emoción.

—Mi doble moral y mi maquiavelismo, dices —repitió muy despacio en un tono en

apariencia dócil que auguraba terribles consecuencias—. Es curioso, porque yo acusaría de lo mismo al hombre que se presentó en el palacio de Buckingham y, para librarse de un honor sin parangón y una seguridad económica para toda la vida como lo es heredar un ducado, vendió a su padre ante Su Majestad. Doble moral y maquiavelismo —insistió—, dice el hombre que, aun creyendo que solo el amor debería llevar a un hombre y una mujer al altar, le prometió a la reina que el duque de Maybourne se casaría con quien fuera, como fuera, y engendraría un nuevo heredero para así librarse él de sus responsabilidades.

—Por el amor de Dios. —Sean puso los ojos en blanco—. ¿Qué va a reprocharme usted sobre haber sido el artífice indirecto de su cuarto matrimonio, si lleva desde los diecisiete años casándose por deporte y, según veo, están ustedes comiendo perdices?

—Una vez más queda demostrado que tú nunca te equivocas.

—Los hijos se parecen a sus padres, ¿no es así? Usted tampoco se ha equivocado jamás.

Lucien volvió a curvar los labios en una sonrisa gélida.

—Si eso es lo que piensas, entonces me escucharás con atención si te cuento un secreto. El hombre recto no es aquel que regala sus bondades a las personas a las que ama, puesto que eso también lo hace excepcionalmente el hombre cruel; el hombre recto es el que es capaz de mantener su virtuosismo en presencia de quienes desprecia. Cuando hayas interiorizado esto, es decir; cuando hayas dejado de creerte el *súmmum* de la perfección, a menudo a costa de villanizar a quienes te rodean, y hayas aprendido a trasladar tu vitalidad y tu simpatía fuera de tu círculo de amigos, serás bienvenido. Mientras tanto, ya sabes dónde está la puerta.

Sean estrechó la mirada con aire beligerante.

—¿Me invita usted a su casa por Navidad, haciéndome arrastrar a toda mi familia conmigo desde Canterbury, y ahora me echa?

—Yo no te he invitado. Y a no ser que milady firmara esa carta con mi nombre, cosa que dudo porque no llegaría a esos extremos, tú eres quien mejor lo sabe..., igual que yo sé que no has venido para disfrutar de un almuerzo o presentarme a tus hijos, sino para destruir mi paz.

—Lucien —murmuró Sarah, conmocionada con el modo en que había escalado la discusión.

Pero el duque había decidido poner fin a aquel bochornoso circo siendo quien se levantara primero de la mesa. Sintió la mirada curiosa de Rogan sobre él durante el rodeo hacia la salida. Fue el único al que Lucien le devolvió la cortesía y del que se despidió con un elegante asentimiento.

Estaba barajando a dónde dirigirse, si a su despacho o hacia sus aposentos, cuando oyó a su espalda los pasos firmes de Sean.

—¿A dónde cree que va? ¿Así es como trata a sus visitas?

Lucien se detuvo al pie de la escalera con la mano sobre la barandilla. Sin girarse, dijo:

—¿Así es como tú tratas a tu anfitrión delante de tus hijos? ¿Ese es el ejemplo que das?

El silencio de Sean habló por mil palabras.

De pronto, Lucien se sentía diez años mayor. Un cansancio crónico, casi mortal, le pesaba sobre los hombros. En los últimos días habían abundado las revelaciones, que se le habían presentado a través de escenas de una hermosa cotidianidad, imbuidas de la clase de afecto y

respeto mutuo de los que ahora, casi por capricho, quería que gozaran todas y cada una de sus interacciones.

Gracias a Sarah había entendido que no tenía por qué soportar nada que no se mereciera. Ni siquiera seguir pagando por los males que había causado. Ella misma se lo había dicho: se había comprometido con hacerle feliz, y a Lucien se le antojaba una falta de respeto imperdonable no colaborar en el enternecedor empeño de su esposa evitándose sufrimientos.

Se explicó con paciencia, casi resignado:

—Estoy demasiado viejo para esto, hijo. Antes podía seguirte el ritmo y satisfacer tu afán de discordia con un contraargumento que te diera en qué pensar, pero los años no pasan en vano. Has dejado clara tu posición. Nada de lo que haga o diga te aplacará. Ahora comprende tú la mía: no voy a seguir participando en tus rencores. Si no puedes darme un respiro, te ruego que te marches y me dejes vivir tranquilo. Yo haré lo mismo.

Al ver que Sean no era tan rápido en su respuesta como era habitual, lo miró por encima del hombro. Fue como si lo viera con veinte años menos, con no más de ocho recién cumplidos y el cuerpecito delgaducho pero ágil de los niños de esa edad. Para aquel entonces, su hijo ya lo vigilaba en la distancia con la impotencia que ensuciaba las miradas de los críos obligados a crecer antes de tiempo.

—¿No crees legítimas mis recriminaciones? —oyó que le preguntaba con voz queda.

—¿Lo que quieres de mí es un reconocimiento de mis errores? Conste que nunca me he detenido a darte ese gusto porque, a diferencia de ti, me consta que no proporciona alivio alguno. Llevo el tiempo suficiente en este mundo para haberlo aprendido. Dicho eso, soy consciente de que no he sido un buen padre. Y soy consciente, también, de que en gran medida es porque nunca me lo has permitido.

—Me alejaste de mi...

El duque lo calló enfrentándolo con una mirada insondable antes que con la palabra.

—Ahora tienes un hijo, Sean. No puede resultarte tan difícil de entender que lo prioritario es asegurarle un buen porvenir.

—¿Sigue convencido de que fui más feliz aquí de lo que lo habría sido con mi madre?

—El afecto materno no habría saciado tu hambre, y habrías estado tan preocupado por sobrevivir que no serías ni la mitad del hombre con cultura, ambición y principios que eres hoy —atajó—. Y por si no lo has descubierto aún, tu madre no solo era más pobre que las ratas, sino que su orgullo, que a veces le ha pesado más que su amor por ti, no iba a permitir que la ayudara a alimentarte.

—No se atreva a denostar a la señora Connor —le advirtió, dando un paso al frente.

—No he pronunciado una mala palabra sobre Eileen en veintiocho años, pero hasta aquí llega mi benevolencia. Algo que insistes en olvidar en beneficio de tu narrativa de héroes y villanos es que ella consintió que te trajera aquí, conmigo, y te preparara para heredar el ducado. Por mucho que lo repitiera, siempre guiada por el despecho, no te arranqué de sus brazos. Pero si lo hubiera hecho, habría sido lo correcto —sentenció—. No solo has visto lo precaria que es la Irlanda de tu madre en los años que has vivido allí, sino que ahora lees con impotencia las noticias de la hambruna que llegan de su tierra. ¿Cuánto más tiempo piensas vivir de este cuento para vomitar

tu rabia sobre mí?

Para su sorpresa, Sean bajó la guardia relajando los hombros y la expresión. El recelo seguía ahí, en su mirada fija, pero creyó haberlo convencido hasta que él mismo reconoció por qué no iba a seguir peleando.

—La reina en persona me dijo que intentaste casarte con mi madre. Tu esposa me lo repitió en su carta. También insinuó que la amaste cuando erais jóvenes.

—Quizá habría sido buena idea que crecieras en los páramos irlandeses: te habrían enseñado la precariedad y la injusticia, y al menos hoy podrías entender que hay cosas que simple y llanamente no pueden ser, y que tu padre es el vivo ejemplo de ello. La vida no es una novela, Sean —concluyó, cansado—. He tenido que callar y obedecer durante cuarenta y cinco años para permitirme solo ahora, siendo un viejo con un cinismo y un hastío que las piernas no soportan, la excentricidad de desposar a Sarah... y, aun así, sé que la reina montará en cólera. Siento que no fueras feliz en esta casa, Sean —añadió, volviendo a darse la vuelta—. Si te sirve de consuelo, yo tampoco lo he sido jamás. Pero, a diferencia de tu madre, nunca he intentado que me acompañaras ni en el despecho ni en el rencor.

—¿Por qué no me lo dijo? —intervino él antes de que pusiera el pie en el segundo escalón. Sean había avanzado varios pasos, pero no llegó a acercarse tanto como para que de lejos pareciera que estaban manteniendo una conversación—. ¿Por qué no me dijo que intentó hacerse cargo de mi madre aparte de mí? ¿Por qué no me dijo que le prohibieron estar con ella? ¿Por qué siempre ha sido un...? —Apretó los labios—. ¿Qué le costaba ser sincero?, ¿ser honrado?, ¿ser... un buen padre?

Lucien se paró a pensarlo sin juzgar su impotencia.

—Quizá me costaba unos conocimientos de los que carecía. Nunca antes había sido padre y he demostrado no haber nacido con un don. Ahora que tu mujer te ha bendecido con dos criaturas, tú mismo sabrás lo difícil que es no ya acertar con los hijos, sino discernir qué es lo correcto en cada circunstancia. Les harás daño, Sean, no lo dudes. Los defraudarás. Habrás de estar preparado para cuando eso suceda.

—Les haré daño, sí —replicó—, pero incluso odiándome por el dolor causado sabrán que su padre los ama, y al menos no se sentirán solos.

Lucien no encontró las palabras para defenderse de la acusación implícita. Claro que podría proclamar ahí y entonces que lo quería, y que era como cualquier otro padre a esos efectos; su amor era incondicional, porque, por más que le hería con su crueldad, por más que se atacaban mutuamente con lo mejor —o lo peor— que tenían, Sean era lo primero en lo que pensaba cuando despertaba y lo último que acudía a su pensamiento antes de conciliar el sueño... y eso si la preocupación por si estaría o no sano y feliz se lo permitía.

Pero la resignación con la que enfrentó la pérdida y el despecho de Eileen fue la que le convenció de que las palabras no servirían para nada a esas alturas.

—Ven conmigo —dijo en su lugar—. Quiero entregarte algo.

Echó a andar escalera arriba con lentitud, sin esperar a obtener su afirmativa o, lo que era más probable, un ladrido violento. Descubrió, no sin asombro, que Sean había obedecido sin oponer resistencia y que apenas podía disimular su curiosidad.

Lucien se dirigió al que había sido el dormitorio de su único hijo y abrió la puerta.

—¿Por qué no está cerrada con llave? —inquirió Sean—. ¿La señora Tomlinson ha preparado la habitación por si pasábamos la noche?

—Tu alcoba se limpia y se ventila todos los días sin faltar uno.

Supuso que Sean habría fruncido el ceño, extrañado porque se tomaran tantas molestias con una estancia que no acogía desde hacía una década a su legítimo dueño y que por ende ya deberían haber dado por perdida. A Lucien no le importó que el detalle pudiera delatarle como un sentimental; ya se había resignado a presentarse como tal decidiendo entregarle a su hijo el obsequio que le había quedado debiendo.

Sacó del interior del armario un envoltorio de papel decorativo pintado a mano y se lo entregó sin más ceremonia.

—¿Qué es esto? —preguntó Sean, receloso.

—El regalo de tu decimoctavo cumpleaños. No tuve la ocasión de entregártelo —respondió con prudencia. Podría haber recalcado lo obvio, que Sean se largó antes de darle la oportunidad de demostrar que Lucien podía ser detallista, pero comprendió que no había necesidad de hacer leña del árbol caído—. A estas alturas debe de estar muy pasado de moda. Aun así, considerando las fechas en las que estamos y que ningún presente debería coger nunca polvo, dártelo me ha parecido lo adecuado.

Sean vaciló, dudoso sobre lo que decir.

Acabó decantándose por un moderado silencio en tanto que rasgaba el papel con cuidado.

—*Lectures on Painting*, de la Royal Academy —leyó el título en voz alta. Acarició con la yema del pulgar el grabado de las letras. No alzó la mirada hacia su padre hasta que tuvo la certeza de que no trasluciría sus emociones, y, aun así, la expresión de sus ojos reveló cierta vulnerabilidad—. Pensaba que estaba usted en contra de mis ambiciones artísticas.

—No estoy en contra del talento. Soy mecenas de numerosos pintores y arquitectos.

—Habría apreciado el regalo —confesó con voz queda, hojeando el interior—. Contiene una colección de conferencias de los mejores artistas que han sobrevivido al comienzo del siglo. Era difícil de obtener entonces porque... —Un sobre encajado entre las páginas cayó al suelo. Sean se agachó y, tras obtener el permiso de su padre levantando una ceja interrogativa, extrajo la carta del interior. Su mirada recorrió los párrafos, al principio con desinterés, después con avidez, hasta que la perplejidad dominó su semblante. Miró al duque sin dar crédito—. ¿Qué es esto?

—Nada de valor. No creo que la Academia de Bellas Artes de Florencia siga esperándote.

Sean tragó saliva.

—¿Cómo consiguió que me... que me aceptaran?

—Me tomé la libertad de enviar algunos de tus bocetos y cuadros. Y sí, puede que también mencionara que eras hijo del duque de Maybourne. Aún hoy me asombra haber tenido la audacia de esconderte la carta en el regalo —reconoció con un amago de sonrisa burlona—. Me la habrías arrojado a la cara alegando que no era tu intención abrirte camino en el mundo de la pintura gracias a mi nombre.

—Se la habría arrojado a la cara —confirmó Sean, mirándolo a los ojos—, pero porque lo habría interpretado como que ardía en deseos de deshacerse de mí.

El duque tragó saliva.

Era el momento de la verdad.

—Tenerte en casa siempre me ha producido cierta incomodidad, como si hubiera soltado un perro rabioso en el salón donde se guarda la porcelana fina. Pero uno se acostumbra a vivir en tensión —reconoció muy despacio, paladeando cada palabra—, y termina por echarla de menos cuando le falta.

Sean desvió la mirada al título del libro, incapaz de soportar la expresión de un padre que por fin se atrevía a admitir su sensibilidad.

—Muchas veces me he preguntado qué tan diferente habría sido mi vida si se hubieran tomado otras decisiones —admitió Sean al cabo de un rato—. Si usted hubiera sido un duque al uso y se hubiese limitado a enviar dinero a su bastardo en lugar de educarlo para recibir su herencia. En los últimos años me he preguntado, por otro lado, cómo habría sido mi juventud si le hubieran permitido a usted casarse con mi madre..., si hubiéramos vivido los tres juntos. Supongo que ahora —continuó, acariciando el lomo del libro— cabe que me plantee dónde estaría si hubiera aceptado convertirme en alumno de la academia.

—Llega un momento en el que te cansas de plantearte condicionales, Sean, y entonces puedes centrarte en lo que tienes delante.

—Descuide. Ya no me pregunto por otras vidas para herirme a mí mismo. Me lo cuestiono desde la curiosidad, no con impotencia, porque me enorgullezco de todo lo que me ha llevado hasta mi familia, hasta la rutina que ocupa mis días —admitió. Se colocó el libro contra el costado, proclamando que aceptaría el regalo, y enfrentó a Lucien con un rastro de preocupación—. ¿Puede usted decir lo mismo?

—No me habría importado saltarme algunos capítulos de mi vida... o que esos otros capítulos me saltaran a mí —confesó, pensando en la pobre Arabella. En su pensamiento surgió la imagen de Sarah, no obstante, y tanto se relajó que fue como si su cuerpo floreciera—, pero sí. Estoy feliz de estar aquí. Me alegro de que este sea mi «ahora».

Sean asintió con el aliento contenido.

—Fui cruel al imponerle a través de la reina una cuarta boda —reconoció al cabo de un rato, visiblemente avergonzado—. Y fue cruel adrede, a sabiendas de lo que hacía, porque estaría mintiendo si le dijera que no viví el dolor de sus pérdidas. Puede que yo nunca me interesara por Elizabeth o Caroline, pero era obvio que usted sí lo hacía. Quería vengarme... —le costó algo más admitir aquello, razón por la que agachó la vista—, y cuánto me alegro, sin embargo, de que me haya salido el tiro por la culata. De que una vez más haya sido más inteligente que yo escogiendo a Sarah Reeves.

Lucien se limitó a mirar a su hijo con la tranquilidad de no estar incomodándolo, de no estar cometiendo un error al retenerlo allí. Era una sensación tan novedosa como barruntada había tenido su confesión. Sean no le estaba sorprendiendo con su malicia. El duque había sabido desde el principio cuál había sido su objetivo al susurrarle a la reina la posibilidad de una nueva boda. Le habían movido el egoísmo y el deseo de castigarlo.

Por eso no se había rebelado contra el designio.

Si Su Majestad se lo hubiese encomendado por idea propia, lo habría negociado. Pero siendo obra de Sean, había decidido aceptarlo sin rechistar.

El duque le palmeó el hombro al valiente de su hijo. A él aún se le resistían las disculpas, pero a Sean jamás se le habían caído los anillos. Era un hombre que había superado a su padre, que había mejorado su sangre, en todos los sentidos.

—Yo también me alegro de que te saliera el tiro por la culata, Sean —le dijo, y probó a dirigirle la primera sonrisa sincera en más de veinte años—. A fin de cuentas, significa que por fin te gusta alguna de las duquesas.

Capítulo 14



A pesar de que Lucien y Sean regresaron al comedor con la intención de actuar como si ninguna discusión hubiera tenido lugar, Sarah no pudo retornar a su ánimo optimista.

Años trabajando de maestra en una escuela atestada de niñas en una edad difícil, la mayoría mimadas en exceso por sus padres, la habían ayudado a desarrollar una piel gruesa que permitiera que las vejaciones le rebotaran. Pero había bastado un comentario muy concreto de Lucien para ponerla en guardia.

«Le prometió a la reina que el duque de Maybourne se casaría con quien fuera, como fuera, y engendraría un nuevo heredero para librarse él de sus responsabilidades».

Engendraría un nuevo heredero.

Si no lo había entendido mal, Sean había renunciado a la gloria del ducado, obligando así a su padre y a la mismísima reina de Inglaterra a concertar un matrimonio que produjera otro duque. Aunque fuese una mujer romántica, Sarah sabía con qué frialdad se trataban las obligaciones conyugales. No era el planteamiento lo que la había conmocionado, sino descubrir que recaía sobre ella esa responsabilidad.

La revelación la hizo enmudecer durante el resto de la tarde. Una parte de ella, la que aún podía funcionar relativamente bien para contestar preguntas con monosílabos, sonreír, asentir o negar, estaba observando la neutralidad tirando a positiva con la que padre e hijo habían decidido tratarse tras la resolución de sus diferencias.

Y se alegraba.

Estaba entusiasmada, en realidad, porque ese había sido su objetivo desde el principio. Pero no lograba salir de la cárcel de sus nuevas preocupaciones, de sus dudas, del sentimiento de traición.

¿Por qué no se lo había dicho? No era tan obvio que un hombre con alrededor de cuarenta y cinco años y un heredero ya casado y con hijos, es decir, con un legado asegurado, pretendía volver a casarse para tener otro hijo. Y no era obvio especialmente porque Lucien no era de los que se sentían cómodos alrededor de los menores. No tuvo que hacer un esfuerzo para relacionarse con los pequeños Nicholas y Rogan, pero porque se trataba de sus nietos y con los nietos uno tendía a tener manga ancha. Aun así, se notaba que no andaba sobrado de conocimientos sobre la infancia y que se sentía más o menos incómodo por si cometía un error que le costaba la admiración de los jovencitos.

—¿Te encuentras bien? —le había preguntado Primrose en un momento dado, inquieta al no reconocer en aquella mujer callada la jovialidad de su maestra—. ¿Ha dicho Sean algo que ha herido tus sentimientos? Si es así, me disculpo por él. A veces...

—No, no, no... Tu marido es ciertamente insolente —le había contestado esforzándose por sonreír con simpatía—, y es verdad que ando preocupada, pero no es nada con lo que puedas ayudarme, Prim, querida.

Lo que era más: en el pico de su resentimiento, Sarah había llegado a culpar a su antigua alumna de no haberle comunicado que Sean renunció al ducado. La señora Connor y la dirección

de la escuela intercambiaba cartas cada tres meses para ponerse al día, por Dios santo. ¿No podría haberlos informado de un detalle tan relevante? Así, Sarah habría estado al corriente de lo que se proponía y habría rechazado de lleno su propuesta para no decepcionarlo con su lamentable situación.

A lo largo de la tarde, Sarah se llevó la mano al vientre de forma instintiva. Tuvo que aguantarse las lágrimas en más de una ocasión, sobrepasada por las circunstancias a las que habría de hacer frente: no imaginaba a Lucien repudiándola, por lo que habría de ser ella quien tomara las riendas proponiendo la única salida posible.

Era impensable que un noble de su talla no tuviera un heredero.

Sarah debía desaparecer.

Tan pronto como el mayordomo cerró las puertas de Henshawe House, despidiendo así un agradable encuentro navideño, Lucien se giró hacia Sarah con la expresión determinada de un hombre a sonsacar cuanta información fuera posible.

—¿Qué sucede? —preguntó sin rodeos.

—¿A qué se refiere? —balbuceó ella, ya dándose la vuelta y precipitándose hacia las escaleras con el mayor disimulo del que era capaz considerando que tenía los nervios crispados.

—No me vengas con monsergas y ustedeos, Sarah —le advirtió él a la espalda. Blandía el mismo tono que no admitía réplica que tanto la impresionó durante sus primeras discusiones, pero ante el que no se había amilanado hasta entonces—. Has estado insólitamente distante y monosilábica, no solo conmigo, sino con tu querida Primrose. Y ni siquiera te has acercado a los niños.

La mención de las criaturas obligó a Sarah a cerrar los ojos con fuerza. Tuvo que invocar toda la valentía que le cupiera en el cuerpo para no derrumbarse.

—¿Se me puede conceder la gracia de un solo día malo, excelencia? ¿O es usted el único al que le está permitido ensombrear la atmósfera con su amargura?

Se arrepintió de haber respondido a la defensiva antes incluso de terminar de pronunciarse. No era justo para Lucien que no solo le negara la verdad de entrada, sino que le arruinara una velada especial que auguraba la reconciliación con su hijo. Por suerte o por desgracia para el que era su propósito, huir de allí hasta decidir qué hacer, el duque no se tomó su réplica como una ofensa. Se adelantó a ella para cerrarle el paso con una expresión benevolente.

—¿Has cambiado de opinión sobre lo que me dijiste esta mañana de que no había problema en que hubiese olvidado hacerte un regalo? Porque, si es así, pretendo enmendarme. Ahora mismo iré a Dover para comprarte lo más bonito que tengan.

Sarah agachó la cabeza, a punto de romper a llorar.

¿Por qué tenía que mostrarse cálido y encantador cuando ella solo quería abofetearlo?

—No se trata de eso.

—Puedes decir con todas las letras que te he decepcionado con mi desconsideración. —Levantó la mano con solemnidad—. Prometo que no te tomaré por una mujer frívola.

—¡No es eso! —insistió en voz alta—. Me gustaría irme a descansar, si no le supone una molestia.

—¿Algo de lo que ha dicho mi hijo durante el almuerzo te ha ofendido?

—No, por supuesto que no —masculló por lo bajo, aún con la vista clavada en la alfombra.

Lucien evitó que siguiera rehuyéndolo tomándola por la barbilla y obligándola a mirarlo a los ojos. La sola contemplación de su bello rostro, ahora también preocupado, la ablandó y avivó su rabia al mismo tiempo.

—Sarah... —le rogó.

Ella tragó saliva. Tuvo que apartarlo por la muñeca. No sabía cómo o por dónde empezar a desahogarse si él la estaba tocando.

Tomó aire con una inspiración profunda.

—Solo respóndeme una pregunta —dijo al fin, fijando en Lucien una mirada firme—. ¿La reina te ordenó casarte con el único objetivo de que engendraras un heredero? ¿Un hijo varón?

Él vaciló antes de contestar, sospechando que se estaba adentrando en terreno pantanoso.

—Así es.

—¿Y por qué me dijiste que era una cuestión de imagen, de preservar la tradición conservadora? —se desesperó. Enseguida rompió a llorar de frustración—. ¿Por qué no fuiste sincero conmigo desde el primer momento?

Lucien reaccionó a su repentino llanto como si lo hubiera apuñalado en el pecho. Buscó las palabras con la boca entreabierta, confuso y mortificado a la vez, y alargó las manos sin saber por dónde se empezaba a consolar a una mujer.

Acabó posándolas en sus hombros.

—Diría que me limité a respetar la etiqueta básica al no anunciarte nada más conocerte que esperaba que me dieras un heredero..., pero la verdad es más simple que esa. Una de las consecuencias inevitables de una boda, a no ser que hablemos de causas mayores que lo impidan, es engendrar hijos. No es posible que esto... —tragó saliva, dudoso sobre si sería buena o mala idea terminar la oración. Lo hizo— te sorprenda a ti, entre todas las mujeres. Has dedicado más de una década de tu vida a concertar los matrimonios de tus alumnas.

—¡No es lo mismo! —gritó, y se sacudió sus manos de encima—. ¡Tú ya tienes un heredero! ¡Lo criaste para serlo! ¡Se suponía que esa parte estaba resuelta! ¡Has... has... has cumplido cuarenta y cinco años! ¡Has tenido tres esposas, por el amor de Dios! ¿Puedes culparme de haber pensado que solo querías cuidar de tu reputación o, en última instancia, disfrutar de... cierta compañía? ¡No eres el modelo de joven casadero que sueña con agrandar su familia!

—Y no lo soy, Sarah —contestó con calma—, pero ya conoces a Sean y acabas de ver lo decidido que está a seguir viviendo su vida como el señor Connor. Se postró ante la reina para pedirle que lo apartara de la sucesión. No tengo un heredero.

—¡Y yo no puedo dártelo! —sollozó. No acertó a captar la expresión de Lucien a través de las lágrimas—. ¿Sabes cuántos médicos de todos los que me han reconocido a lo largo de los años me han advertido que la probabilidad de que sea estéril es muy elevada? ¡No solo porque sea una consecuencia frecuente de la dismenorrea, sino porque algunas de mis hermanas la sufren también y lo son!

Lucien no respondió enseguida. Lo más probable era que la noticia lo hubiera sorprendido y

solo necesitara unos minutos para encajarla, reajustar sus expectativas de futuro y formular una respuesta benigna que aplacara a Sarah. Pero ella no pudo soportar el miedo a que la repudiara sin miramientos aprovechando que su matrimonio solo había comenzado y subió las escaleras a toda prisa para ponerle solución de la única manera que se le había ocurrido.

Lo había estado resintiendo gran parte de la tarde por no haberla informado de sus deberes, pero él tenía razón; por primera vez la tenía y se la debía conceder. Sarah tendría que haberlo sabido. Se iba a casar con Quitterie, por Cristo, una muchacha en la flor de la vida. ¿Para qué querría una esposa jovencísima un hombre al que no se le había conocido amante o esposa a la que le sacara menos de tres, cuatro años? Ahora se respondía desde una lógica apabullante: para traer al mundo al heredero, la obligación principal, si no única, de un hombre con un linaje que perpetuar.

Nada más adentrarse en su alcoba personal, se arrojó sobre la cómoda, el tocador y el armario para recoger sus pertenencias e introducirlas en el mismo y humilde macuto que las había traído hasta Henshawe House. Tiró al interior la ropa interior y su adorado ejemplar de *Orgullo y prejuicio*, y lo hizo llorando en todo momento, llorando tanto que sentía que, si no paraba, dejaría de respirar y se desmayaría.

—Sarah —oyó que él la llamaba desde el umbral de la puerta. Tenía el aliento entrecortado, seguramente de haber subido corriendo las escaleras—, ¿qué estás haciendo?

Ella terminó de presionar los vestidos hacia el fondo y se enderezó para mirarlo con su mejor expresión solemne. Antes se limpió las lágrimas de las mejillas, esperando que al parecer segura tomara en serio su decisión.

—Creo que deberíamos aprovechar que aún no se ha cumplido una semana desde el enlace para enviar una petición de nulidad a la iglesia. Estoy convencida de que a un hombre de su importancia se la concederán sin hacer preguntas, pero en el caso de que le pusieran inconveniente, el asunto quedaría resuelto de sobra una vez compartiera con ellos mis sospechas de infertilidad.

Solo pronunciar la palabra hizo que se le quebrara la voz.

Sarah había superado la gran pena de su vida volcándose con sus alumnas, tanto así que ahora sentía que no tenía solo una, sino cinco hijas, diez hijas, cien hijas; todas a las que había enseñado a enhebrar la aguja, a pespuntear, a bordar un capote. La situación había reavivado viejos dolores que había creído extinguidos, o que lo estaban pero por los que la forzaban a volver a odiarse a sí misma, a tenerse por una inútil.

Se acordó de lo que tuvo que padecer Elizabeth, la segunda duquesa de Maybourne, y se estremeció de pavor. Llegaron a practicarle una histerectomía y, si no había malinterpretado aquel sucinto «la pena se la llevó por delante», acto seguido se había quitado la vida.

No podía llegar a esos extremos. No podía someterse al mismo sufrimiento.

Ella ya había hecho las paces con el hecho de no tener hijos.

—No se anulan matrimonios por «sospechas», Sarah —replicó él, ajeno a que se ahogaba en un bucle de angustia. Se adentró en la habitación muy despacio, como si supiera que estaba tratando con una criatura peligrosa—. Vacía ahora mismo ese morral y siéntate a hablar conmigo.

—No hay nada de lo que hablar, excelencia —murmuró, y retomó su actividad para evitar

mirarlo a los ojos—, salvo decir que se ha casado usted engañado y que yo he de pagar ahora por mi negligencia. Sepa que no era mi intención omitir el diagnóstico, que solo...

Lucien la calló y la frenó al mismo tiempo cogiéndola de las muñecas cuando iba a introducir el cepillo en el macuto. No le quedó otro remedio que mirarlo a la cara, y en mala hora se atrevió a enfrentarlo, porque su expresión y su rigidez eran las de un hombre que, antes de doblarse, se rompería.

—Estás completamente loca si crees que priorizaría sobre ti al hijo que aún no tengo.

—Y que nunca tendrá si se queda usted conmigo.

—Eso no lo sabes.

—¡No voy a permitir que se aferre a la muy remota esperanza de que se obre el milagro! —le espetó, y en vano trató de sacudirse su agarre—. ¡Cuando pasen los años y vea que no le mentí y que usted fue demasiado optimista, me odiará a mí y se odiará a sí mismo!

—¿Qué sugieres, entonces? ¿Que te deje ir? El resultado será el mismo: el duque de Maybourne se quedará sin heredero, y, para colmo, también sin esposa.

—Con la nulidad podrá casarse de nuevo...

Lucien intensificó su agarre y la atrajo hacia sí para hablarle a un palmo de la cara.

—No pienso pasar por el infierno de otra boda, ¿me oyes? —siseó entre dientes—. Antes muerto.

Sarah enmudeció.

Lo que en realidad quería decir era que no pasaría de nuevo por el infierno de enviudar, el que él mismo había asumido que sería el desenlace más probable. Lo dijo la misma noche que pidió su mano con un cinismo sonrojante que, sin embargo, no logró enmascarar del todo su miedo.

Sarah no pudo sino compadecerse y odiarse a sí misma por lo que había hecho con su descuido, con su delito de omisión.

—Lucien... —musitó, y consiguió liberar sus manos para cubrirle el rostro—. Aunque hayas podido pensar que el título de duquesa está maldito, fueron casualidades lo que se llevó a tus esposas. Casualidades terribles, sí, pero causas azarosas que no responden a ningún patrón y que de ninguna manera son culpa tuya.

Él le sostuvo la mirada con una mueca despótica.

—Si el título de duquesa no está maldito, entonces quédate y no me lo demuestres una vez más desapareciendo antes de tiempo.

—¿No ves que lo hago por ti? Quiero que tengas todo lo que quieras, Lucien.

—Muy audaz por tu parte asumir que quiero otro maldito hijo, sobre todo considerando lo bien que se me ha dado criar al primero.

—¿No deseas tener niños?

—No me niego a que suceda; prueba de ello es que obedeciese la orden de Su Majestad. Pero, a diferencia de a ti, no los echaré en falta —lo reconoció con un enojo tal que casi le pasó desapercibido el amor desesperado que encerraba su confesión.

—Lucien, yo... Lo siento —musitó con los hombros hundidos. Alargó la mano hacia el

macuto y se lo echó al hombro—. No puedo hacerte esto, y a mí tampoco. No puedo permitir que desobedezcas a la Corona y que pongas trabas a la que ha sido y sigue siendo la vocación de tu vida, que no es otra que traer gloria al ducado. Te conozco y sé...

—Me conoces, pero no sabes —la interrumpió con un rugido. Se adelantó hacia ella y le sacó el morral de un tirón, y solo Dios supo a dónde fueron a parar sus pertenencias, porque Sarah no pudo mirar a ninguna parte que no fuesen los ojos cristalizados del duque—. No sabes lo que ahora es más importante para mí. No sabes que, si te vas, te llevarás contigo mi última oportunidad; mi última esperanza de experimentar la felicidad plena. Pero no voy a plantearte esto desde el egoísmo, como si solo te quisiera para salvarme de mí mismo. Te lo voy a plantear de un modo más honesto, desde la generosidad que me has enseñado. —La tomó de las manos, instándola así a mantener la vista fija en él—. Quédate para que pueda devolverte todo lo que has hecho por mí desde que apareciste. No puedes quitarme el derecho a corresponderte, a agradecerte por darme el respeto de mis trabajadores y el perdón de mi hijo; por devolverme el deseo de un hombre y la ilusión de un regalo.

—¿De qué estás hablando? —balbuceó ella—. Tú no me debes nada. Nada. En el hecho de que hayas corregido actitudes en las que llevas toda una vida escudándote, con lo difícil que eso resulta, y solo para hacerme sentir cómoda, me he visto diariamente correspondida. En que me escucharas, en que cedieras; incluso en que no te impongas ni siquiera en estas circunstancias e intentes convencerme mediante la palabra. No me debes nada.

—¿Qué significa eso? —Se le quebró la voz—. ¿Que no puedo retenerte ni siquiera con la promesa de pagarte una deuda? Entonces ¿qué me queda? Sarah... —le suplicó, y se llevó sus manos a los labios para besarlas con desesperación—. Mi Sarah... Te has adueñado de mí y yo ni siquiera he luchado para impedirlo. No puedo evitar quererte igual que no podré evitar que salga el sol mañana. Y si te quiero ya, ahora, ¿cuánto no te querré en un año, en dos, en diez? No me prives de averiguarlo.

La emoción le formó un nudo en la garganta que le impidió responder de inmediato.

—¿Qué crees que me empuja a mí a marcharme si no es un amor que me desborda? Te quise para mí desde que te miré a los ojos y no he hecho más que insistir y persistir en mi capricho hasta hoy, que me he dado cuenta de que mereces a alguien que te lo dé todo y que te reconcilie con el mundo, no que te lo vuelva en contra impidiéndote cumplir tus deberes.

—No quiero a alguien que me pueda dar todas las cosas y el respeto del mundo, porque no ansío todas las cosas del mundo; quiero exclusivamente las que tienes tú. Las demás no me importan.

Lucien selló su declaración con un beso que sabía a llanto reprimido y a pasión desenfrenada. No pudo resistirse a lo que le estaba diciendo, a cómo lo estaba expresando, a la halagadora certeza de que aquel hombre se había entregado a ella sin reservas reales pese a sus puestas en escena; de que le había dado la sincera oportunidad de conquistarlo y ella lo había logrado.

Se vio envuelta en una espiral de deseo ansioso que durante un delirante segundo la convenció de que no pasaba nada, de que aquel era el mejor día de su vida... hasta que la razón se impuso.

—Espera... ¡espera! —Mantuvo las manos pegadas a su pecho—. Tienes un deber para con Su Majestad. ¿Qué piensas decirle cuando llegue el día y vea que no has engendrado al heredero?

—Le diré que se vaya al diablo.

Sarah no consiguió reprenderlo por su herejía; nada más abrir la boca para exclamar su nombre en tono reprobador, él la acalló con un beso urgente que solo confirmaba todo lo que ya le había dicho; la clase de beso que le había regalado dentro y fuera de la cama y que siempre había sabido igual, como si ya en las previas ocasiones le hubiese insinuado que la quería.

Se abrazó a él con fuerza y correspondió las dulces presiones de su boca con nerviosos cabeceos, interrumpiéndose solo para jadear. Fue cuestión de tiempo que dejara de sentir el suelo y que volara entre sus firmes brazos, aún atrapada por unos labios exigentes, y aterrizara en la cama en la que todavía no había dormido, porque únicamente dormía con su marido.

—Lucien... —lo detuvo en contra de su voluntad y también la de él poniéndole una mano en el pecho—. ¿Qué se supone que vamos a hacer?

—Ser felices —sentenció—, algo que, déjame decirte, no es ni tan sencillo ni se debe dar por sentado. ¿Estás de acuerdo?

Sarah tragó saliva.

—Sí.

—Pues con la venia de la duquesa de Maybourne, empezaremos a serlo sometiéndonos a esta regla que voy a imponer ahora mismo. —Se inclinó sobre ella para besarla en la frente, en la punta de la nariz y en la boca, y luego se separó para mirarla a los ojos—. No haremos jamás el amor por el resultado o porque lo diga la reina o la iglesia. Lo haremos porque queremos.

—O porque nos queremos —corrigió ella con una sonrisa trémula.

—Así es, Sarah. —Le devolvió el gesto, aliviado, y enterró su rostro en el hueco de su hombro para besarla en el cuello—. Todo lo que hagamos a partir de ahora, absolutamente todo, lo haremos porque nos queremos.

Epílogo



Lucien estaba jugando con cierta figurita de madera tallada, pendiente de lo que le estaba contando Sarah con gran agitación.

—¡Se ha fugado! —exclamó después de terminar de leer en voz alta el contenido de la carta. Bajó la mano que la había estado sujetando y enfrentó a su hermético marido a punto de entrar en combustión—. ¡Se ha fugado! —repitió, cada vez más perpleja.

Al contrario del mundo, la duquesa de Maybourne no iba entrando en razón con el correr de las horas, sino que su asombro no hacía sino crecer.

—Eso he podido sacar en conclusión después de escuchar frases como «no podía soportarlo más y me he fugado» —contestó Lucien en un tono condescendiente que sin embargo escondía una ternura infinita. Hizo una pausa—. ¿Necesitas que te abrace?

—No... creo que no —murmuró ella, contrariada. Volvió a desdoblar el papel para revisar la última carta de Quitterie, por si acaso su mensaje hubiera cambiado en el último minuto—. Supongo que es... una buena noticia, ¿no? Ha tomado las riendas de su vida; la primera decisión desde que vino al mundo. Y no es una decisión menor, porque se ha rebelado contra ese botarate que tiene como padre para luchar por lo que quiere. Pero... —Se mordió el labio. Buscó en Lucien la respuesta correcta—. ¿Deberíamos comunicárselo a la señorita Lacraft? La directora de la institución ha de saber que su alumna con deseos de libertad se encuentra en perfecto estado.

—Solicitaré saber dónde y, por obligaciones contractuales, no le quedará otro remedio que comunicárselo asimismo al señor Tandy... lo que, según he entendido a partir de la apasionada carta —la señaló con un gesto de barbilla—, es lo último que le gustaría a Quitterie. Ha confiado en ti entre todas las personas por una razón, Sarah, y es porque sabe que no la traicionarás. ¿Y es o no es cierto que la muchacha ha cumplido los veintiún años del consentimiento matrimonial este mes de marzo? Puede hacer lo que le venga en gana.

—Supongo que sí. Al menos ahora sé que está bien. Cuando recibí aquella carta de la señorita Lacraft hace dos semanas contando que Quitterie se había esfumado... ¡Qué espanto!

Lucien podía dar fe de que había descuadrado a su esposa y, por consiguiente, también a él, que era quien había atestiguado y sufrido las vueltas que daba en la cama y las alocadas investigaciones que había insistido en llevar a cabo para encontrarla.

—Le deseo la mejor de las suertes a la señorita Tandy —resolvió Lucien—. Esto era justo lo que debía hacer si no quería seguir siendo la marioneta de su padre.

—Que haya tenido que abrazar una vida precaria para huir de un compromiso con un hombre cuarenta y ocho años mayor... Es tan injusto —suspiró, y volvió a mirar a la carta. Su expresión se suavizó—. Al menos dice que afronta el futuro con ilusión y que no debo preocuparme, porque por primera vez en mucho tiempo es feliz. ¡La han aceptado como maestra en un orfanato!

—Así de inspiradora fue su señorita Reeves.

Sarah le lanzó una mirada afectuosa que fue correspondida en silencio. Lucien podría haberse quedado en aquella misma postura durante el resto del día, abducido por la visión de la mujer

más bella, honrada y cariñosa del mundo entero, pero el mayordomo tuvo que interrumpir llamando a la puerta.

Lo bueno duraba poco.

—Excelencia, el doctor Mayhew ha llegado. ¿Desea que le haga pasar a su despacho?

—Sí, por favor, Orson. Gracias.

No le pasó desapercibido que Sarah sonreía con regocijo no solo al oírle pronunciar aquellas fórmulas de cortesía, sino ante el hecho de que las hubiera dirigido al mayordomo; uno de esos miembros del servicio por cuyos derechos luchó el primer día que puso un pie en la casa. Desde entonces habían transcurrido tres meses, los tres mejores meses de su vida.

Meses que habían compensado con creces los previos años de sufrimiento.

Ese era el poder de la duquesa de Maybourne, un poder que no debía ser subestimado.

—¿Estás preparada? —le preguntó a Sarah cuando Orson los dejó a solas de nuevo.

Ella suspiró con una mano sobre el bajo vientre.

—Una nunca está preparada para que le palpen el útero, pero ¿qué remedio tengo?

Lucien hizo un gran esfuerzo por contener una sonrisa reveladora y copió su expresión resignada antes de asentir.

Después de observar dolores intensos y síntomas nuevos en Sarah, se había decidido a contactar al mejor médico de toda Inglaterra, un tal Harvey Mayhew. Ella había proclamado estar cansada de invitar desconocidos a reconocerla íntimamente para determinar lo que ya sabía, que sufría un cuadro de dismenorrea incurable, pero había aceptado esa última citación con tal de complacer a su marido...

... Y porque aquello de «el mejor médico de toda Inglaterra» sonaba demasiado bien.

Lucien estaba convencido de que Sarah se alegraría de que el doctor Mayhew la reconociera. Ella había abrazado su infertilidad pese a la profunda tristeza que esto le producía; tanto así que, por más que sus padecimientos casaran con un embarazo sorpresivo, no había llegado aún a la conclusión obvia.

Creía que simple y llanamente sus dolores menstruales habían empeorado.

Él podría haberla sacado de dudas sin palparle el útero, como hiciera el día que se conocieron, pero, como bien le había enseñado Sarah en los últimos tiempos, no era infalible. Siempre existía la posibilidad de que estuviese equivocado, y no se perdonaría decirle a una mujer con la historia de su esposa que estaba encinta para que luego un especialista lo desmintiera.

Cuando el doctor Mayhew entró en el despacho, Lucien ya estaba de pie al lado de Sarah, preparado para defenderla de las amenazas evitables y de las inevitables también. Como si estuvieran conectados a un nivel espiritual, sus respectivas miradas se posaron en el galeno para acto seguido encontrarse mutuamente.

—Si yo era demasiado atractivo para ser médico, querida, ¿qué es esto que tenemos delante? —bromeó Lucien en voz baja, aprovechando que el doctor terminaba de hacerle al mayordomo unas recomendaciones para calmar los síntomas de su resfriado.

Sarah suspiró con aire dramático.

—Qué mala suerte tengo, Señor. —Y se persignó bajo la mirada divertida de su marido, que disimuló una carcajada rascándose el bigote.

Tuvo que enderezarse acto seguido para darle la bienvenida al doctor, que se acercó con paso seguro para estrechar la mano de quien, según estableció su actitud en lo absoluto impresionada, no se doblaba ante el abolengo de sus clientes.

—Buenos días, excelencia. Milady —saludó a Sarah con un cabeceo. Un mechón de pelo rubio cayó sobre uno de sus ojos color caramelo—. Se me comentó que sufría usted una dismenorrea grave. ¿Le importaría hablarme con detalle de sus síntomas?

—Va usted al grano —comentó el duque sin acritud.

El doctor Mayhew se enderezó y entrelazó las manos sobre el regazo.

—Me temo que una familia me espera en Canterbury para traer al mundo a una criatura.

«Y esa familia de la que habla no será por casualidad la real, ¿no?», estuvo a punto de espetar. «Es lo único que justificaría que tratara una visita a Su Excelencia como si todos los días se le concediera el honor de servir a un duque».

Lo habría expresado con todas las letras si Sarah no le hubiera enseñado —no siguiera enseñándole, en realidad—, que él no era mejor ni merecía más respeto que un ciudadano cualquiera.

—Es curioso que el mejor médico de Inglaterra se digne a ejercer la labor de una humilde partera —comentó en su lugar.

—Cierto es que podría evitar esa clase de trabajos, pero siempre es un placer estar involucrado en el regalo de una nueva vida. ¿Puedo pedirle, milady, que se ponga usted cómoda para realizar un breve reconocimiento? —continuó, sin prisa pero sin entretenimientos de ningún tipo. El duque lo respetó, a pesar de todo; iba a lo que iba, sin adulaciones, como los mejores profesionales—. Si necesitara más información para darle el diagnóstico, ya pediría al servicio que dispusiera la cortina y todo lo necesario para preservar su intimidad, pero en principio no quiero someterla a esa vergüenza.

Sarah asintió y, en tanto que se dirigía al canapé para tumbarse, le lanzó una mirada soñadora a Lucien batiendo las pestañas: «¡Encima es considerado!», parecía decir. El duque sonrió de nuevo, y no mucho después se percató de que estaba tomándose con humor un reconocimiento médico, con todo lo que esto podía conllevar; todo lo que ya había conllevado en el pasado.

Aunque fuera una persona alegre y hubiera hallado la felicidad, a Sarah le pesaba su enfermedad y debía de pasar un miedo atroz en aquella clase de reconocimientos. Pero se esforzaba por naturalizarlo, no solo por ella sino para evitar que a Lucien se le desviara la razón hacia todas las veces que Liz lloró entre sus brazos tras la visita del médico.

Sintió una oleada de amor hacia su esposa y se dirigió a ella para cogerla de la mano mientras el médico, arrodillado en una postura similar a la que él mismo adoptó tres meses antes, iba palpándola.

—Hace tiempo desde que sé que padezco dismenorrea, doctor —le explicó Sarah con la vista clavada en el techo—, pero últimamente mis síntomas han empeorado de forma significativa y sufro de unos nuevos. Como ya se habrá fijado, estoy hinchada en todas partes; en el vientre, en los senos... —se ruborizó—, es decir, siempre he sido una mujer bien... hermosa, en el sentido

«amplio» de la palabra, pero ahora, además, noto pesadez. Tengo náuseas, aunque sobre todo por las mañanas, y lo peor es que hace tres lunas que no sangro. Mis periodos siempre han sido irregulares y algunas veces se han demorado sesenta, setenta días, pero ¿noventa? ¿Casi cien? No sé qué me sucede, doctor.

Lucien le apretó la mano, conmovido al apreciar que se le quebraba la voz. Rezó para sus adentros para que el médico llegara a la misma conclusión que él. Sus plegarias fueron respondidas: el doctor Mayhew levantó la mirada hacia el duque con una vaga sonrisa. Le había sucedido lo mismo que a cualquiera que tratara a Sarah; le había resultado tan encantadora que no podía ni ofenderse porque le hubieran hecho trasponer a Henshawe House por un simple embarazo.

—Lo que le sucede es lo mismo que le ocurre a la paciente que voy a atender acto seguido en Canterbury, lady Maybourne —resolvió, y se levantó sin otro preámbulo—. Está usted encinta.

La perplejidad de Sarah no tuvo precio.

—Eso no es posible, doctor Mayhew.

—Ya le digo que lo es. A juzgar por la hinchazón y los síntomas, debe de estarlo desde hace doce semanas, lo que además significa que ya ha pasado el periodo de mayor peligro; si una criatura supera los primeros tres meses, es mucho más probable que prospere.

—Pero, doctor... doctor, yo... estoy... Tengo dismenorrea. ¡Soy estéril!

—¿Quién le ha dicho eso? —exigió saber Mayhew, más irritado que sorprendido. Se pasó una mano por el flequillo que no hacía sino importunarlo—. Santo Dios, cuánto desprecio a estos matasanos de pacotilla. Apuesto a que no era usted aún la duquesa de Maybourne cuando le dijeron tal cosa, o habrían dado la vuelta al mundo para ofrecerle una solución. No todas las mujeres que sufren dismenorrea son estériles, milady, pero es cierto que algunos que otros... «especialistas» sueltan ese diagnóstico tan radical para curarse en salud. Ignórelos. Está usted embarazada y, por lo que percibo a simple vista, también está sana y en la forma adecuada para traer al mundo a un bebé. ¿Se alimenta correctamente?

—Eh..., sí, yo... Sí.

—¿Descansa bien?

—Sí. Estos últimos días me ha costado conciliar el sueño por asuntos familiares —confesó. Lucien sonrió sin darse cuenta porque Sarah considerase familia a la señorita Tandy—, pero por lo general...

—Siga así, entonces. Guarde reposo, aunque no se quede el día entero en la cama; dé paseos a pie, nunca a caballo, y coma en cantidades suficientes. Esas son mis recomendaciones. Enhorabuena —concluyó, y cabeceó hacia delante.

Sarah se había olvidado del doctor hacía rato. Había buscado enseguida la mirada de Lucien, que, a juzgar por la expresión de la duquesa, no estaba lo bastante sorprendido.

—¿Por qué no estás poniendo el grito en el cielo? ¡Estoy embarazada! —aulló sin importarle la presencia del doctor, al que se le escapó una sonrisa—. ¡Embarazada! ¡Yo!

—No pongo el grito en el cielo porque llevo un tiempo sospechándolo. Yo y la inmensa mayoría del servicio. Todos creíamos en ti menos tú, Sarah. Habría sido una crueldad de la naturaleza que, entre todas las mujeres del mundo, fueras la que no puede engendrar.

—¿Cómo que lo sospechabas? Pero... pero...

Lucien se encogió de hombros y aprovechó que Sarah estaba nadando en la incredulidad para robarle un beso en la frente.

—Esto ha sido obra tuya, que conste —añadió en voz baja—. Yo he demostrado hasta tres veces que no se me da particularmente bien preñar a mis esposas.

—¡No digas tonterías! ¡Lo hemos hecho juntos! —Pareció darse cuenta segundos después de las implicaciones que tenía esa expresión, de lo importante que era, de lo mucho que significaba para ella, y los ojos se llenaron de lágrimas. Le echó los brazos al cuello a Lucien y repitió, con la voz ahogada—: Lo hemos hecho juntos, Lucien.

—Justo como teníamos previsto. Como teníamos acordado.

Porque, a veces, los planes llegaban a término. Y a veces no, porque su antigua prometida estaba ahora en un orfanato de Brighton y él esperaba un hijo de otra mujer..., pero también las sorpresas eran bienvenidas, comprendía Lucien. Tanto las sorpresas como los objetivos previamente fijados.

Lo importante era que ambos tuvieran lugar con la persona adecuada, y, por suerte para él, la había encontrado.

Nota de autora



Huelga decir que este «minilibro» —al final se ha quedado más largo de lo que pensaba— ha sido creado para hacer las delicias de vuestras Navidades y que no ha pretendido en ningún momento ser un novelón susceptible de recibir el Premio Nobel^[8]. Lo digo por si alguien cogió esto con otras pretensiones, que todo el mundo sabe que las expectativas las carga el diablo. *Also*, parece ser que, tras consultar a mis Lectoras de C2, *Advanced Level*, en esto consiste una novelita navideña: en meter cosas de Navidad y que todo salga estupendo al fina.

Esta historia se escinde de la saga *Malos partidos*, en concreto de los personajes secundarios que aparecen en *Mi querido secreto* (protagonizado por Sean Connor). Siempre, *siempre*, desde que el duque habló por primera vez, supe que quería que se casara con Sarah Reeves.

A veces, y esto os lo cuento como curiosidad, el argumento que se nos ocurre no da para muchas más páginas y va contra el espíritu creativo^[9] añadir conflictos o prolongarlos más allá de la cuenta para engordar el groso del libro. Quería que el duque y Sean tuvieran la oportunidad de reconciliarse^[10] y que la señorita Reeves disfrutara de su amor austeniano. Fin.

Es curioso, porque no me imagino a Lucien como el señor Darcy, sino como Richard Armitage en *Norte y Sur*.

Dicho esto, los dolores menstruales es mejor no curarlos con una histerectomía, ¿vale? Si lo he puesto en el libro es porque en el siglo diecinueve se hacían absolutas locuras para tratar «los humores femeninos», que estaban mal vistos.

Ha sido vomitivo leer al respecto, la verdad, pero todo sea por el arte.

No sé si alguien adora a Quitterie aparte de mí, pero si lo hay, que sepa que tendrá libro a su debido tiempo. Si este es el primero que has leído de la saga *Malos partidos*, ámate a ojear los demás. Los personajes son más jóvenes y, por tanto, menos interesantes, pero bueno.

Si seguís leyendo la saga, fijaos siempre en la fecha de los libros. Cada uno se ambienta en un año distinto, y este en concreto sucede dos años antes que el que se publicará en enero y uno antes del que saldrá en marzo/abril. Para que nadie se raye, ¿eh?

Feliz Navidad, *babes*.

Todos los títulos de la saga



[Mi amado enemigo](#) (Malos partidos 1) — YA DISPONIBLE

Una esposa que le teme a los hombres. Un marido que temerá no hacer feliz a su mujer. La historia de Clarissa y Nile.

[Mi querido secreto](#) (Malos partidos 2) — YA DISPONIBLE

Una remitente enamorada de su destinatario. Un destinatario que no sabe quién está detrás de las cartas. La historia de Primrose y Sean.

[Mi futuro marido](#) (Malos partidos 2.5) — YA DISPONIBLE

Una romántica empedernida. Un cínico... ¿sin remedio? La historia de Sarah y el duque de Maybourne.

[Mi bella seductora](#) (Malos partidos 3) — YA DISPONIBLE

Una rompecorazones víctima de una conspiración. Un conspirador víctima de una rompecorazones. La historia de Wit y Harding.

[Mi apuesto aliado](#) (Malos partidos 4) — PRÓXIMAMENTE

Una novia frustrada. Un soltero escurridizo. La historia de Rebecca.

¡Da clic a seguir en [Amazon](#) o en [Instagram](#) y entérate de las novedades!

Eleanor Rigby vive en Granada, pero te sería más fácil encontrarla activa en Instagram ([@eleanorigbyoficial](#)). La edad no se le pregunta a una dama. Escribe novelas donde la gente se quiere mucho. Es lo único que hace: de ahí su prolífico catálogo, que en cinco años de actividad ha alcanzado la friolera de más de sesenta títulos. Es bruta, no le tiene ningún miedo a mandar a sus personajes al psicólogo y le gusta vacilar. Ha ganado un par de premios, se la ha traducido al italiano, ha mantenido unos cuantos libros autopublicados de corte histórico en las listas de más vendidos durante meses y, en su día, recaudó con sus novelas contemporáneas en plataformas de Internet algunos que otros millones de leídos.

Ahora, lo que le gustaría ganarse y mantener es tu interés.

Índice



[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Todos los títulos de la saga](#)

^[1] Uno de los nombres populares que recibía la dismenorrea, entre otros que se van mencionando a lo largo del

capítulo.

[2] En realidad, las cinco vías de Santo Tomás demuestran la existencia de Dios, no del amor.

[3] Antecedente victoriano con raíces medievales de Papá Noel.

[4] Personaje de *A Christmas Carol* (1843), de Charles Dickens. La historia está protagonizada por un anciano egoísta que desprecia la Navidad.

[5] «Que Dios os guarde, caballeros. ¡Que nada os desaliente! ¡Recordad que Cristo, nuestro Salvador, nació el día de Navidad!».

[6] «¡En Belén, en Israel, nació este bendito Niño y fue acostado en un pesebre en esta bendita mañana!».

[7] Allí fue desterrado Napoleón tras su derrota.

[8] Ninguna de mis novelas, se entiende, pero esta menos aún aunque sea una cucada.

[9] ... y rema muy a favor del consumismo, aunque creáis que no, porque cuantas más páginas, más se puede monetizar.

[10] Alguien dijo en una reseña que Sean era perfecto y estuve en rotundo desacuerdo. Además de ser un pesado y haber jugado con la mente de Prim en su libro, lleva un Buenismo Bien por delante que no hay quien se lo aguante, y solo hay que ver cómo trata a su padre, que hizo lo que pudo con lo que tenía y, aun así, nunca se solidarizó con él. No seré yo quien diga esto, así que lo diré muy bajo, pero, ¡joder! ¡LOS RICOS TAMBIÉN SUFREN!